

A close-up, black and white photograph of a man with a light beard and mustache, wearing a dark suit and tie. He is adjusting his tie with his right hand, which has a ring on the ring finger. The background is dark and out of focus, showing architectural details like a doorway.

UN
ACUERDO
de venganza

LISA P. QUINN

UN
ACUERDO
de venganza

LISA P. QUINN

LISA P. QUINN

La frontera entre lo que es real y lo que es estrategia se vuelve cada vez más difusa, y sé que es un equilibrio delicado que debo mantener. Intento afirmar que lo que acabo de hacer es simplemente parte de mi plan, pero, ¿por qué entonces me siento tan satisfecho de complacerla?

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

[BONOS – LYSANDROS](#)

[CHATEAR CON EL AUTOR](#)

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin autorización del autor.
Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito.

Es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o acontecimientos reales es pura
coincidencia.

CAPÍTULO 1

PERLA

Me gustaría decir que no me agrada mucho la vista desde aquí: los árboles con copas inmensas, el gran lago que atraviesa la propiedad y un conjunto de 3 jardines que juntos hacen que la casa parezca un parque nacional. Esta es la vista desde la habitación de invitados de la mansión más grande en la que he estado.

Mientras cambio la ropa de cama, dejo que mis ojos se pierdan en la inmensidad de la riqueza de la familia que apenas entra en esta habitación, que, por lo que he notado, es la más sencilla de las 13.

— ¿Por qué demonios siempre cambio estas sábanas? Nadie ha dormido aquí, no sé cuánto tiempo. — me quejo mientras acomodo la almohada cómodamente en la cama y la mimé como si yo misma fuera a acostarme en ella.

— Termina pronto aquí, hija. Debemos terminar antes de las 17h. — escucho la voz cansada de mi abuela decir mientras cruza la habitación con un pequeño trapeador en sus manos.

— Ya he terminado aquí, Abuela.

— Muy bien, hija mía, entonces solo quedan las 2 habitaciones del último chalet.

Por increíble que parezca, la propiedad, además de tener 13 habitaciones en su interior, aún tiene 5 chalets alrededor, con otras 2 habitaciones cada uno. No es posible que alguien sea tan rico; llega a ser vergonzoso tener tanto.

— Ya lo he terminado, Abuela, podemos irnos.

— ¿Cómo? ¿Cuándo?

— Soy un poco más rápida que usted. Mientras estaba aquí, fui corriendo y ya terminé.

— ¿Y lo hiciste todo correctamente? Sabes que esta casa es nuestra principal fuente de ingresos y no podemos decepcionar.

— Por supuesto que sí, tal como me enseñó.

A pesar de que esta casa requiere un equipo de al menos 10 empleados, mi abuela y yo nos encargamos de la limpieza quincenal solas. De esta manera, obtenemos un buen ingreso, aunque la dueña del lugar, nunca se ha dado cuenta de que solo somos mi abuela y yo trabajando para Clean Brusquet.

Ni siquiera sé si ella recuerda mi nombre. De las pocas veces que la vi, me presenté y desde entonces, cada vez que me ve, ya me ha llamado Perla, Rubí, Cristal e incluso Amanda (creo que pensó en amatista). La cuestión es que ni siquiera nos mira a los ojos, y tengo la impresión de que piensa que somos personas diferentes cada vez que nos ve.

Esta casa es una de las propiedades de la familia Drouhart; aunque la propiedad es inmensa, solo vive aquí la viuda Loretta Drouhart. Ella parece estar retirada de la alta sociedad, aunque su nombre tiene generaciones de historia en este país. La familia Drouhart es dueña de casi la mitad de los viñedos en la región de Finger Lakes, perdiendo un poco más de la mitad solo ante la familia griega Nikopoulos.

Mi abuela me mira con una sonrisa que contiene orgullo y tristeza.

— Tan joven y trabajadora, tu madre estaría orgullosa de ti, Perla.

Hemos estado solo mi abuela y yo durante tanto tiempo que ni siquiera sabría decir qué pensaría mi madre de mí; no tengo ningún recuerdo de ella. Sé que era una mujer hermosa y llena de vida, pero se fue temprano a los 19 años cuando me dio a luz. Fui criada hasta los 6 años por mi padre, John Brusquet, quien era solo un esbozo del hombre que alguna vez debió haber sido. Sus borracheras y juegos comenzaron junto con la partida de Aurora, mi madre. Se fue tan temprano, al igual que ella, después de una pelea en un bar en la que salió perdiendo. Parte de mí cree que era todo lo que él quería desde que ella se fue: terminar en la punta de un cuchillo donde sus angustias tendrían fin.

Matilda Brusquet, mi imponente abuela paterna, apareció pronto para llevarme con ella, a vivir en la ciudad en la que mi padre creció, lejos del bullicio de Manhattan hacia la tranquilidad del pintoresco pueblo de Ithaca.

Me quito el pequeño delantal después de guardar los guantes y los productos de limpieza en el armario, cuando veo acercarse a la ama de llaves, Mercedes Foster.

— Perla, ya he hablado con tu abuela, pero parece que tiene sordera selectiva. Asegúrate de contratar más empleados o advertiré a la señora Loretta de que solo ustedes cumplen con la limpieza quincenal de la casa. Esto es un absurdo.

La nariz aguileña de la mujer se mueve mientras habla, y tengo que concentrarme para no reír. Es imposible; parece un personaje salido directamente de una película.

— ¿Qué pasa, chica?

Ella entrecierra los ojos, y tengo que controlarme para no reír de nuevo.

— Nada, señora Mercedes. Estamos organizando la contratación de más empleados, prometo que no tardará. Pero puedo asegurarle que cada rincón de esta casa está más limpio que un plato salido de un lavavajillas.

Ella se encoge de hombros.

— No puedo negar que son bastante eficientes; mis chicas nunca se han quejado de que el trabajo pesado recae sobre ellas, de hecho, a menudo las elogian.

Es curioso cómo las personas no son del todo malas ni del todo buenas. Mercedes es autoritaria y seria, siempre me trata con frialdad y cierta distancia, pero cuando menciona a sus "chicas", refiriéndose a las empleadas contratadas de la casa, parece casi maternal, haciéndome pensar que simplemente está preocupada por la cantidad de trabajo que mi abuela y yo estamos aceptando en esta empresa conjunta.

La verdad es que no tenemos elección. Con las facturas acumulándose y las deudas que papá nos dejó, es casi imposible que contratemos a más personas y que tengamos que dividir lo que ganamos. Intento hacer la mayor cantidad de trabajo posible, dejando solo las tareas más ligeras para mi abuela. Pero aún así, soy humana y ella es terca; a veces es imposible contenerla o terminar a tiempo para que no tenga que hacer lo pesado.

Al llegar a casa, me apresuro a organizar la pequeña libreta que uso para anotar nuestros ingresos y gastos. Siempre me ha gustado anotar con papel y bolígrafo, nada de notas virtuales ni cosas así. Me gusta escribir y memorizar los números, parece que así los grabo mejor en mi mente.

— Deja eso, chica. Ve a ducharte mientras preparo nuestra cena.

— Déjame hacerlo, abuela, ve a descansar.

Ella me mira con una mirada imponente que me hace retroceder. La mujer, en sus sesenta años, aún me hace temblar de miedo solo con una mirada dura.

— Está bien, está bien. Me estoy yendo, pero la vajilla es mía.

Cojo un par de calcetines limpios, un pijama abrigado y dos gomas para el pelo, ya que mi cabello es largo y voluminoso, y una sola no es suficiente. Antes de entrar en la ducha, me enfrento al espejo y veo el pequeño lunar justo encima de mi labio. Es un diminuto lunar que se asemeja a un corazón. Siempre que lo miro, pienso en mi madre; ella tenía exactamente el mismo lunar en el mismo lugar. Me pregunto si realmente me parezco tanto a ella, como dice mi abuela,

y si es así, si fue más feliz de lo que yo he sido hasta ahora, llegando a la edad en la que ella se fue.

Abro el grifo y, de un movimiento rápido, me enjuago la cara con agua fría.

¡Deja de melancolías, Perla! ¡No tienes tiempo para eso!

Después de terminar la ducha, me apresuro a ponerme todas las capas de ropa que puedo, incluyendo dos pares de calcetines y una bufanda.

— ¿Por qué tienes el calentador apagado? ¿Por qué te vistes como si fueras al Ártico?

— Hice un cálculo rápido; si mantengo el calentador apagado por la noche, podemos ahorrar al menos un 5% en los gastos de la casa. Y siendo sinceras, por la noche estoy durmiendo sin darme cuenta, ¿para qué necesitaría calefacción? — Digo mientras le gasto una pequeña broma a mi abuela.

Con las temperaturas que hace en la región de los lagos, simplemente me levantaría convertida en un cubito de hielo.

— No voy a discutir esta tontería contigo a esta hora de la noche, Perla. A veces parece que tu objetivo es volverme loca con tus ideas.

Le doy un beso sonoro en su moflete regordete.

— Todo lo que hago es hacerte sonreír, abuela.

— No tienes sentido común, Perla — dice con una falsa reprobación y una sonrisa en el rostro. — Anda, siéntate. Vamos a comer.

Coloco los dos pies debajo de mí mientras me acomodo en la silla, esperando a que mi abuela traiga la deliciosa pasta que solo ella sabe hacer.

— Ese olor es delicioso — digo mientras la observo servirme un buen plato.

Mi abuela sonríe y se siente complacida con mi elogio, aunque no admita que le encanta que elogien su comida.

— Creo que este mes sobrará un poco de dinero para que podamos hacer algún paseo, abuela. Podríamos ir al Parque Estatal Watkins Glen; sé que siempre has querido ir allí.

Vivimos en una zona hermosa, pero mi abuela y yo apenas disfrutamos de todo esto. Finger Lakes es una región impresionante ubicada en el estado de Nueva York; la región es conocida por sus hermosos lagos, colinas boscosas y encantadoras ciudades junto al lago. El nombre "Finger Lakes" proviene de su formación geográfica, ya que la zona está compuesta por 11 lagos en forma de dedos, creados por glaciares durante la Era del Hielo.

— No seas tonta, chica. Vamos a guardar ese poco que sobre para alguna emergencia.

Sé que tiene razón; de la forma en que vamos, incluso un sudadera con un agujero nos arruinaría por completo. Pero miro a mi abuela, con sus años encima y sin haber disfrutado apenas nada de la vida, y eso me parte el corazón. Me gustaría darle todo y un poco más. Desearía que pudiera dormir tranquila, sin miedo a que algún desalmado irrumpa en nuestra casa en busca del dinero que mi padre aún le debe. A su edad, debería hacer lo que le plazca y no trabajar como una condenada limpiando paredes y fregando el suelo.

Mi abuela pone una mano sobre su boca, tratando de contener la tos que parece querer consumirla.

— ¿Qué pasa, abuela?

— Nada... solo una tos... molesta — dice con la voz entrecortada por la tos.

No es la primera vez que la veo toser así; durante la noche, también la he visto despertarse tosiendo, y parece que no duerme muy bien.

— Llevas tosiendo así un tiempo, abuela. Creo que deberíamos ir al médico a ver de qué se trata.

— Tonterías. Nunca he ido al médico por una simple tos, y no voy a empezar ahora, cuando

estoy vieja — me regaña mientras se levanta y retira los platos vacíos de la mesa. — Ahora, ve a dormir, que mañana tenemos que limpiar la casa de los Plough.

Siento un pinchazo en mi pecho, como una premonición de algo malo que está por suceder. Sé que mi abuela es fuerte, pero algo me dice que esta tos puede significar mucho más que un simple resfriado, y esa posibilidad me aterroriza.

— Está bien, abuela, te quiero.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla, luego camino hasta mi habitación mientras la escucho toser de nuevo, sin parar.

Señor, protégenos, te lo ruego.

CAPÍTULO 2

PERLA

No sé cuántas veces he estado en esta casa, pero es la primera vez que veo a la señora Loretta mirándome durante tantos segundos seguidos. Mientras aspiraba la habitación, que ella nunca debe haber usado ni una sola vez, me observa con un ojo clínico que me hace sentir como si fuera un pequeño ratón de laboratorio. Le he preguntado dos o tres veces si puedo ayudar en algo, y cada vez he recibido un 'no' tan firme que creo que si fuera un robot, saldría humo, aunque ni siquiera se ha movido un centímetro y sigue parada, ligeramente apoyada en la puerta, mirándome.

Trago saliva y trato de concentrarme en la aspiradora, pero es como tratar de bailar salsa con patines. No sé si puedo quejarme de que me observe, de lo contrario, podría darse cuenta de que soy la única aquí hoy. Desde la última vez que estuve en la mansión, hace quince días, la tos de mi abuela ha empeorado considerablemente. Hoy vine sola, porque a pesar de muchas insistencias, la convencí de que sería peor que viniera y se desplomara en medio de las habitaciones.

He estado caminando sigilosamente por la casa para que nadie note que soy la única aquí, pero, por alguna razón, han pasado más de 10 minutos desde que la señora Loretta se detuvo para observarme, y todo mi cuerpo está a punto de paralizarse ante la pregunta que sé que hará en algún momento.

"¿Estás haciendo la limpieza sola, joven? No te pago por una sola persona, te despediré."

Es la frase que estoy esperando escuchar. Y Dios sabe cuánto, más que nunca, necesito

este trabajo.

— ¿Cuántos años tienes, chica?

— 19, recién cumplidos, señora.

Ella asiente levemente con la cabeza en señal de comprensión.

— ¿Son solo tú y tu abuela?

Mi corazón se detiene dramáticamente, como en una película de suspense. ¿La señora Mercedes abrió la boca? No, no, ella no haría eso. Pero entonces, ¿qué? ¿La señora Loretta finalmente lo notó? Tampoco tiene sentido, la mujer apenas sale de la habitación cuando estamos aquí y, cuando lo hace, parece que ni nos ve.

— Quiero decir, ¿no tienen parientes cercanos? ¿Y tus padres? — Ella continúa ante mi silencio.

Relajo ligeramente los hombros. Tal vez todo aún no está perdido, tal vez solo está curiosa por conocer la estructura familiar de una empleada pobre.

— Solo somos mi abuela y yo. Mis padres fallecieron.

Sus ojos ahora están brillando de curiosidad.

— Entiendo... ¿y el resto de tu familia?

— No tengo contacto con nadie de la familia de mi madre. Perdimos el contacto desde que ella decidió casarse con mi padre cuando aún era muy joven. Con su muerte, nunca busqué saber nada de ellos, ni siquiera sé si saben que existo.

— ¿Y la familia de tu padre?

— Solo somos mi abuela y yo. Mi padre fue su único hijo y ella la única hija de mis bisabuelos. Nuestra familia se reduce a nosotras dos.

Ni siquiera yo entiendo por qué estoy siendo tan abierta y habladora, por lo general soy reservada en lo que respecta a mi familia o cualquier cosa de mi vida personal, pero creo que estoy tan aliviada de que no esté preguntando sobre nosotras dos en la limpieza que me he vuelto parlanchina.

— Entiendo... entiendo... — Dice la mujer, dándose la vuelta y saliendo, caminando hacia la puerta con una expresión pensativa.

Sin decir adiós ni hacer más preguntas. Simplemente se va y me deja mirando el lugar

donde estuvo hace menos de 5 segundos. Doy unos pasos hacia la puerta mientras la veo alejarse por el largo pasillo, todavía murmurando las últimas palabras que me dijo. "Entiendo... entiendo..."

Qué mujer más extraña.

Me doy la vuelta rápidamente y examino la habitación durante unos segundos, cumpliendo con mi lista de tareas y dejando de lado el extraño momento que acabo de experimentar.

— Todo está listo aquí — anuncio, tratando de parecer entusiasmada. — Ahora solo quedan las cabañas. — Respiro hondo, enfrentando la realidad.

No pasa mucho tiempo antes de que termine la última cabaña de la propiedad, agradecida por la falta de sociabilidad de la viuda Loretta, lo que hace que mi trabajo sea más sencillo aquí. Limpiar el polvo, desinfectar los baños, aspirar las alfombras y cambiar las sábanas son las únicas tareas que debo hacer aquí.

— ¡Chica! — la voz ronca de Mercedes me llama. — ¿Estás aquí?

— Hola, Doña Mercedes. — Aparezco en la puerta de la cabaña, secándome las manos con el delantal. — ¿Qué ha pasado?

— Nada. — Ella dice haciendo un pequeño gesto con las manos, indicándome que entre de nuevo en la cabaña.

— ¿Cómo está tu abuela?

¡Droga! ¡Ella notó que no vino!

— Está bien, muy bien...

Ella me mira con sospecha, levantando una de sus gruesas cejas.

— La verdad, chica. — Insiste.

Respiro profundamente en señal de rendición.

— No muy bien. Hace unas semanas, comenzó a toser con fuerza y a escupir flema. A pesar de los jarabes y tés, la situación empeoró y ahora apenas puede decir una frase sin toser o quedarse sin aliento. Por la noche, hace ruidos extraños y parece tener un sueño inquieto.

Vomito toda la información

como una cascada sin pensar que esto pueda perjudicarme. Sinceramente, me gustaría un consejo de alguien más experimentado, alguien que pueda decirme que esto es normal para la edad de mi abuela y que pasará. Porque, sinceramente, ya no sé qué hacer ni cómo actuar.

— Mmm. — Dice ella inexpresiva.

Doña Mercedes se sienta en la pequeña butaca en una esquina de la cabaña, y yo la sigo, sentándome frente a ella. La mujer tiene más de 50 años, seguro, pero todavía parece tan enérgica como una bebida energética en una mañana de lunes. Su cabello está recogido en un perfecto moño, y el labial rojo en sus labios, junto con un maquillaje discreto pero bien hecho, le otorga un aura impecable.

— Necesitas llevarla al médico, Perla. — finalmente dice.

— Ya lo intenté, pero ella se niega.

— Intenta una vez más. A la edad de tu abuela y con la vida que ha tenido, trabajando duro y utilizando su cuerpo, necesita atención médica.

— Hoy mismo la llevaré al médico de la ciudad.

— Hazlo. Y si aún se resiste, dile que es por ti, que si ella se va, te dejará sola. Eso seguramente la convencerá.

Asiento ligeramente con la cabeza, convencida de que sabe de lo que está hablando. Su personalidad es muy similar a la de mi abuela. Ambas son fuertes e independientes.

— Por cierto... hoy la señora Loretta habló conmigo, fue muy extraño.

Los ojos de Mercedes inmediatamente se vuelven alerta.

— ¿Cómo así? ¿Sobre qué conversaron?

Me encogí de hombros.

— Solo quería saber sobre mi familia, mi edad... cosas así.

— Ten cuidado, chica. — Mercedes dice, levantándose.

La preocupación de Mercedes solo aumenta mi curiosidad. Hay algo que no me está contando. La miro con una expresión inquisitiva.

— ¿A qué te refieres?

— Simplemente ten precaución.

Doña Mercedes se dirige hacia la puerta de la cabaña y parece pensar por un momento antes de asentir ligeramente con la cabeza.

— Mercedes, hay algo más que no me estás diciendo, ¿verdad?

Ella parece un poco vacilante, como si estuviera sopesando cuánto compartir. Finalmente, suspira y decide hablar.

— La familia Drouhart tiene un historial de negocios oscuros y alianzas cuestionables. No sé qué pretende ella al hacerte esas preguntas, pero sé que ella no hace nada sin razón y nunca antes la he visto interesada en una simple empleada, lo cual es extraño.

Mi frente se frunce con sus palabras.

— ¿Y qué sugieres que haga?

Mercedes me mira con seriedad.

— Sigue siendo tú misma, pero ten cuidado con la información que compartes. No sabemos cuáles son los verdaderos motivos detrás de sus preguntas.

— Gracias, Mercedes. Seré cuidadosa.

Asiente, pareciendo aliviada de que esté tomando en serio su advertencia, y luego se va despidiéndose con un leve gesto.

Vaya día tan extraño.

CAPÍTULO 3

PERLA

El pasaje que proporcionaste está bastante bien escrito, pero aquí tienes algunas correcciones y sugerencias para mejorarlo:

El ruido de las manecillas del reloj en la clínica es alto, y con el silencio en la sala de espera, donde solo estamos mi abuela, otra señora y yo, me pone aún más ansiosa.

— No hace falta que te pongas nerviosa, probablemente solo tengo una gripe persistente.
— Mi abuela me calma al notar mi ansiedad en mi rostro.

La sugerencia de la señora Mercedes realmente funcionó; logré convencer a mi abuela de que viniera al médico, a pesar de sus gestos de disgusto durante todo el trayecto hasta aquí.

Ya son más de las 19:00 de la noche, la última señora ha sido atendida y estamos esperando que el médico nos llame.

— Matilda Brusquet. — la voz firme del médico llama.

Nos levantamos de un salto y caminamos rápidamente hacia el pequeño pasillo donde está la consulta del médico.

Veinte minutos después de entrar y después de que mi abuela describiera sus síntomas, estamos mirando al médico sacudiendo la cabeza mientras realiza algunas pruebas a mi abuela.

— Bueno, creo que podría ser FPI... pero solo estaré seguro después de realizar una serie de exámenes clínicos, pruebas de función pulmonar y otros exámenes complementarios.

— ¿FPI? ¿Qué es eso? — pregunto como si fuera algo terrible.

— Fibrosis pulmonar idiopática. ¿Fuma, señora Brusquet?

— No. Nunca he fumado.

— Mmm, ¿en qué trabaja?

— Hacemos trabajos de limpieza.

— Debe haber tenido contacto con productos nocivos, ¿verdad?

Ella encoge los hombros.

— Tal vez.

— Sí, doctor, lo ha tenido. — intervengo en la conversación, aún aturdida. — Pero, ¿qué es esta FPI? ¿Es grave? ¿Cuál es el tratamiento?

— Todavía no puedo afirmarlo, señorita Brusquet. Es necesario que se someta a esta serie de exámenes para determinar el grado de la enfermedad y los próximos pasos. Por ahora, le he recetado algunos medicamentos que aliviarán los síntomas. Pero según lo que veo, la enfermedad está en un estado más avanzado, le recomiendo que no tarde en hacerse los exámenes.

Apenas tengo fuerzas para asentir con la cabeza mientras tomo la receta y la larga lista de exámenes que me da.

El camino de vuelta a casa es silencioso, excepto por el ruidoso motor de nuestra vieja camioneta. No sé en qué está pensando mi abuela, pero yo estoy calculando todos nuestros gastos y en lo que podemos ahorrar. Tal vez pueda conseguir más trabajos de limpieza, vender algo o incluso bordar. Sé hacer hermosos vestidos y estoy segura de que puedo hacer algo para las hijas de las criadas de las casas en las que trabajamos.

— Sé lo que estás pensando, Perla. — la voz de mi abuela me saca de mis pensamientos.

— ¿Qué?

— Trabajar más. Sé que estás pensando en cuánto más trabajo puedes conseguir para pagar los exámenes y los medicamentos.

— Encontraremos una solución, abuela... no te preocupes.

— No, Perla. Ya soy mayor y cuando llegamos a esta edad, nada puede cambiar las cosas, excepto la muerte.

— Deja de decir tonterías. — le digo, y una punzada de tristeza se apodera de mi voz.

Me entristece que mi abuela piense en cosas tan terribles.

— Es la verdad, hija. Ha llegado mi hora, eres joven y puedes tener una vida mejor que quedarte limpiando junto a una anciana enferma.

— Por favor, no hables así. Tú eres todo lo que tengo.

— Pero más estorbo que ayuda.

— Detente, te lo ruego, abuela.

Su rostro, que ahora parece más abatido debido a la enfermedad, se vuelve hacia la ventana y mira la carretera mientras nos acercamos a casa.

Dejo las llaves de la camioneta en la mesa de la entrada de la casa y veo a mi abuela cruzar la puerta rápidamente y encerrarse en su habitación. Lo único que oigo desde lejos es su tos, que está lejos de desaparecer.

Debe ser difícil para alguien como ella, que siempre ha tenido el control de su propia vida, sentirse una carga para alguien. No discutiré con ella, pero esta será una larga noche. Pensaré en todo lo que puedo hacer para ganar un poco más de dinero, y sé que puedo hacerlo. Al igual que ella, soy terca y decidida.



El sonido alto del timbre de mi teléfono celular resuena en mis oídos, casi haciéndome caer de la cama. Miro la pantalla y, para mi sorpresa, quien está llamando es Mercedes.

¿Qué podría ser? Estuve allí ayer, y mi próxima visita está programada para dentro de quince días. Espero que no haya olvidado hacer algo, y no me llame para recordármelo o darme una reprimenda.

— Hola, Doña Mercedes, ¿cómo está?

— Estoy bien, gracias. ¿Y tu abuela, está mejor?

— Está en proceso. — mi voz debe haber sonado desanimada.

— Lo siento mucho. Pero te llamo porque la señora Loretta te ha pedido que vayas a la

mansión hoy.

— ¿Qué? ¿Qué podría querer conmigo?

— Solo lo sabrás si vienes. No tengo conjeturas.

— ¿Nos despedirá?

— Lo dudo mucho. Yo me encargo de esos asuntos en la casa, como ama de llaves. No creo que le preocupe eso. Si decides venir, aparece después del almuerzo.

Ella cuelga. Siento que mi pecho se hincha y luego exhala con fuerza.

¿Qué diablos podría querer esta mujer de mí?

Me estiro, dejando que la tensión de la llamada se desvanezca, y voy a mi escritorio donde está mi libreta. La miro, tratando de encontrar soluciones y una reorganización de nuestras finanzas, incluso si ya apreté todo lo que pude anoche. No dejaré que la desesperación me consuma. Sé que mi abuela está enferma y mi cuerpo

quiere colapsar ante esa noticia, pero también sé que si colapso, nada se resolverá. Necesito ser fuerte y práctica, no puedo permitirme hundirme.

Corro a la cocina para preparar el desayuno, aprovechando que me levante más temprano de lo habitual. Mi abuela siempre madruga y se empeña en preparar nuestro desayuno, pero hoy quiero darle una sorpresa.

No pasa mucho tiempo antes de que se despierte y se queje del café débil que hice, pero sé que está agradecida de todos modos. Trato de no pensar demasiado en la llamada de Doña Mercedes, pero cada vez que mi mente queda libre, el tema vuelve a rondar. ¿Qué podría estar

planeando? ¿Será más trabajo para mí? Tiene que ser eso.

— La casa de los Hudson es hoy o mañana, ¿verdad? — pregunta mi abuela, sacándome de mi ensimismamiento.

— Mañana. Hoy no tenemos nada programado, aprovecha para descansar, abuela.

Sé que es incorrecto, pero he estado engañando en nuestra agenda. Los Hudson fueron la semana pasada, y hice el trabajo sola, además de otras tres casas esta semana. No sé si es porque está enferma, pero últimamente parece más distraída, lo que facilita que la engañe.

Estoy agotada, cada parte de mi cuerpo duele, pero si para mí es difícil, ni siquiera puedo imaginar cómo debe ser para ella.

— Iré a la ciudad y luego a la mansión de los Drouhart hoy. — digo, terminando mi última taza de café.

— ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

— No lo sé, solo daré un salto allí para averiguarlo.

— Ten cuidado, hija.

— ¿Por qué, abuela? ¿Qué sabes de ellos?

Ella se levanta con dificultad, retirando las tazas de la mesa.

— No mucho. Pero sé que la señora Loretta no es precisamente un modelo de amabilidad. Desconfía de lo que sea que ella te diga.



Es la primera vez que entro por estos portones sin sentirme exhausta, y también la primera vez que no vengo a hacer la limpieza.

— La señora Loretta te está esperando en su habitación. Sabes cuál es. — Mercedes me avisa cuando entro en la casa.

Asiento con la cabeza y subo por la inmensa escalera, que, gracias a Dios, hoy no tengo que encerrar.

Golpeo dos veces la puerta entreabierta antes de escuchar su débil "adelante" y entro con pasos cautelosos.

— ¿Me necesitaba, señora?

— Sí. Entra y cierra la puerta, por favor.

Obbedezco y la veo hacer un gesto con la cabeza, sin abrir los labios, para que me siente en el sofá en la esquina de la habitación, frente a ella.

No sé qué esperar de esta conversación, y la ansiedad comienza a apoderarse de mí.

— ¿Necesitas dinero, señorita Brusquet? — pregunta directamente, sin rodeos.

Me sorprende que conozca mi apellido.

— Sí, ¿quién no lo necesita? — permito que una pequeña sonrisa se forme en mis labios, que pronto desaparece al ver su expresión seria.

Ella definitivamente no lo necesita, idiota.

— Tengo un trabajo muy especial para ti.

¿Trabajo? Gracias a Dios.

— Estoy a su disposición, señora. Sé lavar, planchar e incluso cuidar bebés si es necesario.

Ella niega con la cabeza calmadamente.

— ¿Conoces a Stefanos Nikopoulos?

¿Y quién no lo conoce? El magnate griego que compró más de la mitad de los viñedos de la zona de Finger Lakes es tan conocido como su familia, que rápidamente hizo fortuna al llegar a los Estados Unidos. Stefanos Nikopoulos siempre está en los periódicos y sitios de chismes, siempre mencionando suficientes cosas para intrigar incluso a la imaginación más débil. Rico, poderoso y despiadado en los negocios, conocido por no dejar pasar una buena inversión ante sus ojos de águila, inspira respeto y a menudo miedo por donde quiera que vaya. Especialmente si consideramos su historial de mujeres y aventuras.

— Sí, por supuesto. — respondo.

— Estupendo. Entonces sabes que el bastardo es dueño de casi todo por aquí.

— No estoy seguro de entender. ¿La señora quiere que trabaje para él?

— En cierto modo. Pero antes de que te cuente de qué se trata el trabajo, necesito que firmes este documento que ya ha sido revisado por mis abogados.

— Perdóneme, señora Loretta, pero no voy a firmar nada sin saber de qué se trata. No me malinterprete, estoy dispuesta a trabajar, pero no puedo firmar cosas sin saberlo.

— Tranquilízate, niña. Es solo un acuerdo de confidencialidad, asegurándome de que nuestra conversación no salga de aquí. Puedes leerlo, te aseguraré de que lo que digo es cierto.

El documento ya está en la pequeña mesa de centro entre nosotros, así que lo tomo. Aunque no entienda mucho de leyes, está bastante claro. Es realmente solo un acuerdo de confidencialidad. Mi cuerpo comienza a tensarse y me pregunto por qué necesita algo así para continuar.

Firmo, después de todo, soy curiosa y necesito el dinero. Tal vez solo quiere que lave la habitación de sus placeres secretos con el Sr. Nikopoulos. Después de todo, estos ricos tienen sus peculiaridades.

— Listo. Ahora podemos seguir.

Ajusto mi cuerpo en el sofá, fingiendo seguridad que no tengo en este momento. Aunque sea astuta y decidida, ahora me siento demasiado nerviosa para parecerlo.

— Eres la niña más hermosa que he visto, y tienes casi la misma edad que mi hija, Elora, que acaba de cumplir 18 años. — ella comienza, y la secuencia de información no tiene sentido para mí

.

¿Hija? ¿La hija que estuvo en el internado? El rumor entre los empleados es que la hija de los Drouhart ha estado en un internado desde que era pequeña y nunca ha convivido con la familia.

— Elora fue enviada a una edad muy temprana, solo con 9 años, al internado de niñas

Mademoiselle Valois, en Francia, y ha estado allí desde entonces. Saldrá solo cuando cumpla 21 años.

— Entiendo...

No sé muy bien qué significa todo esto, así que simplemente espero a que finalmente me diga cuál es el trabajo.

— La niña necesitaba ser educada y cuidada de la mejor manera posible, ya que era de conocimiento público que, después de muchos intentos, no podría volver a quedar embarazada, lo que hace que Elora sea la última heredera de la casa Drouhart.

— Imagino que debió ser difícil estar lejos de su hija.

— Hice lo que fue necesario.

Su rostro se gira y puedo decir que parece completamente indiferente ante la elección que hizo.

— Pero la peor parte es que hace años, antes de morir, mi esposo hizo un acuerdo multimillonario, ofreciendo la mano de mi única hija en matrimonio al señor Stefanos Nikopoulos. Un acuerdo que, si se rompe, por cualquier motivo, incluso la muerte, pone toda nuestra fortuna en manos de ese desgraciado.

— ¿Pero por qué haría un acuerdo así? ¿Quién vende a su hija de esa manera?

— No tuvo elección, ese maldito Nikopoulos, después de una serie de transacciones, lo acorraló. Compró acciones de nuestras empresas de manera fraccionada y terminó teniendo el control de las decisiones más importantes, lo que nos podría hundir por pura malicia. La única solución que nos dio fue que mi hija se casara con él.

— ¿Por qué?

— Como dije, es de conocimiento público que Elora es la última heredera de nuestra familia, y él quiere asegurarse de que nuestro nombre termine con ella, embarazándola y convirtiendo a mi nieto en un Nikopoulos.

— ¿Por qué alguien sería tan cruel?

— No sé lo que piensan esos locos bastardos, pero él debe haber hecho todo esto solo por diversión. Lo único que sé con certeza es que no haré lo que ese maldito quiere. Un Drouhart nunca será un Nikopoulos.

La avalancha de información que la señora Loretta acaba de compartir conmigo no tiene sentido alguno, y casi olvido por qué estoy aquí mientras me sumerjo en la increíble historia que acaba de contarme. ¿Y por qué me estaría contando estas cosas? ¿Qué tengo que ver con esto?

— ¿Qué estoy haciendo aquí, señora Loretta? ¿Qué trabajo quiere que haga?

— Quiero que seas Elora Drouhart, mi hija, y te cases con el maldito Stefanos Nikopoulos.

Me levanto bruscamente del sofá al escuchar eso, mi corazón parece querer salir de mi

pecho, y la sorpresa mezclada con la ira me deja sin palabras para responder.

— Siéntate, niña. Nada es gratis, por supuesto que recibirías una gran suma que haría tu vida y la de tu abuela muy cómodas.

Muchos insultos impertinentes llenan mi mente, y tengo que apretar fuertemente las uñas contra la palma de mi mano para evitar que salgan de mi boca en un estallido de furia.

— Esto no es un trabajo, señora. Está pidiendo que cometa un crimen. — Son las palabras más respetuosas que puedo pronunciar.

— No. En cuanto a eso, puedes estar completamente tranquila. Tengo una declaración firmada por mi hija que autoriza lo que haremos, por lo que no se considera un crimen. Además, desde que se firmó el acuerdo, mi esposo y yo trazamos rutas de escape y formas de asegurar nuestra fortuna. Elora nunca ha sido vista fuera de los alrededores del internado, nadie sabe cómo es, aparte de las monjas. Todos los demás solo conocen su apariencia cuando era niña. Y ella tiene los mismos rasgos físicos que tú, ojos y cabello del mismo color. No hay razón para que esto sea descubierto por Nikopoulos o por cualquier otra persona.

— ¡Basta! No quiero escuchar más. Lo siento, señora, pero no puedo seguir escuchando estas locuras que acaba de decir. Aunque soy humilde y puede que no tenga tanta educación ni estudios como usted probablemente tuvo, tengo discernimiento sobre lo que es correcto e incorrecto, y esto está muy lejos de ser correcto. Creo que usted, al pensar que haría cualquier cosa por dinero, me está ofreciendo eso, pero nunca aceptaría hacer algo así, sin importar la cantidad.

Doy pasos decididos hacia la puerta y, antes de que pueda responder, salgo de la habitación. Mi cuerpo entero tiembla y mi estómago se retuerce. Todo lo que quiero es salir de esta casa lo más rápido posible.

CAPÍTULO 4

STEFANOS

La imagen que se proyecta frente a mí no podría desagradarme más. La espalda tensa de mi hermano, después de lanzarme algunos insultos, está ocupando mi oficina como si realmente me importaran sus palabras.

— Esto es una locura, Stefanos. ¡Tienes que parar esto ahora! — Lysandros grita con todas sus fuerzas.

— No sé cuántas veces tendré que pedirte que dejes de involucrarte en esto. — digo entre dientes, abandonando mi habitual indiferencia.

— Te estás hundiendo, hermano. Deja esto de lado, olvida esta maldita venganza, papá no lo querría para ti, lo sabes.

Lysandros, a pesar de ser solo dos años más joven que yo, tiene un temperamento más bohemio, aunque es explosivo y brutal en sus acciones. Está más en sintonía con los placeres de la vida que con la venganza. Nunca entendería por qué hago lo que necesito hacer.

— El plazo está a punto de vencerse en menos de 3 meses, y finalmente destruiré a esos malditos Drouhart. Nada de lo que me digas cambiará mi mente, hermano. ¡Nada!

— ¿Casarte, Stefanos? El matrimonio ya es una locura por sí solo, incluso cuando estás enamorado, pero casarte por odio. Es una locura mucho peor. No te atas a esa mujer, Stefanos, no vale la pena.

— Sí que lo vale. — vocifero. — Solo casándome con la maldita Elora Drouhart podré erradicar completamente el nombre de tu familia.

— ¿Y qué planeas hacer? ¿Abusar de la chica para que tenga un hijo tuyo?

— ¡No! Por supuesto que no. — gruño. — Haré que se enamore de mí, de manera tan intensa que me suplicará que le haga un hijo.

Lysandros niega con la cabeza.

— Estás completamente loco.

— Tal vez. Todos los locos tienen sed de algo. La mía es sed de venganza.

— ¿Y si eso se vuelve en tu contra... eh? ¿Y si te enamoras de la chica, qué harás?

Dejo escapar una risa burlona de mis labios.

— Eso nunca sucederá. Elora es una maldita Drouhart de pura cepa, y según lo que investigué, volvió locas a las monjas del internado con sus caprichos y malos modales. Es igual que el resto de su familia, sangre que se cree mejor que todos los demás solo porque nació en cuna de oro. Jamás me enamoraría de una mujer así. Estoy blindado contra Elora Drouhart.

— ¿Y aún así quieres casarte con una mujer así?

— Haré lo que sea necesario, incluso convivir con alguien de su calaña, solo para llevar a cabo mi plan.

— ¿Y si resulta ser tan hermosa que te haga dudar? ¿Has visto a la chica?

— No, nadie la ha visto en años, no tengo idea de su apariencia, pero no me importa.

Puede ser la mujer más bella del mundo, pero nada me hará olvidar que en su sangre corre la misma sangre de quien llevó a mi padre a quitarse la vida.

Lysandros se acerca y pone su mano en mi hombro, mirándome con una expresión que rara vez vi en su rostro, una mirada de preocupación.

— Sé que harás lo que quieras hacer, después de todo, ¿no es así como son los Nikopoulos? Hacemos lo que queremos y como queremos. Solo cuídate, hermano, muchas cosas pueden salir mal.

Lysandros se va, dejándome con la certeza de que nada saldrá mal. No hay posibilidades de que las cosas se descarrilen.

Ahora solo estoy cosechando lo que sembré desde que tenía 20 años, desde la muerte de papá. Han pasado 14 años desde que bebo de la fuente del odio, 14 años en los que he estado destruyendo gradualmente a los Drouhart desde adentro. Dentro de 3 meses, cuando me case con la maldita Elora, todo lo que haré será dar el golpe final, finalmente.



Permito que el aire cálido que emana del jacuzzi penetre en mis poros y reclino la cabeza hacia atrás. Abro los ojos y dejo que el paisaje me inunde; la ciudad que nunca duerme es mi lienzo privado, pintado con lujo y exclusividad, desde un punto que solo yo puedo contemplar. La azotea de uno de los edificios más codiciados de Nueva York ha sido adquirida por mí, convirtiéndose en la compra de propiedad más cara en años. Estoy intrigado, preguntándome quién podrá superar este logro. Tal vez uno de mis hermanos; les encanta ese tipo de competencia. Si tuviera que apostar, pondría mis fichas en Lysandros, el más competitivo de mis hermanos.

Envuelvo una toalla alrededor de mi cintura y me dirijo a la cocina en busca de una copa de Assyrtiko, un vino producido por nuestras bodegas griegas y exportado a los EE. UU. Suelo

consumir más los vinos que importamos de mi tierra natal que los producidos aquí. A pesar de que seguimos las mismas normas de calidad y prácticas de cultivo, mi paladar está más acostumbrado al sabor de las uvas típicas de Santorini, donde nací y fui criado.

Siento que los sabores danzan en mi paladar, entrelazando notas cítricas con un toque mineral que parece traer el sabor mismo de la isla a mi copa. Dejo escapar un sonido de puro alivio y satisfacción al terminar el trago.

Soy un hombre de gustos simples pero refinados. Valoro lo mejor, sin exageraciones ni ostentación, solo lo que mi dinero puede proporcionar. En la cúspide de mi vida adulta, puedo afirmar que he probado de todo en este mundo: placeres, mujeres, diversión, experiencias, gustos y sabores. He probado de todo, he visto de todo y he estado en todos los lugares que he deseado. He tenido experiencias, desde las más simples hasta las más complejas.

No hay nada nuevo bajo el sol; ya lo he experimentado todo

.

La única cosa que aún no he podido saborear es mi venganza.

Hace unos 25 años, vi a mi padre, Pavlos Nikopoulos, fuerte e imponente, sucumbir a una profunda depresión después de una serie de desgracias que lo afectaron. Tenía solo 10 años en ese momento, pero su dolor era evidente para todos.

Joseph Drouhart, su entonces socio, casi llevó a mi padre a la ruina completa al traicionarlo en varias transacciones millonarias. El maldito Joseph, casi 30 años más joven que mi padre, heredero del conglomerado vinícola más grande de los EE. UU., propuso una asociación comercial con mi padre, que, aunque siempre prosperó en Grecia, apenas estaba comenzando en América. El maldito Joseph omitió un pequeño detalle: la familia Drouhart aseguraba su fortuna solo en su nombre, nada más. La riqueza estaba en declive desde que el patriarca Adolf Drouhart, padre de Joseph, falleció y dejó los negocios en manos del

incompetente. Fue entonces cuando implementó su plan sórdido, haciendo que más del 80 por ciento de las acciones de las empresas en las que eran socios cayeran en sus manos, a través de varias maniobras fraudulentas, llevando a mi padre a la ruina.

La familia de mi madre, Athina Nikopoulos, antes conocida como Athina Thalassinos, también prosperaba y se ofreció a ayudar a papá en su caída, levantándolo mínimamente. Los griegos solemos tener un fuerte sentido de familia y tradición, pero acompañado de ese sentido también tenemos el de la honra. Mi padre se sintió humillado por necesitar la asistencia de mi familia materna para recuperarse, hiriendo su honor.

Papá regresó a Grecia y pasaron años antes de que se recuperara por completo, pero eventualmente se convirtió en uno de los hombres más ricos del país. Fue solo entonces cuando partió, sin dejar siquiera una carta escrita a mano, solo dejando este mundo en tristeza y sin esperanza, un hombre atormentado por haber sido engañado por alguien más joven.

El maldito Joseph Drouhart, que derrochaba la fortuna que robó a papá, no me vio venir. Y quien inventó el dicho de que la venganza se sirve en plato frío tenía toda la razón.

Tan pronto como papá nos dejó, mis hermanos y yo regresamos a los Estados Unidos. Yo tenía 20 años, lleno de vigor y determinación para poner fin a la familia que casi llevó a la nuestra a la ruina y que llevó a mi padre a su caída personal. Año tras año, gradualmente adquirí más acciones de sus empresas, mientras simultáneamente aumentaba la fortuna de nuestra familia.

Los Nikopoulos siempre hemos tenido un don para los negocios, y yo no soy diferente. Así como mi padre se recuperó en Grecia, logré cumplir su deseo: conquistar un lugar en la codiciada América del Norte. Hoy en día, nuestro patrimonio es incalculable.

Pero el dinero no es suficiente. Destruir la fortuna de los Drouhart no es suficiente, por eso propuse el contrato de matrimonio. Quiero extinguir el maldito apellido Drouhart y relegarlos al olvido, hacer que pasen de moda.

Ahora que está tan cerca, apenas puedo esperar para aniquilarlos.

CAPÍTULO 5

PERLA

Termino de revisar las notas de mi último trabajo. Aunque me siento exhausta, sé que ahora tengo lo necesario para cubrir los gastos de los exámenes de mi abuela y sus medicamentos. Comprendo que tendré que mantener un ritmo de trabajo frenético y ajustarnos al máximo presupuesto, pero la sensación de alivio al saber que tenemos lo esencial es revitalizante.

— Abuela, llegué. — exclamo con voz elevada mientras dejo las llaves en la mesita de la esquina. — Abuela, ¿dónde estás?

No escucho respuesta.

Mi abuela suele ser la persona más ruidosa que conozco, pero ahora la casa está sumida en un silencio total. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

— ¿Abuela? — me dirijo rápidamente a su habitación.

— Vaya, vaya. Parece que la hija de Brusquet ha crecido. — La voz ronca del hombre estremece todo mi ser.

— ¿Quién eres tú? — pregunto con voz temblorosa.

— Soy un viejo amigo de tu padre.

El hombre ronda los 60 años, aunque se ve vigoroso. Sé que debo estar alerta si se acerca.

— ¿Qué deseas aquí? — respondo con determinación.

Entiendo que mostrar miedo solo empeoraría la situación, así que trato de mantener una actitud valiente, aunque temo que mis piernas no respondan si es necesario.

— Solo quiero mi dinero, nada más.

— Por favor, sal de aquí. — escucho la voz cansada de mi abuela.

La miro, intentando mantener una mirada fuerte, y luego vuelvo a mirar al intruso.

— No tenemos dinero. Sal de aquí o llamaré a la policía.

— No me iré hasta que me pagues lo que tu padre me debe.

— Hemos saldado todas las deudas que tenía mi padre. Él falleció hace años, no puede deber nada.

— Ahí es donde te equivocas, niña. Estuve en prisión un tiempo, pero ahora estoy aquí para recuperar lo que me corresponde legalmente.

— ¡Te digo que no tenemos dinero! — exclamo, aunque las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos. — Por favor, déjanos en paz.

El hombre da unos pasos hacia mí y saca una navaja de su bolsillo. Su rostro refleja la desesperación de alguien que no tiene nada que perder.

— Será mejor que encuentren el dinero ahora.

Los acontecimientos se suceden rápidamente ante mis ojos. Mi abuela intenta golpearlo con un jarrón, pero él la sorprende y la sujeta del cuello. Corro y lo golpeo con un perchero en movimientos rápidos, forzándolo a soltar a mi abuela.

— ¡MALDITO DESGRACIADO! — grito histéricamente mientras golpeo su cuerpo.

Él se levanta aturdido y me empuja, arrojándome al suelo.

Me arrastro hacia mi abuela, quien tose incontrolablemente.

— Tranquila, abuela, tranquila.

El hombre revuelve cada rincón de la casa en busca de dinero. Escucho los latidos de mi corazón resonar en mis oídos.

Dios mío, ayúdanos, por favor...

Mi abuela sigue tosiendo, y yo sigo intentando ayudarla, cuando escucho la puerta principal cerrarse.

— Ya se fue, abuela. Ya se fue.

Corro hacia la cocina, con las piernas temblorosas. Mis manos apenas pueden sostener el vaso mientras lo lleno de agua. Coloco el vaso en la mesita de noche y, con dificultad, lo llevo hasta la cama de mi abuela.

— Toma, bebe esto. — le entrego el agua en sus manos.

Abro el pequeño cajón y busco su medicina, sacando una pastilla y poniéndola en sus

manos. Ella deja caer la pastilla al suelo y la veo comenzar a perder el conocimiento. Su respiración está fuera de control, en medio de la tos que la consume.

— Abuela, por favor... abuela. — las lágrimas inundan mi rostro y mi voz.

Ella lucha, pero la veo desvanecerse sin aliento en la cama. No sé qué hacer; todos los pensamientos huyen de mi mente.

Dios mío, ayúdanos... ayúdanos.

Me arrastro hasta la cocina y marco el número de emergencia.

— Llegaremos en unos minutos, señorita Brusquet. — escucho decir a la operadora.

Es lo último que oigo. Todo se convierte en un ruido inaudible detrás de mí.



El lugar debería ser tranquilo, pero el ruido de bebés llorando y camillas rodando es ensordecedor en mis oídos. Mi abuela fue llevada a emergencias y han pasado 20 minutos desde que espero noticias. Aunque sé que es poco tiempo, se siente como si fueran 2 horas en el reloj.

— Señorita Brusquet. — el médico se acerca.

— Soy yo. ¿Cómo está mi abuela?

— Hemos logrado controlar la crisis, pero necesitamos intubarla. Por lo que vi en su historial médico, ella padece de FPI, ¿verdad?

— Sí, fue diagnosticada recientemente. Falta hacerle algunos exámenes para comenzar el tratamiento.

— Ella ya no puede esperar, señorita. Necesita comenzar el tratamiento de inmediato y ser ingresada en un hospital especializado en enfermedades pulmonares. Aquí pudimos proporcionar primeros auxilios, pero con su condición, necesita a un especialista. El grado de su enfermedad es extremadamente grave.

— Haremos lo que sea necesario, doctor, pero ¿está estable ahora?

— Sí. Creo que el esfuerzo que hizo desencadenó la crisis, pero logramos estabilizarla.

— ¿Puedo verla?

— Está inconsciente debido a los medicamentos, pero si lo desea, puede hacerlo.

Asiento, y pronto me acompaña y me deja sola con ella. Siento que mi corazón se encoge al verla en esas condiciones. Mi abuela, que es tan fuerte, está respirando con la ayuda de máquinas, me parte en pedazos.

— Saldrás de esta, abuela, te lo prometo.



Escucho el fuerte rugido de mi estómago advirti

éndome que aún no vivo de fotosíntesis. Pasé la noche en el hospital y, aunque no quiera alejarme de mi abuela, sé que necesito regresar a casa para ducharme y comer algo. El camino hasta nuestra casa es rápido y no pasa mucho tiempo antes de que esté bajo la ducha, sintiendo cómo todo, o al menos casi todo, el cansancio se va.

Salgo de la ducha y me envuelvo en mi viejo albornoz de Winnie the Pooh que tengo desde los 12 años. Me sirvo un sándwich de atún y un jugo de piña. Inhalo todo el aire de mis pulmones después de terminar el almuerzo en menos de 3 minutos.

Este es mi récord.

Me levanto de la silla de un salto, porque sé que si me quedo un segundo más en ella, me dormiré en el acto, dado mi agotamiento. Voy a mi habitación en busca de la única salida que tenemos en este momento; aunque sea poco dinero, lo que hemos acumulado con mucho esfuerzo será nuestra salvación para el tratamiento de mi abuela, al menos inicialmente.

Pero para el resto, encontraremos una solución.

Al abrir el último cajón de la cómoda en mi habitación, doy pequeños golpes en el fondo, liberando y revelando un fondo falso en el cajón, donde guardo nuestro dinero. Sé que es anticuado tener dinero en casa, pero la mayoría de nuestras clientas nos pagan en efectivo y, aunque siempre me tomo un tiempo para depositar en el banco, con la locura de los últimos tiempos, dejé que se acumulara.

Revuelvo cada rincón del fondo falso del cajón en busca de la bolsita con nuestro dinero, pero no encuentro nada, solo fotos viejas y cosas que ya estaban allí antes. Trato de no entrar en pánico, aunque ya he sacado todo el cajón de la cómoda y estoy mirando el suelo y moviendo la cómoda, buscando detrás de ella.

No está aquí.

Mis pensamientos comienzan a girar en un torbellino de pánico. ¿Dónde está nuestro dinero? Es lo único que tenemos para garantizar el tratamiento de mi abuela. Mi corazón late más rápido, mis manos tiemblan mientras busco frenéticamente en cada rincón de la habitación. La bolsita con el dinero no puede simplemente desaparecer.

Mi estómago comienza a retorcerse, y siento que voy a vomitar todo el sándwich que

acabo de comer. ¡El maldito lo ha tomado! Lo tomó y además dejó el cajón tal como estaba para que no me diera cuenta de inmediato. Dios mío, no puedo creerlo... no puedo.

El desespero y la impotencia me inundan. La sensación de fracaso y la perspectiva de no poder conseguir el tratamiento que mi abuela necesita es abrumadora. Mis ojos arden mientras luchan contra las lágrimas que amenazan con escapar. No puedo fallarle.

Dejo que mi cuerpo se apoye en el suelo mientras comienzo a llorar ruidosamente, un llanto profundo y doloroso que se apodera de todo mi ser. Mi mente es un caos, y la sensación de culpa por permitir que esta situación ocurra me asfixia.

¿Qué haré ahora? Era todo lo que teníamos.

CAPÍTULO 6

PERLA

Mi abuela me enseñó que ningún problema es tan grande que no se pueda resolver, que cada día nos despertamos con el poder de cambiar lo que esté yendo mal en nuestras vidas, con la fuerza de Dios a nuestro lado. Siento un fuerte dolor de cabeza por la noche que pasé despierta llorando, pero la luz del amanecer me trajo fuerzas.

Si me derrumbo, nada se solucionará.

Hace mucho tiempo que esta frase resuena en mi mente. Mi abuela ya no es tan fuerte desde hace años, y siempre supe que debía serlo por las dos.

Veo las puertas de la mansión de los Drouhart abrirse ante mis ojos y respiro profundamente, tratando de llenarme de fuerza y determinación.

— La señora Loretta te espera en la habitación, niña. — Mercedes dice, con una mirada triste.

Algo me dice que ella sabe más de lo que dice.

Al entrar en la habitación, encuentro a la señora Loretta en el mismo lugar en el que estábamos en nuestra última conversación. Siento que mi pecho se llena de lágrimas al pensar en lo que voy a hacer, pero no permito que lleguen a mis ojos.

— Veo que has cambiado de opinión, niña. Siéntate.

Sin decir una palabra, la obedezco a regañadientes.

— Aquí están los términos del contrato. Una vez que los leas, firma, y podemos seguir con los siguientes pasos. No tenemos mucho tiempo.

— Tranquila, señora. — digo, con altivez. — Antes, necesito hablar sobre mis condiciones.

Ella asiente con la cabeza en señal afirmativa.

— Antes que nada, quiero ver la declaración que dice que no cometeré ningún crimen, firmada por su hija. También quiero que se comprometa a pagar el tratamiento, los exámenes y los medicamentos de mi abuela con el mejor especialista pulmonar del país.

— Claro, lo haré. En cuanto a la declaración, aquí está.

Ella saca uno de los papeles del medio y me lo entrega. Lo leo y, como ella dijo, es una declaración escrita de su propia mano, autorizándome a suplantarla, a Elora, durante el tiempo que sea necesario.

— De acuerdo. — digo, todavía con altivez. — Y por lo que recuerdo, mencionó que el Sr. Nikopoulos quiere que su hija quede embarazada. No dormiré con él, bajo ninguna circunstancia.

— Tranquila. El hombre no es un monstruo, no te obligará a dormir con él... solo si tú quieres, por supuesto.

— ¡No! ¡Nunca haría eso!

— Como quieras. — ella encoge los hombros.

— También quiero saber el motivo que lo llevó a querer casarse con su hija. No me convenció lo que usted dijo, debe haber tenido alguna razón para renunciar a una herencia tan grande.

— Él es mucho más rico de lo que tu cabecita puede imaginar; para personas como él, hacen cosas por diversión. Es un hombre impulsivo y cruel que quiere demostrar su poder casándose con una hija de una familia con generaciones y generaciones de historia para tener un heredero de pedigrí. Eso es todo lo que él quiere, es un jugador, apostando alto.

Las palabras de ella me erizan la piel; ¿qué haría un hombre así cuando descubriera que fue engañado? ¿Pero qué otra opción tengo? ¿Qué otra opción tengo si mi abuela necesita tratamiento para su enfermedad?

— ¿Y por cuánto tiempo tengo que estar casada con él?

— Para siempre, o hasta que uno de los dos muera. Hay una cláusula que establece que si Elora quiere divorciarse, toda nuestra fortuna irá para él de todas formas. Solo si él quiere divorciarse, eso no sucederá.

— ¿Eso significa que... yo no puedo estar casada con él por el resto de mi vida?

— Tranquilízate, niña. Seguramente se cansará de esta tontería y pedirá el divorcio, o si no, te dejará vivir en alguna lujosa mansión mientras se divierte por ahí. Eres pobre, seguirás siendo pobre por el resto de tu vida. Esta es una oportunidad para tener un esposo rico.

— Señora Loretta. — Me levanto permitiendo que mi irritación se haga evidente. — No me importa el dinero, ni un esposo rico. Y no puedo pasar el resto de mi vida fingiendo ser otra persona.

— De acuerdo, de acuerdo. — ella revuelve los ojos. — Ya imaginé que dirías algo así. Los menos afortunados a menudo tienen un irritante sentido de honor. Por eso, he incluido una cláusula en nuestro contrato que establece que si ese maldito no te pide el divorcio en un año, tú misma puedes hacerlo.

— ¿Y su fortuna?

— Él pedirá el divorcio antes, conozco el tipo de hombre que es. Está haciendo todo esto por diversión y cuando se canse, pedirá el divorcio. Después de todo, el dinero no es algo que le falte al bastardo.

Respiro profundamente y tomo el contrato en mis manos; aunque no entienda de leyes ni de contratos, nada de esto me parece legal.

Miro fijamente a la señora Loretta, que me ofrece una pluma para que firme. A pesar de que cada pedazo de mi corazón grita que no lo haga, tomo la pluma de sus manos y firmo rápidamente el acuerdo.

— Listo, aquí está. — digo, apartando el papel de mí como si fuera algo maldito.

— ¡Genial! La parte divertida comienza ahora, querida.

— ¿Por qué yo? ¿Por qué me eligió a mí? Entre tantas personas que podría haber elegido para este acuerdo, ¿por qué justo yo?

— Hay dos monedas que valen mucho más que el dinero, querida mía: el amor y el odio. Son dos fuerzas que nos consumen y nos hacen hacer cosas que dudamos que haríamos. Y tú... estás llena de amor, amor por tu abuela. Desde que la vi, supe que harías todo por su bienestar, mucho más de lo que cualquiera haría por una simple suma de dinero.

Aquí tienes el pasaje corregido en español de España:

Ella se levanta, recogiendo los papeles antes de mirarme una última vez:

— Estate aquí mañana por la mañana.

— ¿Para qué?

— Para que yo te enseñe a ser una Drouhart.

Ella dice, saliendo de la habitación a paso lento, sin preocuparse por despedirse. Siento

una mezcla de emociones burbujeando dentro de mí, miedo, incertidumbre, enojo y un hilo de determinación. Estoy entrando en un juego peligroso, un juego en el que debo ser alguien que no soy, en el que debo desempeñar un papel que va en contra de todo lo que aprendí a ser. Pero la imagen de mi abuela, frágil y luchando por cada respiración, está grabada en mi mente. Haré lo que sea necesario para obtener el tratamiento que necesita. Y aunque eso signifique involucrarme con Stefanos Nikopoulos, aunque tenga que convertirme en Elora Drouhart, enfrentaré este desafío. Por mi abuela, seré fuerte. Por mi abuela, aprenderé a ser una Drouhart.

Salgo de la habitación con el contrato firmado en mano, una sensación de peso en el pecho que parece interminable. Observo la majestuosidad de los Drouhart en la mansión, pero también me doy cuenta de lo lejos que está de mi realidad. Mi abuela siempre me enseñó a ser honesta, a valorar las cosas simples de la vida, pero ahora estoy a punto de sumergirme en un mundo de mentiras, intrigas y riqueza superficial.

La mirada de Mercedes al cruzarse conmigo en los pasillos está llena de comprensión y preocupación. Ella no dice nada, pero nuestros ojos se encuentran por un instante, como si pudiera leer mis pensamientos. Tal vez ella sabe más sobre esta situación de lo que aparenta.

Regreso al hospital, con el corazón todavía acelerado. Mi abuela está sentada en la cama, mirando por la ventana, perdida en sus pensamientos. Sé que no aprobaría lo que estoy haciendo, pero también sé que es lo que necesito hacer, haré cualquier cosa por el bienestar y la salud de la mujer que siempre me crió con fuerza y me dio todo lo que necesitaba: amor, cariño y sonrisas.



Mi abuela fue trasladada al NYU Langone Health, uno de los principales centros de cuidados pulmonares. El hospital está en Manhattan, en la ciudad de Nueva York. Casi 5 horas de viaje desde Ithaca, donde vivimos. A pesar de vivir en Nueva York, el estado es enorme, y la ciudad está lejos. Estoy exhausta por el viaje. Tuve que regresar en la madrugada después de dejar a mi abuela allí. En parte, eso me alivió. Mi abuela no dejó de hacerme preguntas sobre cómo había conseguido dinero para internarla allí, y aunque aseguré que era un trabajo que los Drouhart me habían propuesto, su sexto sentido parecía no creerlo. Puede que esté enferma, pero sigue siendo astuta y desconfiada.

Dejo que mi cuerpo caiga sobre la cama y me relajo. Miro el reloj de la mesita de noche y veo que son las 7 de la mañana. Puedo dormir al menos una hora antes de tener que ir a los Drouhart. Loretta cumplió su promesa y ayer, apenas salí de allí, se encargó de que mi abuela fuera trasladada al Langone Health. Fui con la camioneta ayer por la mañana y pude pasar unas horas con mi abuela antes de tener que regresar. Estoy destrozada y probablemente dormiría 12 horas seguidas, pero sé que podré dormir después. Ahora solo necesito una siesta para recuperar algo de energía.

El sonido de la alarma que configuré parece una sirena de bomberos. La puse lo más alto que pude, segura de que podría no escucharla, y Dios sabe cuánto necesitaba escuchar esa alarma. La desactivo y me levanto sin demora. Sé que si me demoro y vuelvo a dormir, dormiré hasta mañana, y no puedo permitir que eso suceda.

Aunque sé que lo que estoy haciendo no es correcto y aunque ese maldito Stefanos Nikopoulos sea un idiota engreído que hace maldades por diversión, sé que nadie merece ser eng

añado de esta manera. Pero mi abuela está siendo bien cuidada y eso me reconforta. Aunque sé que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer. Dios me perdone por lo que voy a hacer.

Quince minutos después, estoy duchada y con el estómago lleno, lista para enfrentar lo que sea que venga en este día. Cierro la casa con llave y respiro profundamente, segura de que lo lograré.

Por quinta vez en los últimos 2 meses, entro en la mansión de los Drouhart para llevar a cabo un trabajo muy diferente de lo que estoy acostumbrada. Doña Mercedes me acompaña hasta la biblioteca, donde encuentro a la señora Loretta con su postura elegante y distante habitual.

— Siéntate, niña —dice.

— Buenos días, señora.

— Deja de llamarme señora; llámame mamá.

Trago saliva mientras me siento.

— ¿Cómo?

— Bueno, lo que oíste. A partir de ahora, soy tu madre. Acostúmbrate, o podrías cometer un error frente a todos en la cena.

— ¿Qué cena?

— En una semana, daré una cena solo para algunos invitados de confianza, en la que estará el Sr. Nikopoulos.

— ¿En una semana? ¿Tan pronto?

— Sí, querida. Queda menos de 1 mes para tu boda. Está ansioso por conocerte.

Un escalofrío recorre mi estómago. Esto parece más real cada segundo.

— Por eso, necesito enseñarte todo sobre etiqueta y buenos modales. Además de la historia y las tradiciones de nuestra familia —continúa.

— Y-yo, no tengo buenos modales, señora; arruinaré todo.

— Tonterías, Elora tampoco creció en la alta sociedad, solo con monjas, y tú no eres una chica mal educada, eres educada a tu manera humilde. Servirá.

Servirá.

La

frase me hace sentir como un accesorio a ser adquirido. Pero después de todo, eso es lo que soy, ¿verdad? Respiro profundamente, tratando de no dejar que esos pensamientos me dominen, porque necesito que mi abuela se recupere.

— Bien. ¿Por dónde empezamos? —digo, decidida.

La señora Loretta sonríe satisfecha, como si estuviera probando mi disposición para seguir adelante con este plan sórdido. Comienza a darme instrucciones detalladas sobre cómo debo comportarme, hablar, vestirme y actuar como Elora Drouhart. Es como si estuviera recibiendo una intensiva lección de etiqueta.

Aprender a caminar con gracia y elegancia es más difícil de lo que imaginaba. Ella me enseña a inclinar la cabeza, a sonreír de manera que parezca natural pero que en realidad está calculado para agradar. Incluso la forma de sostener una copa de cristal se explica minuciosamente. Mientras escucho sus instrucciones, intento absorber lo máximo posible, pero

también siento una extraña sensación, tal vez sea la culpa que me atormenta.

CAPÍTULO 7

STEFANOS

La infame Loretta Drouhart piensa que soy un imbécil. Adentrado en la despreciable mansión de mis enemigos, me encuentro con 10 o 15 invitados que no tienen ni idea de lo que es la alta sociedad. Ella se ha encargado de invitar, quién sabe a quién, para esta cena. Probablemente esté tratando de ocultar a sus verdaderos amigos que casará a su hija con el griego al que considera inferior a su clase.

A pesar de que soy cerca de 30 veces más rico que ella, posiblemente mucho más, ricos como ella, que provienen de linajes que perduran durante siglos, llenos de riqueza y pompa, consideran vulgares a ricos como yo. Para ellos, lo que cuenta es el nombre, aunque la cuenta bancaria ya no sea la misma. Y es por eso que voy a destruir su precioso nombre.

— Bienvenido, señor Nikopoulos. —la anfitriona, Loretta Drouhart, me saluda con una sonrisa amarilla y falsa.

— ¿Dónde está la chica? —ignoro su saludo sin rodeos.

— Tranquilícese, está terminando de arreglarse y bajará pronto para saludarte. Siéntate y disfruta de un buen vino de nuestra bodega mientras tanto.

Muestro una sonrisa cínica en la comisura de los labios.

Preferiría beber ácido sulfúrico antes que probar una gota del vino producido por esta gentuza.

La ignoro y salgo a grandes zancadas, sentándome en el primer sofá que encuentro, que, para mi sorpresa, está frente a la escalera principal de la mansión. Seguramente la niña Drouhart bajará por aquí, así que sabré exactamente cuándo decida aparecer ante los simples mortales presentes.

Confieso que una pequeña curiosidad empieza a surgir en mí, el misterio que rodea el rostro de la heredera de los Drouhart comienza a molestarme.

— Tú debes de ser el famoso Stefanos Nikopoulos, ¿verdad? —la voz fina y ligeramente

irritante de una mujer resuena detrás de mí.

Exhalo el aire suavemente por la boca, sin tiempo para perder en conversaciones triviales.

— ¿En qué puedo ayudarte, señorita? —uso el mejor tono de voz que poseo, aunque esté impaciente.

— ¿Quieres una copa de champán? Puedo traerte una.

— No, gracias.

— ¿Puedo sentarme a tu lado?

Solo asiento rápidamente con la cabeza, volviendo mi mirada hacia la escalera.

¿Cuánto más va a tardar esta niña en aparecer?

— No vienes mucho por esta región de los viñedos, ¿verdad? —la chica dice, y me giro para mirarla por primera vez.

Su rostro me resulta familiar.

— ¿Nos conocemos?

Ella niega con la cabeza mientras toma un sorbo de su copa.

— Soy Brittany Fox, a su disposición. — Su sonrisa revela indecencia.

Una indecencia que no me interesa en absoluto en este momento. No he venido a esta cena a divertirme, sino a cumplir una misión. Y si Loretta ha puesto a esta joven para conquistarme y tiene algo planeado para romper nuestro contrato, entonces simplemente es una inocente. No tiene idea de mi determinación para llevar a cabo lo que me propongo, y no es un rostro bonito lo que me desviará, cualquiera que sea su plan.

— No me interesa, Brittany, y dile a tu jefa que no soy tonto. Ahora, déjame solo.

Sus cejas se fruncen y puedo ver el desagrado en su rostro. Pero no tengo tiempo para esto.

Pasados unos minutos más, estoy a punto de levantarme y confrontar a Loretta, exigiendo que su hija baje, cuando la veo aparecer en la parte superior de la escalera. Su rostro muestra una mezcla de temor y determinación, y sus rasgos son hermosos como los de un ángel recién caído. La veo descender los escalones con calma, llevando un largo vestido dorado que combina perfectamente con su tez clara y los destellos de su cabello rubio brillante. A medida que se acerca al final de la escalera, su mirada me parece aguda, con sus grandes ojos verdes, me observa como si fuera una leona a punto de enfrentar a un león, pero no puedo pasar por alto que intenta ocultar que en su interior es solo una conejita asustada.

Me levanto y arreglo mi traje, tratando de mantener la calma al máximo.

No puedo ser grosero, necesito conquistar a la conejita.

Doy unos pasos hacia ella con mi mejor sonrisa y toco su mano.

— Stefanos Nikopoulos, tu devoto prometido. — Digo, permitiendo que mis labios rocen su suave piel.

Elora Drouhart me mira y puedo ver la sorpresa en sus ojos. Supongo que no esperaba que pudiera ser amable.

— Encantada de conocerte, señor Nikopoulos.

Dejo que una sonrisa ladeada se forme en mis labios.

— No seas tan formal, nos vamos a casar. Llámame Stefanos, por favor.

Ella asiente ligeramente y, aunque parece incómoda con la situación, finge que no lo está. Elora me parece altiva, su postura no es frágil ni retraída. No puedo negar que es realmente hermosa, pero la belleza no es algo que me impresione, después de todo, Lucifer también era hermoso.

Me acerco un poco más, permitiendo que nuestros cuerpos estén ligeramente más cerca. Sus ojos capturan los míos, y hay algo en ellos que me intriga, algo que no encaja con la imagen de los Drouhart. Fríos, soberbios y calculadores, en contraste, su mirada emana sutileza aunque sea fuerte.

En ese momento, Loretta se acerca a nosotros, interrumpiendo el momento.

— Ah, Elora, cariño, es estupendo que se estén conociendo mejor. — Su voz suena dulce como la miel, pero detecto un rastro de desaprobación en su mirada. Parece que mi pequeña interacción con Elora no le ha gustado mucho a Loretta. — Vamos, pronto serviremos la cena.



Durante toda la cena, Elora apenas me miró y, contrario a lo que pensé, parece resignada y conforme con el papel que su padre la obligó a seguir. Su madre debe haber ejercido una gran presión o haberle hecho grandes promesas para que cumpla con el acuerdo. Después de todo, nadie está obligado a casarse con nadie; ella tiene todo el derecho de negarse si así lo desea. Pero no creo que su madre lo permitiría.

Con todo lo que había oído sobre ti, tu temperamento rudo e inhóspito, imaginaba que

nuestro primer encuentro estaría lleno de insultos bajos y odio destilado. Sin embargo, en su lugar, veo a una joven recatada, cortando un trozo del succulento filete mignon con salsa bernesa, como si ya estuviera resignada a casarse con un completo desconocido por conveniencia.

— ¿Disfrutando del filete, señorita Drouhart? —pregunto, y veo sus ojos encontrarse brevemente con los míos.

— Es un corte excelente, señor Nikopoulos. ¿No le gusta?

— Está delicioso, pero ya estoy satisfecho.

Hago un gesto con la mano, indicando a uno de los empleados que retire el plato, y pronto Loretta me reprende.

— Los platos se retirarán cuando todos hayan terminado, señor Nikopoulos. Sé que no está familiarizado con las reglas de etiqueta, pero en esta casa seguimos esas normas.

Una risa burlona escapa de mis labios.

— ¿En serio? —pregunto con ironía, levantándome—. ¿Y qué dicen sus normas de etiqueta sobre que los invitados abandonen la mesa antes de que todos hayan terminado?

— Señor Nikopoulos...

Doy unos pasos hacia ella, inclinándome a la altura de sus ojos, y puedo ver su incomodidad al perder el control de la situación. Luego, susurro en su oído.

— Aprenderá que no puede controlar a un Nikopoulos, distinguida señora Loretta.

Ajusto mi traje y dirijo mi mirada hacia Elora, que me mira levemente asustada.

— Te espero afuera, conejita. No me hagas esperar, como has visto, no tengo mucha paciencia.

Le dedico una sonrisa y la veo desviar la mirada, como si se sintiera avergonzada.

— ¿Qué crees que estás haciendo? —Loretta Drouhart me interpela con voz temblorosa, tratando de mantener su compostura mientras se enfrenta a mi desafío.

La ignoro y salgo de la sala de comedor con pasos seguros, dejando atrás el aroma del banquete y caminando hacia el balcón, desde donde puedo ver el bien cuidado jardín que rodea la mansión. No pasa mucho tiempo antes de que Elora aparezca, sus pasos vacilantes la delatan mientras se acerca.

— No era necesario ser tan grosero con mi madre. —Elora murmura, sus palabras revelan una mezcla de incomodidad y defensa.

— Ella no está acostumbrada a quebrantar sus reglas, pero eso no es problema mío. — Respondo tranquilamente, estudiando su delicado rostro a la luz de la luna.

Ella me mira, tratando de descifrar algo en mí, pero no doy pistas sobre mis pensamientos. A pesar de la atmósfera tensa, es imposible ignorar su intrigante belleza, una combinación de fuerza y vulnerabilidad.

— ¿Por qué aceptaste este matrimonio? —Pregunto, observando detenidamente las emociones que pasan por sus ojos verdes.

Ella suspira, sus hombros cayendo un poco antes de responder.

— Es lo que necesito hacer.

La respuesta no me sorprende. Conozco bien las maquinaciones de las familias ricas y poderosas. Siempre están dispuestas a sacrificar la felicidad de sus hijos en nombre de alianzas ventajosas. Y como he hecho el contrato muy sólido, apuesto a que Loretta ni siquiera consideró no hacer el matrimonio. Pero lo que me sorprende es la determinación en el rostro de la chica.

— ¿Y tú? ¿No tienes voluntad propia? —Mi voz suena más suave esta vez, con un rastro de comprensión en mis palabras.

Elora baja los ojos por un momento, como buscando valor para responder. Cuando finalmente me mira de nuevo, veo una llama de determinación en sus ojos.

— Voy a hacerlo, pero no seré prisionera de mi destino. Me aseguraré de tener el control de mi propia vida, incluso si tengo que compartirla contigo.

Una sutil sonrisa se forma en mis labios. Hay una chispa de independencia en ella, una voluntad de luchar por su propia libertad.

— Tienes una lengua afilada, conejita. —Comento, provocando un destello de irritación en sus ojos.

— Y tú parece creer que puedes controlar todo a tu alrededor. —Elora responde desafiante.

Me gusta su audacia. No se somete fácilmente ante mí, algo que se vuelve cada vez más raro. De repente, el pensamiento de que convivir con ella no será tan malo me pasa por la cabeza.

— Tal vez podamos llegar a un acuerdo, Elora. —Digo, acercándome lentamente a ella.

— ¿Qué tipo de acuerdo, señor Nikopoulos?

CAPÍTULO 8

PERLA

Algunos minutos antes.

Quedo cautivada por su magnífica sonrisa, una fuerza invisible que me atrapa, y debo apartar la mirada bruscamente para que mis mejillas no se sonrojen. Stefanos Nikopoulos es un hombre. Un hombre de gran fortaleza, cada uno de sus rasgos físicos parece sacado directamente de una pintura. Sus ojos son de un verde intenso que contrasta con su piel ligeramente bronceada; su mandíbula es fuerte y bien definida, y cuando está contrariado, se marca un poco más. Sus anchos hombros y su postura altiva lo hacen aún más imponente.

No es un chico, es un hombre. No solo en sus rasgos físicos, sino también en su actitud dominante e impulsiva. ¿Cómo podré engañar a un hombre de esta estirpe? Descubrirá en el primer segundo que hablo más de dos frases que no pertenezco a su clase social.

— ¿No has oído? Ve tras él. — dice la señora Loretta entre dientes.

Mis pasos hacia el porche de la casa son lentos y medidos. Stefanos está apoyado en el umbral, contemplando la noche que acaba de caer. Sus anchos hombros ocupan mucho espacio, dejando un pequeño espacio entre las columnas. Trago saliva y me concentro en mi abuela, en que lo que estoy haciendo salvará su vida. Solo recordándolo, encuentro la fuerza para dar los últimos pasos y enfrentar al depredador que está listo para devorarme en mil pedazos.

Al girarse y mirarme, apoya ambos codos en el umbral en una postura relajada y me sostiene la mirada. El contacto visual es como una descarga eléctrica, enviando escalofríos por mi espalda. Me siento desnuda bajo su mirada, como si pudiera ver cada pensamiento, cada secreto que oculto. Sin embargo, su expresión no es amenazante; es intrigante, como si él

también estuviera tratando de descifrar algo en mí.

De las pocas veces que tuve el coraje de mirarlo, en todas ellas me sostenía la mirada. Aprendí de mi abuela que si alguien te mira a los ojos, debes mirarlos de la misma manera. De lo contrario, esa persona pensará que eres débil y te estás acobardando.

No sé si hay verdad en eso, pero me aferro a todo lo que puedo para no mostrar debilidad ante este hombre.

Después de intercambiar algunas palabras, menciona un acuerdo y eso me estremece. ¿Qué tipo de acuerdo querrá hacer conmigo este hombre?

— ¿Qué acuerdo, señor Nikopoulos?

— Ya te dije que me llames Stefanos, Elora. — Su voz es grave y envolvente.

Asiento, con la garganta seca, incapaz de articular palabras. Él sonríe de lado, una sonrisa que parece saberlo todo, una sonrisa que me hace cuestionar qué está pensando realmente.

— Acabo de conocerte. Será un poco difícil acostumbrarme. Te pido que tengas paciencia.

Aunque mis palabras son corteses, uso un tono un poco desafiante para mantener un poco más el control de la situación. Sé que con un hombre así, necesitaré fuerza.

— No pareces tan interesada en este arreglo como tu madre. — Él señala casualmente.

Mi mente entra en pánico, tratando de encontrar una respuesta adecuada, pero todo lo que puedo hacer es morder nerviosamente mi labio inferior. ¿Cómo debería reaccionar? ¿Debería mostrar más felicidad o más enojo? La verdad es que no sé cómo es ser rica y estar en un matrimonio por conveniencia. Lo que sé es lo que es ser pobre, estar en una situación desesperada y necesitar fingir ser alguien y casarme para que mi abuela no muera. Este sentimiento es impotente, enojado, y tengo ganas de gritar que lo que está haciendo este hombre es ridículo.

— No es exactamente lo que esperaba para mi vida — respondo finalmente, apartando la mirada al suelo, incapaz de soportar la intensidad de sus ojos verdes que me escrutan y llena de deseos de gritar que lo que está haciendo es ridículo.

¡Maldición! No debería mostrar debilidad, debería mirarlo firmemente, pero creo que no me he preparado lo suficiente para esta interacción.

Él se ríe, un sonido suave y encantador que resuena en el ambiente.

— Eres diferente de lo que imaginaba. — dice.

No sé qué significan sus palabras. ¿Estará desconfiando? ¿Habrá notado ya en tan poco tiempo que soy una farsa?

— ¿Cómo imaginabas que era?

— Más arisca e inmadura.

Me sorprende tu respuesta. No era lo que esperaba escuchar. Por un lado, me siento aliviada de no ser inmediatamente etiquetada como una impostora, pero por otro lado, estoy intrigada por lo que realmente está pensando sobre mí.

— Entonces, lo tomaré como un elogio.

— ¿Qué opinas de todo esto, Elora? De todo este acuerdo en el que tu padre te ha involucrado.

— Lo encuentro... complicado. — respondo, eligiendo mis palabras con cuidado.

Stefanos asiente, como si estuviera considerando mi respuesta.

— “Complicado” es una buena descripción para muchas cosas en la vida.

— Pero, ¿a qué te referías cuando mencionaste un acuerdo? — vuelvo al tema que parece haber sido olvidado.

— Sí, un acuerdo que nos beneficie a ambos. No te obligaré a ser algo que no quieras ser ni a hacer lo que no desees, pero a cambio, podemos sacar provecho de toda esta situación...

Stefanos da unos pasos hacia mí, aún mirándome sin perder el contacto visual ni por un segundo. Parece querer leer mis pensamientos, y eso me atormenta. Trato de apartar la mirada y observo la luna, que está hermosa esta noche.

La mansión Drouhart se encuentra frente a uno de los lagos más hermosos de la región de Finger Lakes. Con la noche y la luna llena, el lugar se vuelve aún más impresionante.

— La luna es preciosa aquí, ¿no crees, Stefanos?

— No está mal. — asiente de manera indiferente.

Apoyo mis codos en el umbral después de verlo volver a girar el cuerpo, y ahora ambos miramos la luna. Siento que su cuerpo se acerca al mío.

— Tú también eres mucho más hermosa de lo que imaginaba, Elora.

Elora.

Cielos, no soy Elora. ¿Qué estoy haciendo? De repente, una fuerte necesidad de correr y escapar de toda esta situación se apodera de mí. Pero respiro profundamente y me aseguro de

mantener los pies firmemente en el suelo debajo de mí, solo para asegurarme de que no huiré.

— Agradezco el cumplido. — mi voz suena un poco temblorosa, y espero que él no lo note.

— ¿Solo eso? ¿Sin falsa modestia? — dice, y aunque no puedo mirar su rostro, sé que tiene una sonrisa burlona en él.

Aparto un poco la mirada, concentrándome en la luna para evitar que vea la intensidad de mi reacción.

— La falsa modestia nunca ha sido una característica que me defina. Y la situación en la que estamos ya es lo suficientemente complicada como para que necesite añadir artificios. Además, no eres el primero ni el último en elogiarme por mi belleza, señor Nikopoulos. Y si cada vez que lo hagan finjo modestia, pasaré gran parte de mi vida en completa falsedad.

Fingir, disimular.

Creo que cuanto más culpables somos, más surgen las palabras que nos delatan en nuestros labios. ¿Qué más estoy haciendo aquí además de disimular y fingir?

Él suelta una risa suave, como si mis palabras le divirtieran.

— ¿Y cuántos hombres conociste en el internado de señoritas, señorita Drouhart?

Siento que mi sangre se enfría en mis venas. Trago saliva y giro mi cuerpo para mirarlo de frente. Él me mira, sus iris verdes fijos en los míos, y me doy cuenta de que estoy al borde de un colapso, así que tomo las riendas para evitar que mi nerviosismo se apodere de mí. La tensión entre nosotros es casi palpable.

— No pienses que soy la jovencita inocente y sin experiencia que crees que soy, señor Nikopoulos. A pesar de haber crecido en un colegio de monjas, en mis vacaciones viajé por todo el mundo.

Miento. Miento. Miento.

Ni siquiera he salido de Nueva York una sola vez.

— No imaginé que fueras una jovencita inocente e inexperta, señorita Drouhart.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. Siento que mis mejillas se sonrojan instantáneamente. Sé a qué se refiere, su tono de voz cargado de malicia me revela de qué está hablando.

— Por favor, pido respeto.

Me giro bruscamente y vuelvo a mirar el lago, tratando de equilibrar mis emociones.

— Fuiste tú quien lo dijo, yo solo repetí cada una de tus palabras.

— Pero tu tono no fue apropiado.

— ¿Y tú eres apropiada, señorita Drouhart?

— Por supuesto que sí. — me vuelvo para mirarlo.

Stefanos se encoge de hombros.

— ¿Qué quieres de mí, señor Nikopoulos? Nos vamos a casar, cumpliré mi parte del acuerdo. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación? ¿Qué más deseas de mí?

Siento el suave pero intenso roce de sus manos al tocar las mías. Las aparta del umbral que sostengo firmemente para mantenerme en pie, sin mostrar cuán débiles están mis piernas.

— Estás temblando, conejita. — dice. — ¿Tienes miedo de mí?

Parece decepcionado.

— Solo tengo frío.

— Es una noche cálida, y esos no parecen temblores por el frío.

Stefanos desliza suavemente la punta de sus dedos por mi barbilla, dirigiendo mi mirada hacia él. Parado frente a mí, me hace sentir increíblemente pequeña, sus anchos hombros marcados por el ajustado traje oscuro, proyectándose sobre mí de manera casi amenazante. Siento un ligero escalofrío recorrer mi espina dorsal mientras nuestros ojos se encuentran, y por un momento, el mundo entero parece desvanecerse, dejando solo nuestra conexión visual y una mezcla de ansiedad y fascinación que me invade.

— Dime la verdad, ¿tienes miedo de mí? — su voz es baja, cargada de un misterio que me intriga aún más.

Me cuesta mirar sus ojos ahora, pero me obligo a hacerlo, de lo contrario, pareceré aún más asustada.

Dios, esos ojos. Qué hombre tan guapo. ¿Por qué tiene que ser así? Tan... tan... me faltan palabras para describirlo.

Siento su respiración acercarse a la mía, entrelazándose. Stefanos está invadiendo un espacio que no le pertenece, está cada vez más cerca y siento que sus manos tocan mi cintura.

Dios, va a besarme.

Estoy tan cerca de él que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Sus labios se acercan a los míos, y mi corazón parece querer escapar de mi pecho, aunque no puedo alejarme

porque su mirada comienza a hipnotizarme. Su toque es suave, muy diferente de lo que imaginé al ver sus rasgos tan rudos, pero cada sensación es intensa y abrumadora. Siento sus dedos contornear suavemente mi cintura, un gesto que me hace estremecer involuntariamente. Los labios de Stefanos buscan los míos con más pasión y deseo, y debo concentrarme para no jadear contra sus brazos. Mis pensamientos están confusos y siento que el calor se extiende por todo mi cuerpo mientras me sumerjo en este momento. Stefanos me mantiene cerca de su cuerpo, sus manos firmes en mi cintura, cada roce enviando corrientes eléctricas por mi piel. Mis caderas encuentran una de las columnas cercanas y no podría decir cómo llegué hasta allí; el impacto repentino me hace recobrar la claridad y la realidad vuelve abruptamente.

Lo empujo, separando nuestros labios y rompiendo el íntimo contacto que acabamos de tener.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — exclamo.

— Besando a mi prometida, evidentemente. — responde con cinismo.

— Nuestro matrimonio es solo un contrato, ¡nada más! No te atrevas a acercarte a mí de nuevo. — grito.

— No soy un monstruo, Elora. No estoy aquí para asustarte.

Su voz es dura, pero sus palabras tienen un toque de comprensión que me desconcierta momentáneamente.

— Hay un abismo entre nosotros, una distancia que no podemos ignorar.

Doy pasos largos que casi se convierten en una pequeña carrera, alejándome del hombre que acaba de robar el primer beso de mi vida. Las lágrimas se acumulan en mis ojos y no puedo disimularlo cuando veo a Loretta, que me pregunta algo a lo que no sabría qué responder. Simplemente continúo corriendo y subiendo las escaleras para alejarme de toda esta confusión que me envuelve.

Las cosas serán mucho más difíciles de lo que jamás podría haber imaginado.

Las lágrimas recorren mis mejillas mientras subo las escaleras de la mansión, tratando de alejarme de la intensidad del momento que acaba de suceder. Mis manos tiemblan, y mi corazón todavía late rápidamente debido al beso inesperado y apasionado de Stefanos Nikopoulos.

Mi mente es un torbellino de emociones conflictivas. Por un lado, siento enojo por haber permitido que me besara, y por otro, hay una parte de mí que, aunque a regañadientes, admite haber sentido algo al besarlo. Pero eso no cambia la situación en la que me encuentro; soy una impostora, en un matrimonio forzado por contrato, una farsa que debo cumplir para proteger a mi

abuela.

Al entrar en la habitación, cierro la puerta con un suspiro profundo, tratando de controlar las lágrimas y las emociones tumultuosas que amenazan con abrumarme. Camino hacia el espejo y me enfrento a mi propio reflejo. Mi rostro está pálido, mis ojos hinchados y enrojecidos. Paso las manos por mi cabello rubio, tratando de reponerme.

Todo acaba de comenzar, no puedes arruinarlo todo ahora, Perla. Mantén el control.

¿Qué está haciendo este hombre conmigo? Me besó como si tuviera derecho, como si pudiera adueñarse de mí a su antojo. La desesperación se apodera de mí cuando me doy cuenta de lo vulnerable que estoy en esta situación. Stefanos Nikopoulos es un hombre poderoso, y ahora parece creer que tiene algún tipo de dominio sobre mí.

Paso algunos minutos mirándome en el espejo, tratando de recobrar la compostura. Necesito ser fuerte, necesito mantener el enfoque en la razón por la que estoy aquí. Mi abuela está enferma, su vida depende de este matrimonio. Aunque Stefanos intimida, aunque me haya besado de una manera que ha sacudido mis defensas, debo seguir adelante con este acuerdo.

Después de lavarme la cara y controlar las lágrimas, salgo de la habitación y vuelvo a bajar a la sala de estar, donde encuentro a todos reunidos.

— Qué bien que has vuelto, querida. La mesa de postres ya ha sido servida. —dice Loretta con su habitual tono esnob.

Mis ojos se cruzan con los de Stefanos cuando entro en la sala, y veo un brillo de curiosidad y algo más que no puedo identificar. Stefanos está apoyado en la pared del otro lado, donde hay una entrada al balcón, con una expresión casi divertida en su rostro. Soy más consciente que nunca de lo magnético que es, de cómo su presencia llena la habitación.

— Señorita Drouhart, espero que se sienta mejor. —su voz suena educada, pero hay un toque de provocación en ella.

— Estoy bien, señor Nikopoulos. —respondo, manteniendo la voz firme y controlada.

Loretta Drouhart me lanza una mirada de reprobación mientras sirven el licor, pero ignoro su expresión. No voy a dejar que ella o Stefanos me afecten. Me siento a la mesa, tratando de ignorar la tensión en el ambiente.

Durante la degustación, Stefanos y yo intercambiamos miradas furtivas, como si ambos estuviéramos tratando de entender lo que está sucediendo entre nosotros. De alguna manera, parece intrigado, como si esperara cosas diferentes de mí, y esto me preocupa automáticamente. ¿Y si nota mi temperamento explosivo, tan diferente de una dama de alta sociedad?

Conversamos sobre temas triviales, tratando de mantener una fachada de normalidad, pero hay electricidad en el aire que lo hace todo tenso y cargado. No puedo evitar pensar en el beso y las palabras que intercambiamos afuera. ¿Qué quiere realmente Stefanos? ¿Por qué está actuando de esta manera?

Después de terminar y retirar los platos de postre, se levanta y me tiende la mano, un gesto que me sorprende.

— Vamos a dar un paseo, Elora. —dice, con la mirada fija en mí.

Loretta parece confundida, tal vez incluso molesta, pero no protesta. Me levanto de la mesa, sin saber exactamente qué esperar de este paseo improvisado. Stefanos me guía por el jardín, bajo la luz de la luna, como si estuviéramos en un escenario de un cuento de hadas retorcido.

Caminamos en silencio durante un tiempo, la tensión entre nosotros es evidente. Finalmente, él rompe el silencio.

— Quiero que sepas que no soy un hombre de medias tintas, Elora. Cuando algo me interesa, me acerco y tomo lo que quiero.

Lo miro, sorprendida, tratando de entender sus palabras.

— ¿Qué quieres decir?

Se detiene y me mira, su expresión seria.

— Este matrimonio puede ser un contrato, pero no soy el tipo de hombre que se conforma con formalidades. Si vamos a hacerlo, lo haremos de verdad. No quiero solo un matrimonio en papel, quiero que seas mi esposa de verdad.

He escuchado suficientes cosas sobre él como para saber exactamente a lo que se refiere al decir eso; quiere acostarse conmigo, ya sea por el heredero que cree que tendrá con una Drouhart o simplemente por diversión. Y el hecho de que hable tan claramente al respecto muestra cuán práctico e impulsivo es. Mi corazón comienza a latir aún más rápido.

— No sé lo que estás pensando, señor Nikopoulos, pero déjame ser clara. Este matrimonio es solo un acuerdo. No importa lo que quieras, no estoy aquí por mi propia voluntad.

Él inclina la cabeza, su mirada penetrante.

— Puedes intentar negarlo, Elora, pero sentí lo mucho que te gustó nuestro beso.

Mi corazón se acelera y mis manos tiemblan. No puedo dejar que él vea cuánto me afectan sus palabras, o cuán acorralada me siento.

— Estás equivocado.

Él sonríe de manera misteriosa, como si supiera que está jugando conmigo.

— Lo veremos. —dice, manteniendo su sonrisa enigmática mientras nuestras miradas permanecen fijas en la otra.

Trago saliva, tratando de controlar la mezcla de emociones dentro de mí. No puedo permitir que él vea la verdad, que sus gestos y palabras realmente me afectan. Mantengo mi postura firme, levantando ligeramente la barbilla.

— El beso fue un error, señor Nikopoulos. No cambia nada entre nosotros. Seguimos siendo dos personas unidas por un acuerdo, y no tengo intención de involucrarme emocionalmente en esta situación.

Stefanos parece evaluar mis palabras por un momento, y luego da un paso más cerca, acortando la distancia entre nosotros. Su expresión seria ahora lleva un toque de desafío.

— Puedes seguir fingiendo que no sentiste nada, Elora, pero tus ojos no mienten. Veo la verdad en ellos. Puedes resistir todo lo que quieras, pero tarde o temprano te rendirás ante mí.

Mientras el silencio se extiende entre nosotros de nuevo, me doy cuenta de que este paseo improvisado no fue solo un gesto casual. Fue un movimiento calculado, él está jugando conmigo, y parece estar ganando.

CAPÍTULO 9

STEFANOS

Sentí a Elora deshaciéndose en mis brazos mientras besaba sus labios. Se entregó como si nunca lo hubiera hecho antes, y me dejé llevar por la dulzura de sus labios y su cuerpo. El olor a ciruelas y miel que emanaba de su piel, el delicioso aroma de su perfume, me embriagó. Al principio, pareció tener miedo de mí. Y sentir que tenía miedo destruyó algo en mí. Eso no es lo que quiero despertar en ella, por muy mala que sea.

Mantén la cabeza en su sitio, Stefanos.

No puedo negar que tiene sus encantos, pero no puedo permitir que eso interfiera con mis planes. Lo que puedo deducir de esto es que parece haber disfrutado del beso, lo que significa que no tendré tanto trabajo para hacer que se enamore locamente de mí y termine en mi cama. Pero necesito mantenerme lo suficientemente distante; no puedo olvidar que detrás de esos hermosos ojos hay una auténtica víbora Drouhart lista para atacar.

Al menos ella ya conoce mis intenciones y sabe que no quiero seguir adelante con un matrimonio solo en papel; eso no me llevará a mi objetivo. Necesito que se acueste conmigo, necesito tenerla, solo así tendré el heredero que tanto deseo.



— ¿Te gusta?

— ¿Qué?

— ¿Te gusta Elora Drouhart, tu prometida, hijo? — escucho a mamá preguntarme mientras se lleva una tostada a la boca.

— Cumplirá su función.

Las cejas de la matriarca Athina Nikopoulos se fruncen.

— Sabes muy bien por qué me estoy casando con ella, mamá, y no tiene nada que ver con su belleza ni con el amor. — continuó.

— ¿Vas a seguir adelante con esto, hijo? — suspira decepcionada.

— Sí, mamá. Y deberías odiar a esta familia tanto como yo los odio; después de todo, te quitaron a tu marido.

— Extraño a Pavlos todos los días de mi vida, querido. Pero debemos seguir adelante y perdonar a estas personas. Esta jovencita no tiene la culpa de lo que hizo su padre; no puedes perjudicarla de esta manera.

— No la estoy perjudicando; ella eligió casarse. No la estoy obligando.

— Las cláusulas en el contrato son bastante específicas, hijo, no les dejan muchas salidas.

— Tienen la salida de mantenerse con la misma fortuna que tenían antes de robar a papá; lo que puse en el contrato es la devolución con intereses de lo que nos robaron. Solo estoy reclamando lo que es nuestro, pero Loretta Drouhart nunca admitiría que están en bancarrota total, a juzgar por el robo que hicieron.

— No necesitas dinero, Stefanos; déjalos de lado antes de que esta venganza te corrompa el alma.

— No es por el dinero, es por el honor. Y han herido el honor de nuestra familia.

— Te pareces tanto a él.

— ¿A quién?

— A tu padre. Es como escucharlo hablar.

Me levanto y limpio mi boca con una servilleta antes de decir:

— Tomaré eso como un gran cumplido, mamá. — digo al besar su frente, despidiéndome.

— Tu padre era un buen hombre, hijo mío. Pero tú eres mucho mejor que él; no dejes que el odio y la furia te dominen.

— No te preocupes tanto, mamá.

— Ese es el papel de una madre, preocuparse por su hijo. Incluso si ya es un adulto. Ven a visitarme más a menudo, me gusta tomar café contigo.

— Lo haré, mamá.

Me alejo, dejándola atrás. Aunque odio el hecho de preocuparla, no puedo hacer lo que ella me pide. Sé lo que debo hacer y lo llevaré a cabo hasta el final. El matrimonio con Elora es parte de un plan meticulosamente elaborado para restaurar el honor y, sobre todo, para vengar a papá. Cada paso está calculado, cada cláusula del contrato es una forma de asegurarme de que se pague la deuda; lo financiero es lo que menos me importa, lo que realmente quiero es arruinarlos. Y aunque sé que mi madre quiere lo mejor para mí, la ira y la sed de justicia son combustibles poderosos, y no me detendré hasta que los consuma por completo.



— Será una ceremonia sencilla, con pocos invitados. No veo necesidad de extravagancia, dadas las circunstancias en las que se llevará a cabo este matrimonio — dice Loretta Drouhart mientras la miro fijamente. Tenerla en mi oficina me revuelve el estómago. Necesito contenerme para no echarla a patadas de aquí.

— Para mí, puede invitar o no a quien quiera. No me importa nada de eso. Solo quiero que la fecha se acerque pronto — respondo.

— Hablé con Elora y hemos acordado el día 12 de este mes. ¿Le parece bien?

— ¿En tres días? — me sorprende la rapidez.

— Sí. Dado que será una ceremonia sencilla, no tendremos problemas para organizarlo.

Loretta Drouhart llevó a cabo esta transacción de la manera más lenta posible, inventando excusas y pretextos para ganar tiempo, y ahora, como por arte de magia, ¿quiere acelerar las cosas? Esta serpiente seguramente tiene motivos ocultos, pero no me importa en absoluto. No hay forma de que pueda eludir el contrato, y si descubro que lo hizo, tomaré todo lo que es suyo.

— ¿Sabe que su hija tendrá que acostarse conmigo, verdad?

Ella revira los ojos.

— Haga lo que quiera, ella será su esposa y ya no estará bajo mi responsabilidad.

— ¿Incluso si le digo que soy un sádico? — pregunto, levantando una ceja, intrigado.

— Lo he dicho antes, haga lo que quiera con la chica.

— ¿No le importa si la lastimo?

— No tenía expectativas de que la trataría bien en este matrimonio, después de todo, odia a nuestra familia. Elora sabe cuál es su papel y está resignada a ello. Así que diviértase.

Estoy asqueado.

— ¿Todo esto por dinero? — digo entre dientes, dejando que mi furia transparezca.

Maldita sea, Loretta Drouhart está dispuesta a vender a su propia hija para que haga lo que quiera. ¿Qué tipo de madre es esta? Incluso las serpientes cuidan mejor de sus crías. Pobre chica, si fuera un hombre sin escrúpulos, estaría perdida.

— ¿Y no se trata todo en la vida de dinero, señor Nikopoulos?

— El día 12 está bien. Haga los arreglos necesarios; en tres días, estaré casado con su hija. Ahora, salga de aquí.

— Está bien.

La mujer se va, llevándose consigo la aura de perversidad que había llenado la habitación. Tan pronto como la puerta se cierra, me giro y miro por la ventana de mi oficina, contemplando el horizonte. La rabia y el disgusto burbujan dentro de mí. Loretta Drouhart es, sin duda, la mujer más despiadada que he conocido. El hecho de que esté dispuesta a sacrificar a su propia hija por dinero es un testimonio sombrío de su naturaleza.

Mis manos están cerradas en puños, y siento un impulso violento de golpear algo, cualquier cosa para liberar la tensión que se está acumulando en mí. Pero me contengo, respirando profundamente para calmar mi creciente furia.

Camino hacia mi escritorio y me siento con un suspiro. El contrato de matrimonio está ahí, apilado sobre él, recordándome las circunstancias sombrías que me han llevado hasta este punto. Siempre supe que esta unión sería una cuestión de venganza; ella lo sabe tan bien como yo, la única motivación detrás de todo esto es el odio. Pero el cinismo con el que Loretta ha manejado todo esto en relación a su propia hija me hace sentir enfermo.

Elora merece algo mejor que esto. Aunque no tenía la intención de involucrar emociones en este matrimonio, lo que Loretta está haciendo con su propia hija es simplemente inaceptable.

Miro la fecha en el calendario, el día 12. En solo tres días, esta ceremonia tendrá lugar y comenzaré el final de mi venganza. Aunque estoy contento y ansioso por poner fin al nombre de los malditos, hay un sabor amargo en mi boca; aparentemente estoy arrastrando a una inocente al medio de todo esto, Elora parece ser solo otra víctima de su familia.



— ¿La traerás a vivir aquí? — Demetrio, mi hermano del medio, pregunta.

— Por supuesto, esta es mi casa. ¿Dónde más viviría?

Me dirijo a la bodega y selecciono una buena botella.

— Va a odiar este lugar, hermano. Claramente es un apartamento masculino y de soltero. Además, probablemente esté acostumbrada al campo, ya que vivió en el internado, que probablemente está en medio de la nada.

— Bueno, lo siento por ella entonces — respondo sin preocupación. — Todos mis negocios están en Manhattan, no puedo dejar todo esto y mudarme al campo. Además, será por poco tiempo. Una vez que obtenga lo que quiero, la dejaré vivir donde quiera.

— Pensé que planeabas obligarla a estar siempre contigo.

— Eso es lo que pretendía. Pero me di cuenta de que ella es solo otra víctima en manos de su madre. No me pareció una mala persona en el poco tiempo que la vi.

— Parece que el beso te afectó, ¿verdad?

— Deja de hablar tonterías.

Él se ríe, divirtiéndose con la situación.

— ¿Y cuándo será la boda?

— En dos días.

— ¿Qué? ¿Tan rápido?

— ¿Por qué esperar? Todos los involucrados saben de qué se trata este matrimonio, estoy contento de resolverlo rápido.

— ¿Invitarás a la familia?

Niego con la cabeza mientras tomo un trago del vino que serví.

— ¿Para qué? Solo invitaré a nuestros hermanos y a mamá, que saben lo que estoy haciendo. El resto de la familia vendría con preguntas, y tendría que fingir que estoy feliz casándome por amor, y francamente, ya no tengo paciencia para las apariencias.

— ¿Estás seguro de lo que estás haciendo, hermano? Sabes lo importante que es el matrimonio para nuestra familia, y lo estás tratando con ligereza.

— No tenía intención de casarme, y si lo hago, será por un motivo práctico.

Miro a Demetrio, que entre todos mis tres hermanos es el más tradicional y alineado con la familia. Después de la muerte de su esposa, lucha por criar a la pequeña Elysia sin la ayuda de una mujer, y sé que desapruueba lo que estoy haciendo. Aun así, sé lo que hago. Respeto su opinión, pero está muy lejos de la mía.

— Para no decir que soy un monstruo, planeo tomarme unos días libres después de la boda y llevarla a mi cabaña en las Catskill Mountains — digo.

Demetrio suspira y sacude la cabeza, claramente sin estar de acuerdo con mi enfoque, pero sabiendo que no podrá hacerme cambiar de opinión. Él es un hombre de principios y tradiciones, mientras que yo soy más pragmático y orientado a los negocios. Esta diferencia de mentalidad a menudo nos coloca en lados opuestos de las decisiones.

— Solo espero que estés en lo correcto acerca de esto, hermano — dice, con una mirada cargada de preocupación. — Espero que no haya problemas que surjan de esta situación en el futuro. Al menos intenta ser amable con la chica y recuerda que ella no tiene nada que ver con lo que hizo su padre.

Encogí los hombros y esboqué una sonrisa, tratando de aliviar un poco la tensión en el ambiente.

— Siempre soy amable, Demetrio. — Reí de forma sarcástica y lo vi fruncir el ceño. — No te preocupes tanto, hermano. Sé lo que estoy haciendo. Además, deberías concentrarte en cuidar de Elysia, ¿cómo está?

— Muy bien, pero tiene la manía de llevarse todo a la boca ahora.

— ¿Estás pensando en casarte de nuevo, hermano? — pregunté.

— No. Nunca volveré a casarme. — dijo con convicción.

Demetrio realmente se había enamorado de su difunta esposa; parece que no puede mirar a ninguna otra mujer. Aunque Penélope fuera realmente una mujer hermosa y agradable, no puedo entender cómo un hombre tan fuerte y valiente como mi hermano llegó a tal situación solo por una mujer. Realmente no sabría decirlo.

CAPÍTULO 10

PERLA

Hace ya algunos días que vi a mi abuela. Dado que está a varias horas de viaje desde donde está internada hasta nuestra casa, comprendió que podía visitarla con menos frecuencia. Pero siempre mantengo el contacto a través de llamadas.

— ¿Estás comiendo bien? — escucho la voz ronca y debilitada de mi abuela al teléfono.

— Claro que sí, abuela.

— ¿Estás segura? Tu voz suena triste, y estoy convencida de que si viera tu rostro notaría que estás abatida. ¿Podría ser que necesitas una buena comida casera o que algo más está ocurriendo, querida? — pregunta de manera incisiva.

Su comentario dibuja una sonrisa en mi rostro. Difícilmente podría ocultar algo a esta astuta mujer, al menos hasta ahora nunca he tenido que hacerlo. Agradezco que solo esté escuchando mi voz, ya que mi rostro probablemente refleja mi desesperación por la situación que se avecina.

— No te preocupes tanto, abuela. ¿Cómo te están tratando allí? — digo, tratando de cambiar de tema.

— Muy bien, Perla. Me cuidan como a una reina.

— Me alegra saberlo, abuela.

— Hija, ¿cómo estás pagando todo esto? Este hospital parece muy caro, y según entiendo, el tratamiento que estoy recibiendo es costoso.

— Ya te lo he dicho, abuela. Conseguí otro trabajo con un excelente seguro de salud y te incluí en él. No te preocupes, estoy trabajando duro para que te recuperes.

— Has sido muy amable conmigo, Perla. — dice agradecida.

— Solo estoy devolviendo todo el bien que siempre me has hecho, abuela.

Escucho la despedida de mi abuela y cuelgo el teléfono con el corazón un poco más reconfortado. A pesar de lo terrible que se avecina, sé que ella está bien y bien cuidada, y eso me da fuerzas.



Abro los ojos en una nueva mañana y veo los rayos del sol entrar por una ventana amplia y espaciosa, en una habitación en la que solo estuve para limpiar y quitar el polvo. Ahora estoy tumbada en esta cama, sintiéndome cada vez más desconectada de la realidad. Loretta me dijo que debería pasar los días antes de la boda aquí, en la mansión. Para que me acostumbrara a una vida más acomodada, como ella misma mencionó. Para que no pareciera deslumbrada, lo que podría delatarme cuando conviva con Nikopoulos.

Ella no me conoce. No me deslumbro por bienes materiales ni por casas elegantes. Pasé la mayor parte de mi vida trabajando en ellas. He visto la decadencia de los más ricos con los que he tenido contacto, y puedo decir que ninguna de las mansiones que visité me hizo desear vivir en ellas.

Escucho el sonido de la puerta y Loretta aparece en mi campo de visión sin siquiera llamar.

— Stefanos vendrá a buscarte en unos minutos. Arréglate y espéralo abajo.

Siento cómo la sangre hierve en mis venas. Esta mujer actúa como si yo fuera un juguete en sus manos, sin voluntad propia. Supongo que esa fue la razón por la que quiso que viviera aquí, para tener más control sobre mí.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto.

— Simplemente anunció que vendría. No sé qué quiere.

Loretta dice y se va de la habitación antes de que pueda confrontarla. Actúa como si fuera un objeto o una marioneta, y eso hace que mi enojo crezca.

“Controla tu temperamento, Perla. Mantén la calma. La situación no es buena, pero no tienes a dónde correr”, pienso para aplacar mi creciente enojo.

Respiro profundamente, dejando escapar todo el aire de mis pulmones en un intento de liberar la ira de mi interior.

Bajo a regañadientes las escaleras y, antes de que pueda reaccionar, veo a Stefanos entrar en la sala en ese mismo instante, siendo recibido por Mercedes.

— Es bueno verte, conejita.

Él sonríe brevemente, y puedo notar un toque de sensualidad en su boca que aparentemente siempre es imperturbable.

— ¿Por qué has venido? ¿Qué quieres? — pregunto.

— Vamos, te llevaré a algún lugar. — dice un poco impaciente.

— No quiero ir a ningún lado. — digo, decidida.

— Y yo no quiero estar perdiendo mi tiempo en conversaciones triviales, pero mira dónde estamos. — dice bruscamente y se acerca.

Fruncio el ceño contrariada.

— No seas una niña mimada, Elora. Vamos.

¿Mimada, yo? Él reiría si supiera lo lejos que estoy de serlo.

— Está bien. — digo, contrariada.

Stefanos toca mi brazo suavemente pero con firmeza y camina a mi lado hasta su coche, donde ya nos espera un conductor.

Durante el trayecto, un silencio se cierne en el coche. Stefanos no parece tener ganas de hablar y está completamente absorto en su ordenador portátil en el regazo. Sin embargo, en el reducido espacio del coche, es imposible ignorar la impresionante figura que es Stefanos. Se ha quitado el traje de lino negro segundos antes y ha subido las mangas de su camisa hasta los codos, dejando al descubierto los vellos negros que cubren el dorso de sus manos y su muñeca, donde brilla un reloj de oro macizo con el reflejo del sol. Escribe interminables palabras, abre y cierra correos electrónicos, y no dedica más de 20 segundos a cada uno, resolviéndolos y leyéndolos rápidamente. Parece una máquina, hecho para ser lo que es: un magnate. Da la sensación de que tiene el control absoluto de todo lo que hace.

Veó su perfil inmutable, la mandíbula cuadrada, la nariz imponente, los labios carnosos, y por un segundo recuerdo el beso que me dio con esos mismos labios... Giro bruscamente mi rostro, sintiendo que me sonrojo y tratando de alejar el recuerdo de mi mente, cuando escucho la voz del conductor.

— Hemos llegado, señor.

— Gracias, Ezequiel. Espéranos aquí, volveremos pronto.

Nerviosa, desabrocho el cinturón de seguridad e intento abrir y salir rápidamente del coche, dándome cuenta de que estamos frente a una joyería.

— ¿Qué? ¿Qué hacemos aquí?

— Vamos a comprar tu anillo de compromiso, por supuesto.

La respuesta que parecía obvia para Stefanos me sonó como lo más irreal del mundo. ¿Quién compra un anillo de compromiso para una novia de conveniencia?

Entro siguiendo a Stefanos en el dominio de GemSplendor Jewelers, una joyería de renombre en Ithaca, famosa por sus creaciones exclusivas y deslumbrantes. El tintineo suave de campanas anuncia nuestra entrada, resonando en las paredes revestidas de madera oscura que exhiben paneles de vidrio que muestran piezas deslumbrantes. Una suave alfombra crema bajo mis pies amortigua mis pasos, mientras un sutil aroma a flores frescas flota en el aire.

La tienda emana un lujo discreto y una atmósfera íntima, con pequeñas mesas de exhibición cuidadosamente organizadas, cada una adornada con joyas meticulosamente diseñadas. La iluminación suave realza el brillo de los diamantes y el resplandor de las piedras preciosas de colores, dotando a cada pieza de su propia vida. Todo lo que pasa por mi mente es que este no es el lugar donde debería estar.

— Señor Nikopoulos, bienvenido, siéntese aquí.

Una mujer elegantemente vestida, con una sonrisa cálida y ojos expertos, nos guía hacia una de las mesas. No puedo reunir pensamientos lo suficientemente racionales como para formular una frase, tal es mi incredulidad ante la situación. Estoy en una joyería con un hombre que apenas conozco, comprando un anillo de compromiso para un matrimonio falso por conveniencia. Cielos, ¿qué estoy haciendo con mi vida?

— ¿Tienes algo en mente? — me pregunta.

Rápidamente aparto la mirada hacia Stefanos, que parece divertirse con mi reacción.

— Tráeme las opciones más caras para evaluar. — ordena Stefanos con determinación.

Los siguientes momentos pasan frente a mí como un destello confuso. La empleada trae bandejas y bandejas de piedras brillantes, diamantes, zafiros y un montón de otras piedras cuyos nombres ni siquiera podría repetir. Siento un apretón en el corazón al pensar que esta debería ser una situación de completa alegría; elegir el anillo de compromiso es algo para disfrutar, pero yo simplemente siento que estoy eligiendo la cadena de mi prisión.

— Nos casamos mañana, y sabemos que es un simple acuerdo de negocios. ¿Por qué

comprar un anillo? — pregunto.

Él curva levemente los labios, casi mostrando una sonrisa. Stefanos parece disfrutar con cada frase que digo, como si yo fuera mucho más inocente que él, y eso comienza a irritarme.

— ¿De qué te ríes? — pregunto enfadada.

— De tu ingenuidad. Un hombre como yo, en mi posición, nunca se casaría, ni siquiera por conveniencia, sin darle un anillo de compromiso a su prometida.

Él dirige su mirada hacia la empleada y señala el diamante azul profundo y deslumbrante, que brilla como un trozo del cielo nocturno encapsulado en una joya. No puedo negar que es absolutamente hermoso.

— Nos quedaremos con este. — sentencia. — Aprovecha para traer un par de alianzas de oro.

La mujer asiente y se dirige a finalizar el pedido. Stefanos toca mi mano y coloca el anillo en mi dedo mientras me mira complacido.

— Te queda bien. — dice.

Contemplo la joya en mi mano, un anillo posiblemente más caro que mi casa. Aunque quiera rechazarlo y decir que no necesito algo así en mi dedo, que es pura ostentación, no puedo evitar encontrarlo hermoso, elegante y pulido. No habría elegido otro diferente.

— Los diamantes hacen juego con tus ojos, Elora. Son puros y brillantes. — dice, y aunque no haya pretendido sonar sensual, así lo ha parecido.

Yo no quería que sonara así.



Me acerco al espejo y me encuentro con mi reflejo, apenas puedo creer lo que veo. Mis manos temblorosas sostienen el extremo del vestido entregado esta mañana por Loretta. Es un vestido sencillo, pero increíblemente elegante. La tela suave y fluida cae en pliegues suaves alrededor de mi cuerpo, abrazando mis curvas con delicadeza. El escote en forma de V revela sutilmente el comienzo de mis pechos, y la falda se extiende en capas ligeras que parecen moverse en armonía con cada paso que doy. Es un vestido impecable, aunque discreto. No puedo creer que alguien tan fría como la señora Loretta haya elegido este vestido que parece haber sido

hecho especialmente para mí.

Pero después de que el vistazo al hermoso vestido pase, vuelvo a la realidad y siento que cada parte de mi cuerpo tiembla. Temo incluso no poder dar los pocos pasos que necesito para llegar a Stefanos. Siento que las gotas de sudor comienzan a caer de mi frente y veo a doña Mercedes secándolas delicadamente con una mirada triste.

— Trata de calmarte, niña. Todo saldrá bien. — dice, pareciendo más amable de lo habitual.

— Lo que estoy haciendo es incorrecto, Mercedes. El señor Nikopoulos no merece ser engañado de esta manera.

— Es un tirano, niña. La señora Loretta me dijo que está haciendo esto por una apuesta de juego. Estoy de acuerdo en que no merece ser engañado, pero como dijo la señora Loretta, él no vale mucho y juega con la vida de los demás solo porque puede y tiene dinero para hacerlo.

— ¿Y si ella está mintiendo? Él pareció un poco grosero e impaciente, es cierto... pero aún así, cuando lo miro, me inspira confianza, no sabría explicar por qué.

— Creo que ella no mentiría, ¿por qué lo haría? Las primeras impresiones pueden ser engañosas, Perla.

— Tengo miedo, doña Mercedes.

— Sé que lo tienes, niña, pero aún así, ahora tu abuela está en buenas manos, trata de no atormentarte tanto, hiciste lo que pudiste dadas las circunstancias.

Asiento con la cabeza y concuerdo, aunque todos mis instintos me gritan que no continúe con esto. Pero si mi abuela detiene ahora el tratamiento, todo se vendrá abajo, y por lo que vi, es mucho más caro de lo que podría imaginar. Solo los medicamentos que necesita costarían más de lo que ganaría en años.

— No llores, ¿de acuerdo? Vas a arruinar tu maquillaje. Y estás hermosa.

Sequé la lágrima que había caído por mi rostro sin siquiera darme cuenta. Doña Mercedes parece compadecerse de mi situación, aunque también está temerosa, al igual que yo.

Después de hoy, viviré en Manhattan, en el apartamento de Stefanos. La señora Loretta me advirtió que él no pasa mucho tiempo en casa y se pasa la mayor parte del tiempo en sus oficinas repartidas entre las diversas empresas de las que es CEO. Me sentí aliviada al saberlo. Además de que mi abuela está ingresada en Manhattan, podré visitarla siempre, ya que él no estará mucho en casa. Imagino que, al tratarse de un apartamento, no tendrá tantos empleados como aquí en la mansión. Cuantas menos personas tenga contacto, mejor. Incluso las criadas de

estos ricos son tres veces más elegantes y educadas que yo, y podrían notar lo diferente que soy si conviven mucho conmigo.

— Todo está listo, ¡vamos, chica! — la señora Loretta aparece en la puerta y me apura con su tono autoritario habitual.

— Estoy lista. — digo. — Y gracias por el vestido... es precioso.

Ella me mira y analiza mi cuerpo por unos segundos antes de decir:

— Nikopoulos lo eligió, no tuve nada que ver con este vestido. Ahora, vamos. — Dice, alejándose rápidamente de mi vista.

La boda será en el jardín de la mansión de los Drouhart y contará solo con doña Mercedes, la señora Loretta y posiblemente algún miembro de la familia de Stefanos, además del juez de paz que llevará a cabo la ceremonia. La señora Loretta me explicó que él es un juez de su confianza y que está al tanto de todo. Agradezco mentalmente que sea un juez de paz y no un sacerdote, después de todo, el pecado que cometería no sería perdonable.

Bajo las escaleras rápidamente, siguiendo a doña Loretta, que parece apurada por terminar con todo esto. Dando pasos rápidos, desaparece rápidamente de mi vista. Ajusto la pequeña orquídea blanca que recogí del jardín para adornar mi cabello y camino distraída. Me asusto al chocar de frente con algo que parece más un gran armario en medio de la terraza, por donde está la entrada al jardín. Manos fuertes me sujetan por los brazos para evitar que pierda el equilibrio, y levanto la cabeza para encontrarme con los ojos más intensos que he visto.

— Hola, conejita. — dice la voz profunda de Stefanos.

— ¿Qué... qué haces aquí?

— Oh, vine a la boda, ¿no te lo dijeron? — usa su tono sarcástico, que parece ser común en él.

— No. Quiero decir... aquí, deberías esperarme en el altar y no verme...

— ¿Antes de la boda? — me completa. — Elora, no seas tan supersticiosa...

Desliza la parte posterior de sus manos por mis brazos, causando un ligero escalofrío que recorre mi cuerpo.

— También quería ver antes que nadie cómo te verías de blanco.

Siento que mis mejillas se sonrojan.

— Podrías haber esperado unos minutos más.

— Aprenderás, Elora, que soy un hombre muy impaciente y me gusta hacer las cosas a

mi manera.

Stefanos emplea un tono lento y seductor en su voz, y sus ojos están fijos en mi boca. Necesito concentrarme mucho para no mostrar lo débiles que se volvieron mis piernas y cómo su aroma, fuerte y delicioso, ahora me envuelve y me embriaga de una manera molesta. Pero pronto recuerdo lo que dijo doña Mercedes: él es un tirano que juega con la vida de los demás sin escrúpulos. A pesar de que es encantador y posiblemente el hombre más guapo que jamás haya visto, necesito protegerme de él, necesito mantenerlo lo más alejado posible.

— Y aprenderás que no soy un títere ni un juguete en tus manos. — Mi voz suena más firme de lo que esperaba, y eso me sorprende.

Stefanos sonrío, una sonrisa que me afecta más de lo que quisiera.

— Eres una mujer interesante, Elora. Estoy ansioso por descubrir más sobre ti.

El comentario me hace sentir incómoda, como si él ya estuviera viendo más profundamente en mí de lo que quisiera.

— Ahora, por favor, casémonos de una vez y acabemos con esto. — digo, tomando la iniciativa a grandes pasos.

Creo que esa frase nunca se ha pronunciado de esta manera. Pero es realmente todo lo que quiero, terminar de una vez por todas con todo esto y volver a tener algo de paz.

— Como desees, conejita. — oigo a lo lejos mientras Stefanos habla con tono cínico.

Al llegar al jardín, hay cuatro personas además de Loretta y Mercedes: tres hombres enormes y una dama muy distinguida. Sin darme tiempo para saludarlos, la señora Loretta me tira del brazo y me coloca frente al juez de paz, que ya nos está esperando. Respiro hondo, concentrándome en no lanzarle insultos groseros por la forma en que me trata, pero soy consciente de que no puedo hacerlo aquí, delante de todos. La señora Loretta está siendo mucho más arrogante e impulsiva de lo que fue al principio, cuando me pidió que ocupara el lugar de su hija. Necesito mantener mi espíritu muy calmado para no mandarla a freír espárragos en Marte.

— Deberías tratarla mejor, Loretta. — Stefanos dice mientras se coloca a mi lado, sin que me dé cuenta de su llegada.

— ¡La trato como quiero! — responde impacientemente.

— Pues ya no podrás hacerlo. Ahora ella será mi esposa, y creo que es mejor que la respetes.

Trago saliva al oírlo y veo que la señora Loretta frunce el ceño.

— ¡Hagan esto de una vez! — dice, alejándose y tomando una de las sillas frente al pequeño atril colocado en la zona del jardín donde se encuentra el juez de paz.

La ceremonia transcurre rápidamente, y después de las palabras del juez y nuestras respuestas afirmativas, estamos firmando el documento. Casi pongo mi nombre real, Perla Brusquet, en lugar de eso, firmo como Elora Drouhart, y todo mi cuerpo me advierte que esto es lo más equivocado que he hecho en mi vida. Nadie merece lo que estoy haciendo, nadie.

— Ya son oficialmente marido y mujer. Puede besar a la novia, si lo desea, señor Nikopoulos. — dice el juez.

Siento que Stefanos rápidamente rodea mi cuerpo con sus fuertes brazos y me da un beso rápido en los labios.

— Felicidades a los recién casados. — escucho al juez decir a lo lejos, ya que siento que mi cuerpo se vuelve flojo después del beso de Stefanos.

Sin duda, soy muy inexperta. No es posible que me sienta así con un simple beso. ¡Es ridículo!

— Felicidades, hermano.

Estamos rodeados por tres hombres tan grandes y robustos como Stefanos, y, a juzgar por sus rasgos físicos, son hermanos. Estos afortunados, además de haber nacido ricos, también parecen haberse llevado toda la belleza. Es realmente injusto.

— Estos son mis hermanos, Elora... Demétrios, Konstantinos y Lysandros.

Antes de que pueda saludarlos, veo a la distinguida dama que no pude saludar tratando de levantarse de la silla. Conozco este jardín tan bien, y hay algunas pequeñas piedras que se acumulan y, si no se retiran, pueden hacernos tropezar. Como mi abuela y yo no hemos estado haciendo las limpiezas quincenales, deben haberse acumulado.

Empujo suavemente a la muralla de hombres frente a mí, sin tiempo para disculparme.

— Por favor, ten cuidado. — advierto mientras sostengo el brazo de la dama que estuvo a punto de caer al tropezar con una de las piedras.

Ella apoya su cuerpo en mí, y la coloco suavemente en la silla de nuevo.

— Vaya, casi me caigo.

— Lo siento mucho, señora. Las piedras no se han retirado. Por favor, perdóneme.

— ¿Por qué me estás pidiendo perdón? No es tu tarea retirarlas.

Por un momento, olvidé quién estoy fingiendo ser.

— Sí, tiene razón. Pero aún así, me siento responsable. — digo, dando la vuelta a la situación.

— Tienes unos ojos muy amables, Elora. — la dama dice mientras me mira.

— Mamá, ¿qué ha pasado? — Stefanos se acerca, preocupado.

— Nada, hijo. Tu esposa me ha salvado de una caída.

Esposa. Dios. Esposa.

— Perdón, lamento haberte empujado, si te hice daño... — digo mientras me giro hacia la muralla de hermanos que también se acercan.

— No pasa nada. Gracias, Elora. Fuiste muy amable. — el rubio, a quien recuerdo como Demétrios, dice.

Los otros dos parecen más serios que él, pero mejoran ligeramente sus expresiones cerradas en señal de agradecimiento.

— Encantada, Elora. Soy Athina Nikopoulos, madre de Stefanos y de estos tres gigantes detrás de ti. — dice mientras extiende la mano y la coloca sobre la mía en un gesto amable.

— Es un placer conocerlos.

Ella parece una señora amable, con cabello rizado y rubio casi blanco. A pesar de aparentar una edad considerable, parece fuerte. Tiene el mismo verde oscuro en los ojos que Stefanos, es distinguida y está muy bien vestida, pero a diferencia de la señora Loretta, no muestra arrogancia ni esa mirada altanera. Me transmite una sensación muy agradable, y generalmente no me equivoco en la percepción de las personas.

— Ahora que todo ha terminado, podemos marcharnos. Supongo que tus maletas ya están listas, ¿verdad, Elora? — Stefanos dice, sacándome de mis pensamientos.

— ¿Nos vamos hoy?

— Claro, ¿o pensabas pasar la luna de miel en casa de tu madre?

— ¿Luna de miel?

— Sí, luna de miel, ¿creíste que iríamos directamente a casa sin disfrutar de la luna de miel en ningún lugar?

— Sí, eso pensé. — digo aún indignada.

— Iremos a una de mis cabañas apartadas, donde podremos conversar y conocernos un poco mejor. Ya te he dicho que no me interesa que este matrimonio sea solo en papel, y sé que

como eres una joven, tienes aspiraciones románticas con respecto a estos grandes eventos, como la luna de miel, por lo tanto, decidí tomar unos días libres.

— ¡No tengo ninguna aspiración romántica! Y no pedí eso. — exclamo.

— No lo pediste, pero de todos modos lo hice.

Dios mío, ¿en qué embrollo me he metido?

CAPÍTULO 11

PERLA

— Creo que me voy a derretir, todos mis poros decidieron sudar al escuchar el ruido fuerte del motor del jet con las letras en negrita “Nikopoulos”.

Stefanos se acerca después de ayudar a su madre a subir; sus hermanos y guardias ya han entrado. Él me mira con una expresión intrigada.

— ¿Estás bien, Elora?

Asiento mecánicamente con la cabeza.

— Estás pálida, pareces que te vas a desmayar.

— Y-yo, yo nunca, nunca he entrado en uno de estos... — confieso con la voz temblorosa.

— ¿Nunca has volado? — levanta una de sus cejas. — ¿Cómo que nunca has volado? ¿Teletransportaste de Francia hasta aquí?

¡Dios mío, qué tonta eres! ¡ERES ELORA!

— No, por supuesto que no. Solo... nunca he entrado en estos más pequeños, aviones grandes sí, por supuesto. — intento disimular.

— ¿Y cuál es la diferencia?

— No lo sé, simplemente no me gustan...

— Está bien. — parece extrañamente comprensivo. — Este funciona de la misma manera que un avión grande, solo que en proporciones más pequeñas. Te aseguro que estarás segura aquí igual que en un vuelo comercial normal.

A mí no me importa el tamaño de este trasto, lo que no quiero es subirme en esa lata y volar por el aire.

— Yo... creo que preferiría ir en coche.

— No seas tonta, Elora... son al menos tres o cuatro horas hasta mi cabaña en las Montañas Catskill.

— Aun así. Puedes irte, nos vemos allí.

— No voy a dejarte ir sola. — gruñe.

— Y yo no voy a entrar en esa cosa. — exclamo con firmeza.

Stefanos se pasa la mano por la barbilla y suelta un suspiro frustrado. Me mira con sus ojos penetrantes durante más tiempo del que sería apropiado antes de darse la vuelta sin decir una palabra más y dirigirse hacia su jet.

Intercambia algunas palabras con sus hermanos antes de volver a toda prisa, bufando.

— Vamos.

— ¿Qué? ¿Cómo?

— Vamos, ¿no oíste? Vamos en coche a las Montañas Catskill.

— Pensé que no querías ir.

— Ahora eres mi esposa, no voy a permitir que viajes 4 horas en coche sola.

No esperaba que él se preocupara tanto por mí. De hecho, no esperaba nada de un hombre al que tachan de rudo y malo, pero Stefanos está rompiendo todas mis expectativas.



Abro los ojos y veo la carretera pasando frente a mí a través de la ventana del coche. Miro el reloj y me doy cuenta de que han pasado aproximadamente dos horas desde que estamos en la carretera. Me he quedado dormida un poco y me doy cuenta de que todavía no estamos ni cerca de la mitad del camino, porque conozco muy bien las carreteras que salen de Ithaca y apenas hemos dejado los alrededores.

— Nos encontramos con mucho tráfico, nos va a llevar tiempo llegar. — explica Stefanos.

Tenía un conductor y algunos guardaespaldas en su casa de Ithaca, dos coches nos siguen, uno delante y otro detrás como escolta. No puedo evitar pensar en cuánta protección necesitan los ricos.

— Supongo que te parecerán extraños los guardaespaldas, imagino que en el internado de monjas no había tanta acción como aquí en la ciudad. — Stefanos comenta al notar que miro el coche de atrás.

— Señor... — el conductor nos llama la atención al hablar.

— Sí, Ezequiel.

— Además de este hotel al que nos dirigimos ahora, solo tendremos otro que cumpla con sus estándares a aproximadamente una hora y media de aquí.

— Informa a la escolta, nos quedaremos en este.

— De acuerdo, señor.

— ¿Hotel? ¿A qué te refieres con hotel?

— ¿Pensabas que pasaríamos cuatro horas, posiblemente más debido al tráfico, viajando sin parar, conejita?

— ¡Por supuesto! ¿Vamos a parar en un hotel para un viaje de unas pocas horas? ¿Acaso encontraste dinero tirado en la basura?

Stefanos me mira con sospecha e intenta nuevamente leer mis pensamientos. Su mirada me hace volver a la realidad.

¡Cállate, Perla! Ya no eres una pobre diabla que cuenta cada centavo en el bolsillo, ahora eres Elora Drouhart, heredera de los Drouhart. Bueno... todavía soy una pobre diabla, pero una pobre diabla que tiene que fingir ser una heredera. ¡Siéntete en tu lugar, chica!

— Me sorprende que alguien como tú sea tan reacia a la carretera, Elora.

— ¿Alguien como yo?

— Heredera, esnob, de una familia aristocrática.

— Tú también eres todo eso, ¿eso te hace esnob?

— No soy de una familia aristocrática... — Stefanos dice, y parece mucho más intrigado, mirándome.

¿Qué he dicho, Dios mío?

— Mucho menos un heredero que no se ha esforzado por expandir sus propios negocios.

De donde vengo, los ricos son ricos, punto. ¿Por qué pareció ofenderse tanto con mis palabras? ¿Y por qué siento que he dicho algo tan incorrecto?

— No creo que necesitemos detenernos a pasar la noche. — trato de volver al tema

original para no meterme en más problemas.

— No puedo pedirles a mis empleados, que ni siquiera fueron advertidos con anticipación, que viajen aquí de noche, madame.

Siento cómo mi rostro arde de vergüenza. No esperaba su respuesta, ni siquiera había pensado en los empleados que movilizó solo porque no quise subir al jet. Me retuerzo de vergüenza por dentro y giro mi rostro hacia la ventana, tratando de no mostrarlo.

— Tienes razón, fue una total falta de sensibilidad por mi parte pensar solo en mí misma, lo siento. — confieso después de una larga pausa. — Solo te pido que reserves habitaciones separadas para nosotros dos.

Sigo mirando por la ventana, Stefanos no muestra señales de respuesta.

— Hemos llegado, señor. — dice Ezequiel, el conductor, después de un rato.

Stefanos sale del coche y luego abre la puerta para que yo salga. Lo miro con confusión, no esperaba que lo hiciera. Él sigue mirándome con su mirada penetrante, esperando que salga con su actitud habitualmente indiferente, y no puedo evitar que me guste tanto esto, este momento. Ver a un hombre como él abrir la puerta y esperarme a que salga del coche.

Dios mío, ¿por qué estoy teniendo estos pensamientos? ¿Por qué?

Por la recepción, el hotel debe ser bastante caro. Las recepcionistas parecen estar nerviosas y advertidas de nuestra llegada, y rápidamente nos saludan.

— Bienvenido, señor Nikopoulos. — dice una de ellas.

La recepcionista parece extremadamente nerviosa antes de comenzar a hablar:

— Lo siento mucho, señor Nikopoulos, sé que pidió dos suites presidenciales, pero lamentablemente, como... como no sabíamos que vendría... lamentablemente, solo tenemos una disponible en este momento.

¿Cómo lo sabían? Dios, qué eficiencia. Stefanos debe haberlo pedido a través de mensajes para que sus empleados hicieran la reserva.

— Nos quedaremos con esa. — él dice despreocupado.

— No... por favor, no... — digo, sin saber cómo reaccionar en esta situación.

— Escucha, Elora, intenté hacerlo a tu manera, desafortunadamente no funcionó. Es una lástima, pero a partir de ahora dormiremos en la misma cama cuando lleguemos, así que considera esto un entrenamiento.

Stefanos dice, y luego agradece a la recepcionista mientras toma la tarjeta de entrada de

la habitación.

— ¿Dónde dormirán tus empleados? — digo, tratando de seguir sus largos pasos.

— En el hotel de al lado, había más habitaciones disponibles.

— Entonces puedo ir allí también.

Detiene su paso, y siento cómo mi cuerpo choca contra el suyo debido a su parada repentina.

— ¿Qué? — su tono es una mezcla de pregunta y enojo. — ¿Elora Drouhart está pidiendo dormir en un hotel inferior solo para no dormir en la misma habitación que yo? Vaya, mocosa, estás resultando ser una sorpresa encantadora. Ya cumplí muchos de tus deseos hoy, así que deberías estar contenta con la suite presidencial de este hotel, a menos que quieras dormir en el coche. — su tono es cínico.

Lo he ofendido. No sé cómo, ni con qué palabras exactas, pero por su respuesta brusca, que difiere de su tono cortés habitual aunque emocionalmente distante, lo he ofendido. No era mi intención.

— Soy virgen. — confieso abruptamente. — Y no quiero dormir en la misma habitación que usted, no... no sería apropiado.

Stefanos, que ya había vuelto a caminar a grandes pasos y había entrado en el ascensor, me mira, sosteniendo el botón para mantenerlo abierto.

— No... no te obligaré a dormir conmigo, Elora. ¿Es eso lo que piensas? ¿Que paré en medio del camino para desvirgarte? ¿Crees que soy tan bajo?

Él está visiblemente sorprendido y decepcionado. Stefanos sale del ascensor, dejando que la puerta se cierre detrás de él. Sus dos manos encuentran mi rostro, y siento su toque mientras devuelvo la mirada en sus ojos.

— Escucha cuidadosamente lo que voy a decir, conejita. Dormirás conmigo por deseo propio y porque no podrás resistirlo, porque te haré suplicar por ello. Nunca tocaré un solo cabello tuyo sin tu permiso.

Su aliento está cerca, su aliento delicioso invade mis sentidos mientras miro sus labios pronunciar esas palabras.

“Lo harás.”

Dice como si estuviera seguro de que cederé, y su afirmación sola eriza cada parte de mi cuerpo. Cielos, ¿qué será de mí?

Permanezco inmóvil, hipnotizada por la mirada intensa de Stefanos y las palabras que acaba de pronunciar. Mi mente está llena de emociones, y mi cuerpo responde de manera inesperada a su cercanía y a su promesa. Él se retira lentamente, sus dedos todavía acarician ligeramente mi piel antes de finalmente alejarse.

El silencio se cierne entre nosotros, cargado de tensión y anticipación. Mis mejillas arden y me siento vulnerable bajo su mirada penetrante. Da un paso atrás, rompiendo el contacto visual y apartando la mirada. El ascensor se abre y él hace un gesto para que entre.

Respiro profundamente y entro en el ascensor, sintiendo cómo mi corazón late descontroladamente. No sé exactamente qué pensar de la situación, de sus palabras y de mis propias reacciones. Lo que sea que esté sucediendo entre nosotros es completamente confuso, y estoy tratando de procesar todo esto mientras intento entender qué es lo que Stefanos Nikopoulos realmente quiere de mí.

CAPÍTULO 12

STEFANOS

Dejé que Elora durmiera en la cama y terminé de acomodarme en el sofá que había en la habitación, pero el sueño no parece querer encontrarme. Me levanté y di pasos ligeros hasta llegar a la cama y verla dormir. Elora se quedó dormida tan rápidamente y parece estar tremendamente cansada. Su sueño parece tranquilo, como si confiara en que no le haría daño.

Elora es tan diferente de lo que imaginé que era, aunque ya sabía que había sido criada en un internado de monjas. Mis informantes me proporcionaron información de que siempre escapaba de allí, frecuentaba discotecas, volvía borracha y era completamente desordenada. ¿Cómo una joven así seguiría siendo virgen? No me lo esperaba. ¿Estará fingiendo? No... es imposible fingir el miedo o la dulce expresión de sus ojos. Elora es genuina, en sus modales, gestos y miradas. Me parece una joven inocente, llena de anhelos.

¿Qué estoy haciendo con esta conejita asustada? Esto no me parece correcto, nada de esto parece correcto. Pensé que encontraría a una joven llena de deseo y autoritaria, y encuentro a alguien amable, tierna, aunque feroz en sus opiniones. Apoyo la punta de mis dedos en su frente, apartando un mechón de cabello de su rostro. Ella suspira ligeramente. Sus mejillas están sonrojadas, y su rostro es hermoso como un ángel. Su boca es roja y carnosa, y todo lo que pasa por mi mente en este momento es tomar sus labios.

Elora abre los ojos, despertándose, y me mira sorprendida.

— Lo siento, ¿te desperté? — pregunté. Elora se acomoda, sentándose en la cama, aún mirándome con ojos dulces y ahora un poco curiosos.

— ¿Por qué me estabas mirando?

— Porque eres preciosa, conejita.

Nuevamente, sus mejillas se sonrojan, algo que siempre encuentro encantador. Siempre se sonroja ante los elogios, aunque parezca altiva en sus palabras. Me siento a su lado y sigo mirando los hermosos detalles de su rostro. Elora es, sin duda, hermosa, pero hay algo más en su belleza, tal vez en la fuerza de su mirada.

— Duermes sin ropa... — Elora dice, tratando de no mirar mi cuerpo.

— Vamos, no seas anticuada. Llevo boxers, solo me quité las prendas pesadas para poder dormir más cómodamente.

— Aun así, es inapropiado. — dice, mirando hacia arriba.

— ¿No te gusta lo que ves, Elora? — pregunto, tocando su barbilla, haciéndola mirarme. Ella me mira avergonzada antes de decir:

— Tú eres... eh... guapo. — finalmente dice.

— Nada de “tú”, Elora. Ahora soy tu esposo, trátame de tú.

Ella asiente con la cabeza.

Me acerco a su rostro, y el deseo que vibra dentro de mí es besar sus labios con pasión y devorarlos, pero yendo en contra de todos mis instintos, solo siento su aliento entrar en mí. Ella no se aparta y parece acercarse aún más involuntariamente. Cierra los ojos y aspira mi aliento, veo cómo se sonrojan sus mejillas y sus labios se entreabren. Su inexperiencia ahora me parece tan evidente; se pierde en sus sentidos, y yo observo, sintiendo que todo mi cuerpo la desea. Toqué su barbilla, y el movimiento la hace abrir los ojos y parpadear alerta, desconectándose del trance. Ella me mira y parece sorprendida por la entrega que acaba de darme sin siquiera darse cuenta.

— Voy a besarte, conejita. Voy a besar cada pedacito de tu cuerpo, pero no aquí, no en este hotel en medio de la nada. No será aquí donde te haga mía. — pronuncio palabras que no pensé que pudiera decir.

De repente, me levanto bruscamente, tratando de alejar el creciente deseo de tenerla allí mismo. Sería un acto egoísta e indigno de mí. Aunque mi enojo hacia su familia es fuerte, no puedo comprometer sus sentimientos y su inocencia en un acto impulsivo. Sería un canalla si lo hiciera. Elora es claramente inexperta cuando se trata de hombres; sus reacciones me lo demuestran. No puedo continuar con esto aquí. No puedo tomar su virginidad en un hotel cualquiera, incluso si mi deseo grita que lo haga. Soy muchas cosas, muchas de ellas terribles, pero una cosa que nunca seré es deshonesto, y esto no es correcto, no ahora, independientemente de mi venganza.

— No sé lo que piensas que va a suceder, Stefanos. Pero ni aquí ni en ningún otro lugar seré tuya. — ella proclamó con firmeza, su tono de voz resonando con convicción.

Una sonrisa astuta curva mis labios mientras la observo. Puedo sentir el fuego ardiente en sus ojos, el desafío que está lanzando. Y de alguna manera, eso solo aumenta mi atracción por

ella. No puedo negar que amo su lengua afilada y desmedida. Elora puede ser inexperta en la cama, pero ciertamente está bien versada en otros asuntos y no baja la cabeza fácilmente. Me gusta eso, esa fuerza, ese fuego que emana de ella.

— Ya veremos, conejita. — Respondo con una sonrisa traviesa, provocándola.



Mientras tomamos el café, veo a Elora un poco más reservada. Le cuesta mirarme a los ojos, y me pregunto por qué esta reacción repentina. ¿Tal vez se siente avergonzada por haber estado a punto de ceder la noche anterior? ¿O por haber sido desafiada por mis palabras? Tal vez sea una combinación de ambas.

— ¿Dónde están tus empleados? — pregunta, rompiendo el silencio que se ha apoderado de nosotros.

— Mis guardias se levantaron temprano, ya han comido y ahora están cerca de las entradas del hotel, revisando el perímetro. Ezequiel está allí atrás. — digo, señalando y haciendo un gesto hacia él.

Elora se voltea y lo mira. No sé qué está pasando por su mente; a menudo, me cuesta entenderlo. A veces, la encuentro muy experimentada, como si fuera mayor que su edad. Pero hay momentos como este, en los que su mirada asustada al observar los alrededores del hotel me parece perdida y un poco temerosa, como si temiera algo que no puedo imaginar.

— ¿Por qué tienes tantos guardaespaldas? — pregunta.

— Cuando tu nombre y tu fortuna siempre están en las noticias, es prudente ser un poco cauteloso, especialmente en un viaje por carretera.

— Si es tan peligroso, deberías haber volado y dejarme venir sola.

— Ya te dije que dejara de decir tonterías.

— Por cierto, he visto muchas noticias sobre ti... y también sé de tu reputación con las mujeres.

¡Ahí está! Ahora su mirada reservada comienza a tener sentido. Elora teme ser seducida por mí.

— Nunca he pretendido ser célibe. ¿Tienes miedo de que te seduzca también, conejita?

— No. — responde de inmediato.

Una sonrisa se forma en mis labios.

— Aun así, eso ocurrirá.

— No deberías estar tan seguro de eso. — ella dice desafiante.

— Soy un hombre experimentado, Elora. Sé cuándo a una mujer le gustan mis caricias, y tú lo demuestras con tu cuerpo cada vez que estamos cerca. Es solo cuestión de tiempo antes de que comprendas que, como marido y mujer, es normal que tengamos noches apasionadas.

Veo cómo se sonrojan sus mejillas, y subitamente aparta la mirada, pareciendo acalorada por mis palabras. Es tan genuina en sus expresiones.

— Eres muy directo en tus palabras. — responde, recuperando su postura altiva.

— No veo razón para andar con rodeos. Creo en la objetividad, así sabrás perfectamente lo que pienso y en qué punto estamos. Aunque en circunstancias extraordinarias, estamos casados, y no me interesa un matrimonio solo en papel.

— Pero esta decisión no es solo tuya, puedo dar mi opinión.

— Claro. Como dije, no tocaré un solo cabello tuyo sin tu permiso.

— ¿De verdad crees que te daré permiso?

— Lo harás.

— Eres arrogante. — ella espeta.

— Es uno de los adjetivos que suelen darme, en efecto. — respondo mientras limpio mi boca con la servilleta. — ¿Has terminado? Es hora de seguir con el viaje.

Elora me mira fijamente, sus ojos arden en furia. Se levanta sin decir una palabra y se dirige hacia la salida del hotel con pasos firmes y decididos. No puedo evitar que una sonrisa se forme en mis labios al presenciar la escena. Esta chica me va a dar batalla. Aunque desprecie a su familia, debo admitir que no se parece en absoluto a los Drouhart. Esta furia y atrevimiento desafiante jamás podrían asociarse con personas frías y sin pasión como sus padres.

CAPÍTULO 13

PERLA

Recorremos un poco más de tiempo por la carretera, hasta que observo algo extraño suceder. Los guardaespaldas de Stefanos se detienen en medio de un campo en la carretera, y el coche en el que estamos hace lo mismo, estacionándose también.

— ¿Por qué estamos parando aquí? —pregunto.

— A partir de este punto, continuaremos el viaje solo nosotros dos —dice él, despreocupadamente, saliendo del coche.

Abre la puerta de nuevo y me mira con sus ojos felinos, esperando que yo salga, y así lo hago.

— ¿Pero por qué? ¿Y los guardaespaldas? ¿Ya no nos acompañarán? —pregunto, tratando de entender el cambio de planes.

— No, como dije, continuaremos solos —dice como si no necesitara darme más información sobre lo que está ocurriendo.

Stefanos da unos pasos, habla en voz baja con sus guardaespaldas antes de despedirse con palmadas en los hombros. Uno de ellos le entrega unas llaves y puedo ver un coche deportivo negro estacionado al fondo. Rápidamente, los tres coches arrancan: el nuestro y los de los dos guardaespaldas que nos acompañaban, quedando nosotros solos en medio del campo.

— Ven, Elora —me llama Stefanos, y me acerco con precaución.

— ¿Pero por qué? ¿Por qué despediste a los guardaespaldas? —insisto, buscando respuestas.

— No te preocupes, Elora —responde, como si leyera mi mente—. Ya te dije que puedes confiar en que no te tocaré sin tu consentimiento.

Y le creo. A pesar de las advertencias sobre la sombría reputación de Stefanos

Nikopoulos, creo en sus palabras. Y no puedo explicar exactamente por qué, no sabría decir por qué, simplemente confío en él.

Subimos al coche, y aunque tengo poco conocimiento sobre vehículos, sé que es un Porsche, y la elección del coche no me sorprende en absoluto. El coche rezuma imponencia y elegancia, parece una extensión de la personalidad de Stefanos.

Se acomoda en el asiento y trata de encender el motor del coche, y puedo ver una chispa de placer en sus ojos.

— Me gusta conducir, pero desafortunadamente no puedo hacerlo tanto como me gustaría. Cuando vengo aquí, puedo disfrutar de ese placer.

— ¿Y por qué aquí?

— Cada pedazo de tierra que verás a partir de ahora me pertenece —responde mientras maniobra el coche—. Mi personal monitorea los alrededores de mis tierras las 24 horas del día y tiene un cuidado especial cuando decido venir aquí.

No puedo creer sus palabras. No es posible que alguien sea tan rico. Mientras avanza con el coche, dejamos atrás kilómetros y kilómetros de tierras con amplias casas y densos cultivos.

— ¿Y todas estas viviendas? ¿Son tuyas? ¿Para qué necesitas todo esto? —pregunto, aún perpleja.

— No seas ingenua, Elora —dice, mirándome con una ceja levantada—. Incluso si todas las casas que ves son realmente mías, hay personas reales viviendo en ellas.

— ¿Cómo así?

— Hace algunos años, encontré un lugar perfecto para construir un resort de lujo, cerca de mis viñedos en Finger Lakes.

— Lo conozco, el Sparkling Castle Lake. No sabía que te pertenecía.

— Sí... es mío, pero la cuestión es que varias familias vivían allí...

— ¿Los desalojaste para obtener acceso a la tierra que podría darte beneficios y los dejaste en medio de la nada? —pregunto indignada.

Recuerdo claramente que todos los que vivían en Elmridge, donde hoy se encuentra el Sparkling Castle Lake, simplemente desaparecieron del mapa, vendieron sus propiedades y dejaron el camino libre para que Stefanos obtuviera más ganancias.

— Trata de no precipitarte y déjame contarte lo que sucedió —dice casi bruscamente.

Asiento contrariada.

— Elmridge estaba escondida a la vista, rodeada de colinas y densos bosques. Su economía siempre se basó en actividades agrícolas y de subsistencia. Sin embargo, con los cambios en los patrones climáticos y el declive de la agricultura tradicional, muchos habitantes perdieron sus fuentes de ingresos. El turismo no llegaba a Elmridge debido a su ubicación remota y la falta de infraestructura turística. Cuando visité la comunidad, vi que las casas eran viejas y desgastadas por el tiempo, y la falta de recursos económicos limitaba el mantenimiento de las casas, lo que daba a la comunidad un aspecto deteriorado. Vivían en la decadencia. A pesar de ser una comunidad de familias unidas que se ayudaban mutuamente y tenían bajos índices de criminalidad, carecían de todo.

— No entiendo, ¿por qué elegir un lugar así para un resort de lujo?

— ¿Has visto la vista desde Elmridge? El lugar es espléndido, con vistas a tres de los once lagos de Finger Lakes, el amanecer y el atardecer en el lugar pueden hacer que incluso el corazón más frío se derrita. El hecho de estar apartado favorecía aún más la inversión. La mayoría de las personas que eligen ir a un resort de lujo quieren alejarse de la ciudad.

Lo observo hablar, y no puedo evitar sentir un poco de admiración. Stefanos, sin duda, es un empresario con un agudo sentido para los negocios y, como dicen, tiene un buen ojo para las inversiones.

— Ofrecí a cada uno de los habitantes una generosa cantidad, más que justa, por sus propiedades y un pedazo de tierra aquí, para que cultivaran y continuaran haciendo lo que solían hacer en las tierras de Elmridge. Podían rechazarlo, por supuesto... pero casi todos aceptaron y hoy viven aquí.

— ¿Diste la tierra gratis? Imagino que obtienes un porcentaje de la cosecha de cada familia.

Veo que los labios de Stefanos se contraen ligeramente en una sonrisa.

— Eisai plousios okhi apo afta pou ekheis, alla apo afta pou dinis. —dice y deja que su acento griego se haga aún más fuerte, y no entiendo una palabra.

— ¿Qué significa eso? —pregunto.

— Es una expresión griega que se refiere a algo que podría traducirse como “Eres rico no por lo que tienes, sino por lo que das”. Soy un hombre rico, Elora, mucho más de lo que quizás puedas imaginar, y sigo expandiendo mis negocios y mis inversiones por puro placer. No tengo la menor compasión por banqueros, accionistas y empresarios... pero ciertamente los trabajadores, las familias y las comunidades como Elmridge merecen un protector.

Las palabras de Stefanos no podrían sorprenderme más. Jamás imaginé algo así de un

hombre a quien Loretta me presentó como un apostador sin escrúpulos. Siento cómo mi cabeza da vueltas con esta revelación, giro mi rostro hacia la carretera y veo los extensos campos de tierra, con casas amplias y cultivos densos. Pensar que todo esto fue ofrecido a esta comunidad me llena el corazón de un sentimiento que no sabría describir. ¿Sería posible que alguien hiciera esto desinteresadamente? ¿Realmente sería posible?

Miro a Stefanos, sus manos fuertes sujetan el volante, dando la impresión de que, como en todo en su vida, tiene un control absoluto. Observo los rasgos firmes de su rostro y su perfil impenetrable, su boca muestra una línea de malicia, de furia, y sé que puede usarla como un arma poderosa de placer o tortura al pronunciar palabras hirientes, dependiendo de su objetivo. Siento una extraña mezcla de emociones al mirarlo, y no sabría decir cuál predomina: ¿el miedo, la admiración o el deseo? Tal vez todo se mezcle, formando una combinación única de sentimientos, sentimientos que no deberían estar brotando en mi pecho. Trago saliva para deshacer el nudo que se forma en mi garganta debido a los pensamientos que me invaden, vuelvo a mirar la carretera y el sol ya se ha ido, dejando espacio para una luna brillante que ilumina la noche.

— ¿Falta mucho aún? —pregunto nerviosa.

No sé si quiero llegar pronto, no sé lo que me espera.

— No, llegaremos en poco tiempo —responde él.

A medida que avanzamos por la sinuosa carretera, comenzamos a subir una montaña empinada. La vista se vuelve cada vez más hermosa, con las cumbres de las montañas enmarcando el horizonte y los valles extendiéndose debajo hasta donde alcanza la vista. El coche sube serpenteando por las curvas de la carretera, y no puedo evitar admirar la belleza natural que nos rodea.

Finalmente, llegamos a la cima de la montaña, y mis ojos se fijan en la vista ante mí. En la cima de la colina hay una impresionante cabaña, construida con madera rústica y piedras locales, perfectamente integrada en el entorno natural que la rodea. La cabaña es espaciosa y lujosa, con grandes ventanas que ofrecen una vista panorámica impresionante de las montañas y los lagos de abajo. Un amplio porche se extiende desde la cabaña, ofreciendo el lugar perfecto para disfrutar del paisaje.

Al salir del coche y enfrentarme a la vista, no puedo evitar quedar cautivada por su belleza. Es como si estuviéramos en la cima del mundo. Caminamos hasta el porche, y me acerco a la barandilla, mirando hacia abajo a los lagos y las majestuosas montañas, agradecida por la luz brillante de la luna que me permite ver el paisaje.

— Es increíble —susurro, todavía hipnotizada por la vista.

Stefanos se une a mí y se coloca a mi lado, mirando el horizonte.

— Por eso elegí este lugar. Es un refugio donde puedo desconectar del mundo y disfrutar de la belleza de la naturaleza.

Entramos en la cabaña, y de inmediato me envuelve un ambiente cálido y elegante. Pensé que olería a humedad debido a su poca frecuencia de uso, pero en su lugar, el lugar está bien ventilado, y el aroma predominante es de sándalo y rosas. El interior es una hábil mezcla de diseño rústico y moderno. Las paredes están revestidas de madera natural, lo que le da a la cabaña un toque acogedor. Grandes ventanas permiten que la luz natural de la luna inunde el espacio y ofrecen vistas panorámicas de las montañas.

La sala de estar es espaciosa y acogedora, con sofás de cuero suave y una impresionante chimenea hecha de piedras locales, que parece ser el punto focal de la habitación. Una gran tapicería colorida adorna una de las paredes, añadiendo un toque de arte y cultura a la decoración.

— Voy a buscar leña, ¿te quedarás bien sola por unos minutos? —pregunta él, y yo asiento, todavía un poco nerviosa por las circunstancias.

Estar a solas con él en una cabaña me pone los nervios de punta. Sé que no me obligará a nada, que no me forzaré a nada, pero la cercanía de la situación me hace sentir ansiosa.

Escucho sus pasos alejarse mientras el crujido de las hojas secas desaparece. Aprovecho su ausencia para explorar el resto del lugar. La cocina, que se abre a la sala de estar, está equipada con electrodomésticos modernos de acero inoxidable, encimeras de granito pulido y elegantes armarios de madera, junto con una gran isla central. Abro los armarios y están llenos de todo tipo de cosas, al igual que la nevera.

Mientras sigo explorando, descubro que la cabaña también tiene una biblioteca bien surtida, una sala de entretenimiento con una gran pantalla y una terraza adicional con cómodas sillas y una bañera de hidromasaje con vistas a las estrellas. El lugar es un verdadero sueño.

— ¿Te gusta? —pregunta Stefanos, apareciendo silenciosamente y provocando un ligero escalofrío en mi cuerpo con su inesperada cercanía. Su voz ronca, combinada con la suave luz de la luna, son una combinación peligrosa.

— Tienes un lugar muy bonito aquí. ¿Alguien se encarga de ello para ti? Noté que los armarios están bien surtidos y las plantas están cuidadas —digo, tratando de romper la tensión.

Siento que mi cuerpo se enfría al soltar las palabras y me giro para enfrentar a Stefanos,

quien me mira como si intentara leer en mí.

— Cualquiera pensaría que eres pobre y no naciste en cuna de oro, conejita —responde él, en tono sugerente.

Pienso en una respuesta que pueda sacarme de esta situación, pero no se me ocurre nada, así que decido cambiar de tema.

— Aquí hay muchas estrellas —observo, fijando mi mirada en el cielo nocturno.

— Eso se debe a la baja contaminación lumínica —explica él—. ¿Te importa si tomo una ducha primero? —pregunta.

— No, por supuesto que no.

La atmósfera entre nosotros parece haber cambiado, menos hostil y más serena. Stefanos irradia una presencia imponente, y su virilidad se desprende por cada poro, lo que me hace sentir pequeña en su presencia, como si llenara el espacio con su personalidad y sus hombros anchos. Aun así, mis defensas están ligeramente debilitadas. Sé que no debería permitirlo, que debo mantenerme firme y no dejarme llevar, como sucedió hace un momento cuando cometí el error sobre el privilegio. Puede parecer menos amenazante ahora, pero sigue siendo una fiera lista para devorarme si no tengo cuidado.

CAPÍTULO 14

STEFANOS

Veó que, cuando ella sale de la ducha, Elora está completamente vestida, lleva puesto un vestido fresco y florido, y su cabello está mojado mientras lo aprieta con una toalla. Sus labios, aunque sin ningún pintalabios, son naturalmente rosados y carnosos, y su silueta es completamente evidente en su vestido; sus muslos son voluptuosos, al igual que sus senos son generosos. Ella irradia una sensualidad pura, como si no notara cuán atractivos son sus gestos y rasgos para cualquier hombre. Parece más relajada en mi presencia, camina descalza por el interior de la cabaña mientras busca un peine en su maleta y peina su larga melena ondulada.

No puedo negar que, desde que la vi, estoy tratando fuertemente de odiarla, al igual que odio a toda su maldita familia, pero hay una aura en Elora que repele mi odio, como si no pudiera asociarla con ellos.

— Voy a preparar algo para comer. — dice después de peinar su cabello.

Elora se acerca, y el fresco aroma de las flores de su cabello llena el ambiente. Sus enormes ojos me miran, y por un segundo, olvido lo que tengo que hacer. Por un segundo, solo los ojos y el delicioso aroma de Elora dominan mis sentidos.

Recomponete, Stefanos, sabes cuál es tu objetivo. No permitas que la atracción nuble tu propósito. Recuerda, no eres un hombre impulsivo, eres calculador e implacable, y has planeado esta venganza durante años.

— No es necesario, tengo empleados que viven a pocos kilómetros de aquí y vendrán a preparar nuestra cena.

— ¿Vas a hacer que los pobres salgan de sus casas a esta hora para preparar tu comida?
— pregunta indignada.

— Oh, es su trabajo. Los pago para que me sirvan cuando vengo aquí, y ni siquiera vengo casi nunca.

— Aun así... déjame preparar una cena deliciosa y casera para nosotros. — dice mientras se dirige a la cocina, y la sigo.

Elora abre los armarios y la nevera, reuniendo un puñado de ingredientes diversos.

— Voy a hacer un risotto de champiñones, con un filete a la parrilla. ¿Te parece bien? — pregunta.

— Claro, puedes hacer lo que quieras. — respondo, tratando de mantener mi voz firme e indiferente, aunque la presencia de Elora a mi alrededor está claramente afectando mi concentración.

Elora comienza a separar y preparar los ingredientes, y ahora ya está sellando los champiñones en la sartén.

— ¿En qué puedo ayudarte? — pregunto.

— ¿Puedes, por favor, cortar algunos tomates?

Asiento y me remango las mangas de la camisa. Estoy conversando y coexistiendo con alguien a quien debería odiar, pero que no despierta ni una pizca de odio en mí. Esto es completamente incómodo; preferiría que Elora fuera realmente tan insoportable como me dijeron que era.

— ¿Dónde aprendiste a cocinar? — pregunto, curioso.

— Siempre he cocinado, aprendí desde muy joven.

Dejo de cortar los tomates y la miro.

— ¿Las monjas te enseñaron a cocinar? Se gira de nuevo y continúa revolviendo los champiñones antes de responder:

— Sí... todas cocinábamos allí y ayudábamos en las tareas. — responde rápidamente y luego pregunta:

— ¿Cómo están los tomates? ¿Puedo tomarlos?

— Sí, están aquí. Elora toma los tomates cortados y los añade al risotto con una sonrisa agradecida. Sus movimientos en la cocina son graciosos y seguros, y no puedo evitar admirar su habilidad con admiración.

— Pareces sorprendido. ¿No pensabas que supiera cocinar? — Elora pregunta, notando mi mirada fija.

— No es eso. Eres todo un enigma.

— A veces, las apariencias pueden ser engañosas, Stefanos. — Elora dice suavemente, mirándome a los ojos mientras habla.

Mis instintos me dicen que mantenga la guardia alta, que recuerde por qué estoy aquí, pero es difícil resistirse a esa mirada que tiene Elora. Una mirada que contiene fuego, que emana chispas y cosas que ni siquiera podría imaginar. Me gusta Elora, me atrae de una manera completamente incómoda. ¡Maldición!

La cena finalmente está servida y, después de disfrutar del plato, ahora estamos tomando una copa de vino en la terraza.

— Para dos personas que se ven obligadas a convivir, lo estamos haciendo bien. — dice.

— No veo razón para que nos lancemos pullas todo el tiempo; además de ser completamente agotador, no sería productivo.

— Eres un hombre práctico, Stefanos. — dice mientras toma un sorbo de su copa.

— No estaría donde estoy si no lo fuera.

Elora parece reflexionar sobre mis palabras por un momento, sus ojos fijos en los míos, como si estuviera tratando de descifrar algo, y luego aparta la mirada hacia la vista.

— Necesito irme a dormir. — dice.

— Todavía es temprano.

— Ha sido un día agotador, me gustaría acostarme para recuperar mis fuerzas.

— Como desees. La cabaña tiene dos habitaciones; puedes quedarte con la de la izquierda. — digo sin mirarla mientras bebo de mi copa.

Ella parece sorprenderse por mis palabras, pero nunca la obligaría a dormir conmigo en la misma cama si esa no es su voluntad. Elora sin duda será mía, pero no crearé ninguna situación; ella se rendirá por sí sola.

— Gracias, Stefanos, buenas noches.



Soy despertado por un fuerte trueno y me doy cuenta de que está lloviendo intensamente. Rápidamente, me levanto y cierro las ventanas de mi habitación antes de volver a la cama. De repente, un instinto protector toma el control de mis pensamientos y me impulsa a dirigirme a la habitación de Elora para verificar si sus ventanas también están cerradas. Cuando entro, la encuentro dormida y, como había imaginado, sus ventanas están abiertas; no pierdo tiempo y las cierro con cuidado.

Al darme la vuelta, noto que Elora ha despertado; su mirada recorre mi cuerpo y siento el calor de la lujuria arder en sus ojos. Elora me mira con deseo, y me acerco, sentándome a su lado.

— ¿Te desperté de nuevo? — pregunto, y la veo negar con la cabeza.

— Gracias por cerrar mi ventana, parece que el mundo se está cayendo ahí fuera.

— Es común que por estas tierras llueva durante la noche, pero mañana el cielo estará despejado, seguro.

Elora me mira, y puedo sentir que se vuelve más seductora.

— Realmente no te gusta dormir con ropa, ¿verdad?

Encogí los hombros.

— No veo la necesidad de más que unos calzoncillos para una buena noche de sueño.

La mirada de Elora se fija en mis labios, su respiración se acelera ligeramente, y puedo sentir el deseo que parece experimentar. Acerco mi rostro al suyo y siento su aliento cálido invadirme. Elora no retrocede, y tomo sus labios y la beso con deseo. Elora suspira entre el beso, y siento nuevamente su cuerpo fundirse en mis brazos. A pesar de su inexperiencia, se entrega al beso de manera apasionada y ansiosa, mientras mi lengua se desliza en su dulce boca y escucho sus suspiros que se vuelven más fuertes mientras se rinde a la pasión.

Bajo una de mis manos desde su rostro y toco su pecho, acariciando ese pequeño melón suave, sintiendo su pezón rígido a través del fino tejido de su camisón. Lo pellizco con la punta del dedo, y su suspiro se convierte en un pequeño gemido delicioso. Alejo nuestros labios solo para mirar su rostro. Elora mantiene los ojos cerrados, ardiente de calor y ansiando más. Su expresión está llena de deseo, y eso enciende mi sangre.

Me coloco sobre ella, Elora abre los ojos y me mira. Su mirada contiene una mezcla de dulzura y deseo que me vuelve loco. Mi excitación ya es completamente visible a través de la fina tela del bóxer, y me ajusto entre las piernas de Elora, quien gime al sentir mi miembro rozarla a través del tejido.

— Esto... esto es tan... — su voz es casi un gemido.

— ¿Agradable, cariño? ¿Nunca has sentido esto antes?

Ella niega con la cabeza.

— ¿Y esto? — susurro mientras vuelvo a juntar nuestros labios.

Elora gime contra ellos cuando siente mis dedos tocar su intimidad, que está

completamente húmeda, empapando mis dedos mientras la acaricio.

— Oh... cielos... — gime alto entre mis labios, y aprieto la mandíbula.

Me está costando contenerme; todo lo que quiero es sumergirme en su carne suave y húmeda.

Separo nuestros labios y escucho un suspiro de desaprobación de Elora, y no puedo evitar sonreír satisfecho. Toco la fina tela del camisón de seda púrpura de Elora y la subo, revelando toda la deliciosa extensión de su cuerpo. Sus generosos senos con los pezones endurecidos por la excitación me hacen respirar entrecortadamente. Elora es voluptuosa, el contorno de su silueta es perfecto, con muslos gruesos y senos deliciosos que hacen que la excitación entre mis piernas palpite.

— Dios, eres deliciosa, cariño.

Ella se muerde el labio y parece excitarse aún más con mi mirada sobre ella. Coloco mis labios en sus senos, besándolos hasta llegar al pezón, que muerdo y lamo, sintiéndola estremecerse bajo de mí, delirando de placer. Continúo bajando mis labios, besando su cuerpo cálido, hasta llegar al centro de su placer. Elora abre las piernas involuntariamente, suplicando sin palabras que la posea.

Aparto su braga hacia un lado y dejo un beso húmedo en ella, haciendo que se retuerza de placer y murmure mi nombre.

— ¿Alguna vez has sentido esto, cariño?

Ella niega con la cabeza mientras su néctar fluye de su intimidad, perdida en el deseo. Acomodo mi lengua y la lamo, saboreando su dulce y delicioso sabor, y la escucho gemir más fuerte y agarrar mi pelo.

— Esto... es... tan agradable. — gime jadeante.

Sus gemidos agudos me vuelven loco, y comienzo a besar su intimidad con todo el deseo que late en mí, mientras Elora se retuerce y gime cada vez más rápido y erráticamente, y yo aumento mis movimientos, sintiéndola cada vez más húmeda, derramándose en mi boca. Se abre cada vez más para mí, floreciendo como una rosa intocada. Su nivel de excitación es tan alto que no pasa mucho tiempo antes de escucharla gemir alto y temblar todo su cuerpo, cerrando sus piernas contra mí mientras llega a su clímax.

Apoyo mis codos en la cama y dejo escapar una sonrisa mientras la miro. Está completamente agotada, con la respiración entrecortada. Su rostro está ruborizado como si hubiera corrido una maratón.

— ¿Qué... qué fue eso?

— Acabas de tener un orgasmo, cariño.

— Eso, eso fue... cielos. — pone la mano en la frente aún jadeante.

— ¿Nunca te has tocado? — pregunto al notar su sorpresa.

— ¡No! Yo... por supuesto que no. ¿Cómo puedes pensar eso?

Ella endereza su postura en defensa, sentándose en la cama.

— No hay absolutamente ningún problema en eso. — respondo.

— Aun así... yo, yo nunca...

— Te mostraré cuánto placer puedes experimentar. Hoy solo he empezado.

Elora sonroja aún más sus mejillas y aparta la mirada. Ella es tan orgullosa y fuerte en su postura y palabras, pero ahora parece tímida y tan... tan pura.

Mi objetivo final es claro, y debo asegurarme de que nada me impida lograrlo. El matrimonio puede ser parte de este plan, pero no puedo permitir que mis sentimientos personales se mezclen con mis objetivos. La línea entre lo real y la estrategia se vuelve cada vez más tenue, y sé que es un equilibrio delicado que debo mantener. Intento decir que lo que acabo de hacer es puramente parte de mi plan, pero, ¿por qué entonces me siento tan satisfecho al darle placer a Elora? Satisfecho de una manera que nunca antes había experimentado.

CAPÍTULO 15

PERLA

Su mirada, su aliento delicioso y cálido en mi rostro condujeron a una serie de acciones que me llevaron a las alturas. Stefanos me hipnotizó con todo lo que es: guapo, habilidoso, seguro... No pude resistirme a él y casi le rogué sin ningún pudor que me hiciera suya. Casi supliqué, tal como él dijo que haría. Ahora lo estoy mirando dormir a mi lado, en mi cama. Y aunque sé que no debería, todo en lo que puedo pensar es en cómo hace que mi corazón lata despacito en mi pecho, en cómo quiero sentir nuevamente sus manos y labios en mí...

Aunque sabía acerca del sexo, los orgasmos y el placer, todo era teoría. Todo lo que aprendí en las clases de educación sexual en la escuela, nunca imaginé que... que mi cuerpo pudiera llegar a esto. Stefanos me hizo salir de mí, que mi cuerpo se quemara de adentro hacia afuera en solo unos minutos. Estoy perdida... estoy completamente perdida...

No puedo permitir que sentimientos confusos y ardientes me dominen. Mi mirada se fija en Stefanos, su rostro sereno mientras duerme, tan diferente de la expresión dominante e implacable que vi tantas veces. Me pregunto qué estará pensando ahora, si todo esto forma parte de su plan calculado. Sé que todo esto debe ser solo diversión para él y no puedo permitir que me lleve por esos sentimientos.

No es alguien en quien pueda confiar, aunque ha demostrado ser un hombre de carácter. No puedo olvidar las circunstancias que me trajeron aquí, y aunque parece bueno, las piezas no encajan. ¿Por qué forzaría entonces el matrimonio con Elora Drouhart si no fuera realmente un hombre sin escrúpulos en busca de desafíos? No es alguien que merezca mi corazón, y lo protegeré de Stefanos antes de que me lleve con sus besos y caricias apasionadas.

Sé que necesito encontrar la fuerza para resistir el peligroso magnetismo de Stefanos Nikopoulos y protegerme a mí misma, a mi verdadera identidad y los secretos que traigo conmigo. Aunque, más que nunca, siento la obligación de contarle todo lo que está sucediendo, más que nunca siento en mi pecho que tal vez debería contarle todo y asumir las consecuencias

de mis actos.



El día amanece rápidamente, el sol brilla en el cielo. Camino hasta el porche y siento el aire impregnado con la frescura de la lluvia de la noche anterior. Stefanos no estaba en la cama cuando me desperté, así que me serví una taza de café que ya estaba preparada en la cocina y ahora disfruto de la belleza de la mañana.

Los recuerdos de la noche anterior me golpean como un torbellino, siento cómo mi cuerpo se calienta al recordar los momentos intensos que compartimos, y sé que si me viera en el espejo ahora, vería mis mejillas sonrojadas. La brisa de la mañana acaricia mi rostro, como si intentara calmarme.

El aroma del café me envuelve, brindando un breve consuelo. Mientras tomo pequeños sorbos de la taza caliente, permito que mis pensamientos vaguen.

Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué me dejé llevar así? ¿Por qué no pude resistir? Parece que me vuelvo irracional cuando él está demasiado cerca, parece que mi carne traiciona a mi mente y estoy completamente dominada por mis instintos más primitivos. Es una sensación abrumadora, y me pregunto si esto es normal.

Stefanos me afecta de una manera que ningún otro hombre ha logrado, incluso su mirada hace que me derrita. Stefanos es diferente a cualquier otro. Sus ojos tienen el poder de desarmar todas mis defensas y su presencia me hace sentir vulnerable. Es como si estuviera completamente a su merced, entregándome cuerpo y alma.

Escucho pasos apresurados acercándose al porche. Mi mirada se dirige instintivamente en esa dirección, y allí está él, Stefanos, con la respiración agitada y una sonrisa triunfante en el rostro. Su cabello despeinado está empapado de sudor y sus ropas deportivas muestran sus músculos viriles en toda su gloria. Se acerca a mí, su expresión, como siempre, es impenetrable, pero sus ojos brillan de manera única.

— Debo decir que correr por aquí por la mañana me sienta de maravilla, en lugar de hacerlo en mi apartamento en una cinta estática — exclama, la energía de la actividad física todavía palpable en su voz.

Es el hombre más guapo que jamás haya visto.

— Gracias por el café — digo, tratando de mantener mis pensamientos bajo control

mientras lo observo completamente sudado.

— No fue nada.

Se acerca más, reduciendo la distancia entre nosotros, y puedo sentir su calor, no solo físicamente, sino emocionalmente. Stefanos es una presencia abrumadora y me encuentro perdiéndome en sus ojos profundos una vez más.

La proximidad entre nosotros se vuelve casi insoportable, pero al mismo tiempo, es exactamente donde quiero estar. Mis defensas se derrumban bajo el poder de su presencia y siento que mi cuerpo reacciona de manera incontrolable hacia él.

— Stefanos... — susurro, mi voz titubea, incapaz de articular mejor la frase.

— Escucha, Elora. Tenemos que volver — me interrumpe. — Ha surgido un problema en Manhattan en el que necesito estar presente. Antes, solo necesitamos pasar por la ciudad cercana, ya que tengo que ocuparme de un asunto. Lamento la breve interrupción del viaje — dice mientras se dirige a la puerta de la cabaña antes de añadir: — Voy a ducharme, prepárate para salir, ¿de acuerdo?

Ni siquiera debe darse cuenta de lo autoritario que suena, sus órdenes hacen que mi sangre hierva, pero al menos volveremos. Estar aquí con él, en esta cabaña, debe estar afectando mis sentidos. Todo volverá a la normalidad cuando regresemos a la civilización.



Cuando Stefanos finalmente regresa, está vestido impecablemente como siempre, como si la intensa carrera matinal nunca hubiera sucedido. No puedo evitar notar lo seguro de sí mismo y cómodo en su propia piel que parece ser, una cualidad que lo hace aún más viril.

Bajamos juntos por el sinuoso camino que conduce desde la cabaña hasta la ciudad cercana. El coche de Stefanos es una máquina impresionante y el viaje es suave y rápido, a pesar de las curvas cerradas. Miro por la ventana, maravillada por el impresionante paisaje que se despliega ante nosotros.

Cuando finalmente llegamos a la ciudad, me sorprende ver lo pintoresca y bien cuidada que es. Las calles están limpias, las tiendas son encantadoras y la gente parece feliz y amigable. Stefanos estaciona el coche en una plaza central.

— Necesito ir al banco, ¿puedes esperarme en el coche o dar un paseo por la plaza? — Dice, saliendo del coche con su habitual postura imponente.

Salgo del coche y decido explorar un poco la ciudad, pero no me alejo mucho del coche. Llego a una fuente fresca y decido sentarme al sentir los rayos de sol acariciar suavemente mi cuerpo. Cierro los ojos, disfrutando de la agradable sensación que invade mi espíritu.

— ¿Eres la novia del señor Nikopoulos? — una señora se acerca y se sienta cerca de mí. Abro los ojos, un poco aturdida, y la miro. Solo puedo asentir.

— Tienes suerte, querida. — dice sonriendo. — Ese hombre vale su peso en oro.

— ¿Por qué dices eso?

— ¿No lo sabes?

Niego con la cabeza.

— Toda esta ciudad está patrocinada por él.

— ¿Cómo? ¿Debido a las personas que trajo recientemente?

— Recientemente, ¿hablas de la comunidad que vino de Elmridge? Oh no, cariño. Llevo viviendo aquí desde hace 30 años.

— ¿30 años? ¿Cómo es eso?

— Cuando vine a esta ciudad, no había nada aquí ni en los alrededores. El señor Nikopoulos compró varias hectáreas de tierra años después y, con el paso de los años, patrocinó la creación del teatro, las viviendas de los residentes que ya estaban aquí, sin mencionar a los inversores que trajo. Dio vida a todo esto.

— ¿Por qué? ¿Por qué hizo eso?

— No lo sé. Con el tiempo, proporcionó viviendas a personas necesitadas y de buen carácter, y así nuestra comunidad fue creciendo. Hoy tenemos mucho que agradecerle.

La miro atónita y no puedo creer lo que me está diciendo.

— ¿Quién lo habría imaginado, verdad? Tiene toda la apariencia de un villano, pero por dentro es un hombre bueno y honrado.

La señora se levanta con dificultad antes de decir:

— Bueno, tengo que irme, hija. Pero no dejes escapar a ese hombre, es un partido.

Dios mío, ¿qué está pasando? Es imposible que alguien tan generoso sea un hombre malo. Imposible. ¿Qué estoy haciendo? Estoy mintiendo a un hombre que no lo merece. Dios mío, ¿qué haré?

No pasa mucho tiempo antes de que Stefanos vuelva y continuamos el viaje. Mi cabeza

es un caos y me mantengo en silencio, observando solo la carretera e intentando ordenar mis pensamientos.



El viaje de vuelta me pareció menos largo, no tardamos en encontrar a sus guardaespaldas y al conductor, y ahora estamos llegando a Manhattan. He utilizado todo este tiempo para pensar en mis próximos pasos. Es evidente que algo está muy equivocado en el juicio de Loretta sobre Stefanos. Un hombre como él no parece capaz de cometer las cosas de las que ella dice que es culpable. Aunque pueda parecer ingenua y haya comenzado a creer en el carácter honorable de Stefanos en poco tiempo, debo confiar en mi instinto. En esa vocecita que grita en mi interior que él es, de hecho, un hombre bueno, y que, después de todo, la villana de esta historia soy yo.

Decido mi destino y el de mi abuela en estas pocas horas de viaje. Y aunque he comenzado esta farsa, sé que no puedo continuar por mucho tiempo. Visitaré a mi abuela, veré cómo está y le contaré toda la verdad a Stefanos, le diré que no soy Elora Drouhart.

— Cuando lleguemos, me gustaría hacer una parada en un lugar antes de ir a tu casa.

— ¿Dónde?

— En un parque. — miento. — ¿Podrías dejarme cerca de Stuyvesant Square, por favor?

— ¿Qué? ¿Quieres ir a un parque después de viajar durante horas? Descansa, luego te llevaré allí.

— ¡No! Quiero ir sola. Por favor... se trata de un recuerdo que tengo con mi padre, me gustaría ir allí ahora, por favor.

Miento, nunca estuve con mi padre en ese parque, simplemente estoy tratando de convencerlo, ya que el parque está a solo unas cuadras del NYU Langone Health, donde mi abuela está hospitalizada, y necesito verla desesperadamente, saber cómo está. Con toda la prisa de la boda, no pude visitarla en los últimos días y estoy preocupada. Además de averiguar sobre su estado, necesito investigar la posibilidad de trasladarla a un lugar más asequible, donde pueda pagar su tratamiento. Tan pronto como cuente la verdad, no tendré ni a Loretta pagando el hospital y tendré que devolverle lo que ella ya pagó. No puedo pedirle a Stefanos que me lleve allí, hablar del parque me pareció la mejor solución.

— El maldito Joseph Drouhart. — Stefanos dice entre dientes, enfurecido.

Joseph, el padre de Elora. Parece guardar rencor al hombre, y mi curiosidad inoportuna me hace preguntar.

— ¿Por qué querías destruir a la familia Drouhart?

Él se gira y me mira. Stefanos tiene una mirada felina y a menudo creo que está tratando de comprender más allá de mis preguntas. Continúa mirándome durante unos segundos más antes de decir:

— Veo que tu madre no te contó la historia... le dejaré a ella el honor de contarte lo despreciable que es tu familia.

Debería parecer ofendida, ya que se trata de mi familia, o mejor dicho, de la familia que finjo formar parte, pero simplemente asiento con miedo a decir algo que debería saber pero que desconozco. Sin embargo, la mirada sorprendida de Stefanos se posa sobre mí, así que trato de tener una reacción más plausible.

— No tienes derecho a hablar así de mi familia.

— Te dejaré en el maldito parque, Ezequiel vendrá a recogerte en una hora, ¿de acuerdo?
— Stefanos dice y cambia de tema, ignorando lo que dije.

— Sí, gracias.

— No estaré en casa, tengo asuntos que atender en mis empresas que no pueden esperar. Pero Drénida, mi fiel empleada, estará esperándote para recibarte y acomodarte.



— ¡Abuela! — digo al entrar en su habitación y verla sin aparatos de respiración. — ¿Te quitaron la ayuda para respirar?

— Sí, hija mía. Fue ayer mismo, ¿por qué no viniste antes? ¿Estás pensando en abandonar a esta vieja aquí?

— Deja de decir eso, abuela. No pude, estoy un poco ocupada en el trabajo. Pero tengo buenas noticias.

— Cuéntame, suéltalo.

— Conseguí trabajo aquí en Manhattan, así que podré venir a visitarte con más frecuencia.

— ¿Y dónde conseguiste trabajo, querida? Y ¿qué pasará con el seguro médico, si vienes a trabajar aquí en otro empleo?

— En las empresas de los griegos... los Nikopoulos, seguro que has oído hablar de ellos. En cuanto al seguro médico, no te preocupes, en este trabajo también lo tengo. — miento, sintiéndome mal, porque sé que pronto tendré que sacarla de aquí, pero no quiero preocuparla por ahora.

— Claro, esos guapos griegos que siempre aparecen en los sitios de chismes y en las revistas de empresarios.

— ¿Y desde cuándo, abuela, sigues los sitios de chismes?

— Bueno, no hay mucho que hacer encerrada aquí en este hospital, ¿verdad? — Doy una pequeña risa. Mi abuela parece mucho más fuerte y animada que la última vez que la vi. Mi corazón se llena al verla tan viva como siempre.

— Voy a hablar con tu médico, abuela, ya vuelvo.

— Está bien, deja de preocuparte.

— Aun así, quiero saber cómo va tu tratamiento.

Camino unos pasos después de salir de la habitación y me encuentro con el médico que se acerca hacia mí.

— Hola, Dr. Thalassinos.

— Hola, señorita Brusquet. ¿Ha venido a ver a su abuela?

— ¡Sí! ¿Podría decirme cómo está progresando?

— Muy bien. Está respondiendo bien al tratamiento y la medicación. Como habrá visto, hemos retirado su soporte respiratorio y sus pulmones están empezando a fortalecerse.

— ¡Dios mío! Qué buena noticia. — Respondo emocionada.

— Pero recuerde, aún falta un tiempo para que se recupere por completo y, dado que se trata de una enfermedad crónica, siempre necesitará seguimiento y medicación.

— Aun así, doctor, esto es un milagro. Pero me gustaría saber cómo podríamos hacer una transferencia a otro hospital.

— ¿Por qué haría eso? Tenemos el mejor tratamiento para su enfermedad aquí.

— Lo sé, pero desafortunadamente no podré pagar el tratamiento por más tiempo.

— Es una pena, señorita Brusquet. — Él responde con decepción. — Pero si realmente es

necesario, la transferencia en el estado actual de su abuela es arriesgada, pero no es completamente inviable. Si es necesario, puedo ocuparme de todo.

— Está bien, gracias, Dr. Thalassinos.

— De nada, señorita Brusquet. — Él sonríe y toca suavemente mi hombro. — Pero ahora debo ir a ver a mis otros pacientes. Veo al Dr. Thalassinos avanzar rápidamente por el pasillo. Cada vez que lo veo, está así, corriendo de un lado a otro. Parece muy dedicado a sus pacientes, a pesar de su expresión seria, es muy educado y amable.

Paso más tiempo con mi abuela, escuchando sus chismes sobre otros pacientes y tratando de apartar mis pensamientos de la complicada situación en la que me encuentro. Incluso hace comentarios sobre cómo un matrimonio con alguien como el Dr. Thalassinos sería una buena idea para mí, lo que me hace sentir angustia en el pecho. ¿Qué diría ella si supiera lo que estoy haciendo realmente?

Al mirar el reloj, me doy cuenta de que el tiempo ha volado y me apresuro a despedirme de mi abuela. Corro hacia el parque y me siento en un banco, apenas teniendo tiempo de acomodarme cuando un coche negro blindado se detiene frente a mí y la puerta se abre.

— ¿Por qué estás tan agitada, conejita? — Stefanos pregunta, su sonrisa magnética y seductora presente en su rostro.

— Estaba corriendo, haciendo ejercicio... — Miento, y noto que soy sorprendentemente buena en eso.

— Hum... entra, vamos.

Entro en el coche, me abrocho el cinturón y Stefanos lo verifica, tirando de él para asegurarse de que esté ajustado correctamente. No es posible que este hombre sea tan malo como dicen.

— Pensé que solo Ezequiel vendría a recogerme.

— Decidí adelantar algunas reuniones y reprogramar otras. Sería muy descortés de mi parte no recibir personalmente a mi esposa y llevarla a nuestra casa.

Nuestra casa. La idea de compartir un hogar con Stefanos es desconcertante. No sé cuánto tiempo podré mantener esta farsa. Cada momento que pasa, me gusta más, cada segundo me doy cuenta de que no es exactamente como lo describió la señora Loretta. Y la noche pasada... no puedo ceder, no puedo permitir que esto avance.

— Estaba pensando...

— Sí, habla.

— Quiero una habitación solo para mí. No quiero compartir la cama contigo.

Él me mira, sin cambiar su expresión.

— Está bien. — Responde y vuelve a mirar su teléfono, como si fuera algo trivial.

¿Qué significa eso? Esperaba una reacción más desafiante de él, pero agradezco no tener que persuadirlo para que esté de acuerdo conmigo.

Llegamos a un edificio tan extravagante como la recepción del hotel donde nos quedamos antes. La entrada es una combinación de mármol y vidrio, inundada por la luz de la noche. Cada detalle parece brillar con un toque de irrealidad. Un portero elegantemente vestido nos saluda y Stefanos toca mi mano antes de decir:

— Buenas tardes, Truman. ¿Cómo estás? ¿Tus hijos todavía te están dando guerra?

— Estoy bien, señor Nikopoulos. Y los traviesos siguen volviéndome loco. — El señor responde con una risa. — ¿Y usted? ¿Quién es esta hermosa joven?

— Estoy bien, gracias. Esta es mi esposa, Elora. A partir de ahora, vivirá aquí conmigo.

— Mis felicitaciones a ambos. Me alegra el matrimonio.

A pesar de sus pocas palabras, el respeto que emana hacia los empleados a su alrededor es innegable. Esto me complace profundamente, especialmente porque he sido testigo del trato despreciativo que muchos ricos dan a sus empleados. He sido objeto de miradas altaneras mientras realizaba tareas de limpieza en las mansiones de estos magnates.

Agradecemos y avanzamos hacia el ascensor de cristal. Las puertas se abren en silencio y entro, sintiendo un escalofrío recorrer mi espalda cuando el ascensor comienza a subir. Cada piso que pasa me hace sentir como si estuviera entrando en un universo completamente desconocido, un reino que nunca estuvo destinado para mí. El lujo y el esplendor a mi alrededor parecen sacados de un cuento de hadas moderno, donde los privilegios se otorgan con una facilidad casi casual.

Las puertas se abren suavemente, revelando una sala suntuosa que se extiende hacia un amplio balcón. El lugar es enorme, mucho más grande de lo que podría imaginar para un apartamento.

— Mi habitación está al final del pasillo. El segundo a la izquierda es para ti. — Stefanos informa con voz firme, mientras se dirige a la cocina.

Permanezco quieta por un momento, absorbiendo la grandiosidad del entorno. Cada mueble, cada obra de arte, cada detalle parece haber sido cuidadosamente seleccionado para crear una atmósfera de elegancia y poder. La luz que entra por las amplias ventanas,

proporcionando una vista increíble de la ciudad, intensifica la sensación de grandiosidad.

— Aun así, no creo que pases mucho tiempo en él. — Él dice lentamente, recogiendo un sobre de la encimera. — Aquí tienes todos mis exámenes para que puedas comprobar que estoy completamente sano. Dado que ya has demostrado que eres virgen, no necesitarás hacer pruebas. Esto nos permitirá...

— ¡Basta! — Interrumpo, levantando la cabeza con orgullo. — Lo que sucedió ayer, Stefanos, fue un error. Nuestro matrimonio es solo un contrato, nada más. Y si crees que voy a tener un hijo tuyo, estás muy equivocado. No seré utilizada en este juego, sea cual sea la razón por la que estás haciendo esto. ¡Y basta de todo esto! Ni siquiera soy realmente...

— ¿Un juego? — Él replica, interrumpiéndome con un tono afilado, antes de que revele la verdad de manera impulsiva. — ¿Crees que esto es un juego, Elora? ¿Crees que tu padre robó casi toda la fortuna de mi familia, llevando a mi padre a un estado de tristeza que resultó en su suicidio, es un juego para mí?

Llevo las manos a la boca en estado de shock.

— ¿De verdad vas a seguir fingiendo que no sabías? ¿Que tu madre no te advirtió?

— Yo... yo no lo sabía...

— ¡Ya está bien! Toda la maldita historia de que no le importaba si abusaba de ti o te hería debe haber sido también una farsa, solo para que yo sintiera compasión y no te tratara mal. Pero como quieras, ¿quieres llevar este matrimonio solo como un contrato desagradable? No te tocaré más, nunca más.

— ¿E... eso?

Las palabras que salen de su boca están cargadas de rencor y enojo. Siento que mis ojos se llenan de lágrimas, pero lucho por contenerlas, por no mostrar debilidad. Sin embargo, insisten en caer, incontrolables.

La maldita Loretta Drouhart dijo que él podía hacer cualquier cosa conmigo.

Siento que mi estómago se revuelve y antes de que revele cuánto me está afectando todo esto, salgo corriendo y entro en la primera puerta que encuentro. La habitación es amplia y lujosa, un entorno en el que nunca debería estar, a menos que estuviera empuñando una fregona o una escoba.

¿Cómo pude permitir que esto sucediera? ¿Cómo pude confiar en esa mujer? No puedo creerlo... Miro alrededor de la habitación, dándome cuenta nuevamente de la opulencia que me rodea. Cada detalle parece un recordatorio doloroso de lo lejos que estoy de mi mundo anterior.

Me siento atrapada e impotente, atrapada en un acuerdo que no elegí y que ahora parece tener consecuencias mucho más sombrías de las que jamás imaginé.

CAPÍTULO 16

STEFANOS

Elora sale del lugar sollozando, adentrándose en mi habitación. Mi maldito corazón late lenta y fuertemente. ¿Qué es esto? ¿Qué maldito sentimiento es este que se apodera de mi pecho?

Culpa.

Culpa por haber provocado tantas lágrimas con mis palabras ásperas. Por la forma en que ella reaccionó, parece que su madre realmente le ocultó la verdad, y ahora, posiblemente, arruiné la imagen que tenía de su padre.

Aunque el sujeto detestable no merece la menor simpatía, Elora realmente no tiene culpa de nada, no es objeto de mi odio. De hecho, despierta en mí un deseo de protegerla y cuidarla, algo que nunca había sentido antes.

— ¡Maldición! — gruño, pasando la mano por mi cabello en frustración.

No suelo arrepentirme de mis acciones, ¿entonces por qué estoy empezando a sentir esto ahora? ¿Por qué es con ella? ¿Por qué?

No puedo dejarme llevar por Elora, no puedo. Aunque no sea responsable de las acciones de su padre, no puedo permitir que los sentimientos por ella florezcan en mí. ¡Simplemente no puedo!

Sé práctico, Stefanos. Siempre has sido práctico, sigue así.

Cuando me doy cuenta, estoy caminando a grandes zancadas hacia la habitación, desafiando todos mis instintos más primarios. Golpeo la puerta, esperando que ella atienda.

— Sal de aquí. — su voz resuena a través de la puerta.

— Déjame entrar, conejita.

— ¡Deja de llamarme así! — su voz lleva rastros de llanto.

— No debería haber sido tan grosero, pido disculpas.

— Por favor, Stefanos, te lo ruego, sal de aquí.

Respiro profundamente y me alejo de la puerta. Necesito alejarme también. Distanciarme de esta agonía que me consume. No puedo permitirme sentir esto por ella.

No puedo y no lo permitiré.

Recorro la suite, tratando de aclarar mi mente. Debería estar enfocado en la venganza, en las decisiones que debo tomar, en las estrategias que debo seguir para conquistar y finalmente tener al heredero que necesito para acabar con los Drouhart. Pero todo en lo que puedo pensar es en Elora, en cómo parece frágil y vulnerable, en cómo lleva un peso que no debería ser suyo.

Intento recordar todas las razones por las cuales se arregló este matrimonio, todas las motivaciones prácticas y racionales que me llevaron a esta situación. Pero aunque intente convencerme de eso, la imagen de Elora llorando frente a mí persiste.

Maldición, ¿qué me está pasando?



Konstantinos y Lysandros me observan mientras bebo el último trago de la décima cerveza de esta noche.

— Contén un poco, hermano.

— No pierdas tu tiempo, Konstantinos. — responde Lysandros. — He agotado todos los intentos de traerlo a la razón.

— ¿Entonces soy yo el que está desequilibrado ahora? Ustedes dos reniegan de las tradiciones familiares para abrir el bar más promiscuo de la ciudad, ¿y yo soy el que carece de juicio? Solo yo me he ocupado de los negocios familiares, buscando venganza contra aquellos que destruyeron a nuestro padre.

Los dos se miran seriamente.

— Stefanos, entiende que los viñedos y las oficinas nunca fueron lo nuestro. La búsqueda de venganza al menos tiene sentido, pero ¿casarse? Casarse con una mujer de una familia que desprecias, eso supera incluso los límites de venganza de nuestra familia. — comenta Konstantinos.

— Yo pensaba lo mismo.

— Ahórrame tus comentarios. — digo, sintiendo la influencia del alcohol en mi cuerpo.

— Stefanos, ¿la falta de control sobre la situación te está molestando, verdad? — provoca Lysandros, con su tono cínico habitual.

— ¿De qué estás hablando?

— La chica te ha afectado, admítelo.

— Esto es absurdo. Soy pragmático, nunca he entendido este supuesto “amor”, y no será una chica la que me haga salirme de mi camino.

— Demétrios dijo algo similar antes de rendirse ante su esposa. — bromea Konstantinos.

— Demétrios siempre fue un romántico encubierto. Incluso después de la muerte de su esposa, todavía está enamorado, lo que es inadmisible para mí. — replico.

— Estoy de acuerdo contigo, pero dada la dirección que está tomando todo esto, parece que estás siguiendo el mismo camino que Demétrios. — comenta Lysandros.

— Ustedes dos no entienden. No hay sentimentalismo involucrado en esto. Mi matrimonio con Elora es una parte crucial de un plan bien elaborado. Una forma de finalmente hacer que aquellos que perjudicaron a nuestra familia enfrenten las consecuencias de sus acciones.

Konstantinos me mira, con una mezcla de sorpresa y confusión en su rostro. Frunce el ceño antes de hablar:

— Stefanos, esto es arriesgado. Usar un matrimonio como parte de un plan de venganza es demasiado peligroso. Estás jugando con fuego.

Lysandros, siempre el provocador, sonrío de manera casi cínica.

— Bueno, esto es interesante. Un matrimonio como una herramienta de venganza. Parece algo sacado de las historias de tragedia griega.

Suspiro, sintiendo la gravedad de la situación. No niego que este es un juego peligroso, pero nunca he perdido ningún juego en el que he participado, y no será ahora cuando comience a perder.

— Somos griegos, después de todo. — replico, irónicamente.

— Pero parece contener más tragedia que venganza en todo esto. ¿Estás seguro de que no estás siendo consumido por tu ira?

Siento la ira burbujeando dentro de mí, el recuerdo de la injusticia que nuestra familia sufrió, el ardiente deseo de represalia. Sin embargo, mantengo mi expresión fría y calculada.

— Sé lo que estoy haciendo. Este es un juego largo, y estoy dispuesto a sacrificar lo que

sea necesario para ver que mi plan se cumpla. No permitiré que la memoria de nuestro padre siga siendo mancillada.

El silencio se extiende entre nosotros por un momento. Parece que están sopesando mis palabras, tratando de comprender la profundidad de mi determinación. Finalmente, Konstantinos suspira una vez más, derrotado, pero no sin un toque de admiración en su voz:

— Muy bien, Stefanos. Si estás dispuesto a aceptar las consecuencias y asumir ese riesgo, entonces haremos lo que podamos para apoyarte. Después de todo, somos hermanos y estaremos a tu lado, pase lo que pase.

Lysandros sonríe de manera casi irónica, pero sus ojos muestran un destello de respeto.

— Al destino que has elegido, entonces. Que nos guíe hacia donde sea que nos lleve este viaje.

Levanto mi copa vacía en un brindis silencioso, reconociendo el apoyo de mis hermanos, que, aunque de manera torcida, siempre están a mi lado.



A pesar de mis incansables esfuerzos por embriagarme esta noche, habiendo consumido innumerables cervezas y tragos de whisky, he llegado a la conclusión de que la cantidad de vino que normalmente bebo me ha vuelto increíblemente resistente a la embriaguez. Entro en mi ático como si no hubiera absorbido ni una sola gota de alcohol.

El ambiente está envuelto en silencio, excepto por la tenue luz que emana de los armarios de la cocina. Me acerco y veo a Elora frente a la estufa, el aroma envolviendo mis sentidos.

— ¿Cocinando? — expreso mi sorpresa. — ¿Y a oscuras?

Elora suspira profundamente, mostrando desánimo.

— Tenía hambre, salí de la habitación hace unos minutos y, como no te encontré, y el hambre apretó, decidí preparar algo. Pero no pude encontrar el interruptor de la luz, solo se encendieron automáticamente los armarios.

— Solo tenías que pedir que encendiera la luz. — sugiero, activando el interruptor.

— ¿Solo tenía que decirlo? — comenta, un tanto incrédula.

Asiento con la cabeza, y bajo la luz, puedo ver cómo su rostro delicado está ligeramente hinchado por las lágrimas recientes, siento nuevamente un pellizco de culpa en mi corazón.

¡Maldición! ¿Qué me pasa?

— Elora, lo siento. Sé que no debería haber arrojado toda esa información sobre tu familia de manera tan brusca. Probablemente no estés al tanto de todo, ya que has estado lejos tanto tiempo.

— ¿Mi... mi madre realmente dijo eso de que me estás usando?

— Lamentablemente, sí.

Observo cómo sus grandes ojos se llenan nuevamente de lágrimas, y Elora se gira hacia la estufa.

— Estoy preparando macarrones con queso. Fue lo único que encontré en los armarios.

— Y probablemente está caducado. — respondo. — ¿Por qué no pediste algo o comiste un sándwich? Normalmente no tengo comida en mis armarios, siempre pido fuera o como en restaurantes.

— Pasé todo el día sin comer, necesitaba algo más sustancioso que un sándwich.

— ¿Y entonces tu brillante idea fue comer macarrones llenos de sodio?

Ella se encoge de hombros.

— Al menos llena el estómago. ¿Quieres que te sirva un poco?

— Ya he comido en el bar de mis hermanos, pero gracias.

Elora sirve un plato para sí misma y se sienta en el mostrador. Antes de dar la primera cucharada, me mira detenidamente.

— ¿Tienes una relación cercana con tu familia?

Me acomodo frente a ella y la miro. Contrariamente a mis expectativas, Elora no parece enojada ni molesta conmigo; solo triste en general.

— Más que la mayoría de las familias, seguro.

— Me parecieron casi amables cuando los vi. Ahora entiendo por qué no les gusté a primera vista. Con lo que me has contado sobre... bueno... mi padre, parece justificable, excepto Demétrios. Fue muy amable, al igual que tu madre.

— Todos son buenos hombres, en diferentes grados. Cada uno de nosotros tiene su pasión, ya sea por los negocios, los bares o la competencia. Los Nikopoulos son conocidos por ser hábiles en lo que hacen, aunque tengamos nuestras asperezas y un temperamento difícil. Demétrios heredó el temperamento de nuestra madre; suele ser la voz de la razón entre hombres

tan impulsivos y brutales como nosotros.

— ¿Quién es el mayor?

— Soy yo. Le sigue Lysandros, luego Demétrios y nuestro hermano menor es Konstantinos.

— La diferencia de edad es casi imperceptible. Tienen edades muy cercanas, ¿verdad?

— Sí. Voy a cumplir 35 años, Lysandros tiene 33, Demétrios 30 y Konstantinos 28.

— Tu madre pasó muchos años embarazada. — Elora comenta con una risita, dando otra cucharada de macarrones.

— Es cierto.

— Pero es bueno que tengan edades tan cercanas. Imagino que todos son amigos. Debe ser increíble y una bendición tener hermanos y una familia grande y unida.

Elora es increíblemente amable y cautivadora. Sigo sorprendiéndome con su personalidad. Hablar con ella es diferente a hablar con otras chicas de su edad; he tenido la oportunidad de hablar con algunas y todas parecían tener la cabeza llena de aire. Ella parece más consciente de alguna manera. Como si hubiera vivido más cosas de las que alguien de su edad debería haber vivido.

Elora se levanta y se dirige al fregadero con los platos y la olla de macarrones que acaba de hacer.

— ¿Qué estás haciendo?

— Voy a lavar los platos. ¿Algún problema?

— ¿Lavar los platos?

— Sí, ¿por qué no? Los platos no se lavan solos, en caso de que no lo sepas.

— No necesitas hacerlo, Elora.

Ella se voltea para mirarme.

— No voy a dejar los platos aquí hasta que la empleada llegue mañana por la mañana a limpiar algo que ensucié.

— Drénida recibe un buen salario, más que la mayoría de las empleadas. Ella puede encargarse, no te preocupes.

— Ya casi termino, no me importa hacerlo, incluso me gusta.

— ¿La heredera de los Drouhart disfruta lavando platos? Eso es una sorpresa para mí.

— Tú también eres una sorpresa para mí, Stefanos. — Elora dice, y sus palabras llevan un tono resentido que no parece estar dirigido a mí.

No puedo imaginar a qué se refiere con su afirmación.

— ¿Y por qué dices eso? — pregunto, intrigado.

— Porque pensé que el cruel en esta historia eras tú y no los Drouhart.

Sus palabras me sorprenden. Elora parece estar procesando todo lo que ha sucedido de una manera única.

— ¿Y por qué confías en mí y no en tu propia familia?

— Ya no tengo motivos para confiar, no puedo confiar en una mujer que claramente me arrojó a la boca de un león sin importarle nada. Ahora entiendo mejor las lágrimas de Elora, tal vez no estaba enojada por la forma en que pronuncié las palabras, sino por lo que ellas le advertían: quién era realmente su madre. Me levanto y me acerco a Elora, que acaba de secarse las manos después de lavar los platos.

— Lo siento mucho, conejita. — le digo al tocar su rostro y verla mirándome con sus hermosos ojos.

Ella es hermosa.

Hermosa de una manera que trasciende los rasgos físicos. Hay una especie de hechizo que rodea su aura, una burbuja magnética que emite destellos que me atraen hacia ella de una manera que nunca antes había sentido. Estar en su presencia me hace olvidar todo, la venganza, los herederos... me hace querer borrar esa expresión triste de sus ojos. Me hace querer llenarla de felicidad, de besos, de cariño...

— Tu rostro es tan hermoso, conejita. — comento, acariciando sus mejillas.

Elora cierra los ojos y se permite sentir el cariño que le estoy brindando. Ella es inexperta y virgen, y al más mínimo toque parece desfallecer. Me siento tentado a besarla de nuevo, pero recuerdo la promesa que le hice de no tocarla más.

— No pares, por favor. — dice, con los ojos aún cerrados.

Mi mano se desliza por su nuca, acariciándola suavemente, y siento escalofríos recorrer su piel. Ella suspira ligeramente, pareciendo ansiar más.

— ¿Puedo besarte, conejita? — susurro en su oído y la siento estremecerse aún más.

— Bésame, Stefanos... bésame. — suplica en un susurro.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, y siento el suave calor de su boca contra la mía.

Un pequeño suspiro escapa de ella, y eso solo aumenta mi deseo. Ingreso con mi lengua en sus deliciosos labios y saboreo el dulce sabor de su boca, ella responde al beso y se entrega a él. Acaricio su cintura y la levanto, colocándola en la encimera y posicionándome entre sus muslos. Intensifico el beso, tomando su boca para mí mientras presiono nuestros cuerpos uno contra el otro y la escucho emitir algunos suspiros.

Extiendo mis manos en su espalda mientras bajo mis labios a su cuello, besando y acariciando cada centímetro. Ella inclina la cabeza hacia atrás, emitiendo pequeños sonidos de placer, y mi deseo por ella se intensifica. Mis manos recorren su espalda, descendiendo hasta su cintura, mientras mis labios exploran su cuello. Cada toque, cada caricia parece aumentar la intensidad de la pasión que nos rodea. Elora emite pequeños gemidos, y eso solo sirve para alimentar mi deseo por ella.

Subo mis labios y encuentro de nuevo la boca de Elora, entreabierta y ansiosa por otro de mis besos. La tomo con furia y deseo que comienza a explotar en mi pecho y, en un movimiento brusco y rápido, la enredo en mi cuerpo y la retiro de la encimera. Mi excitación ya está firme entre mis piernas y Elora suspira fuerte al sentir mi contacto cuando hago el movimiento para colocarla en mis brazos.

No separo nuestros labios y continúo besándola y mordisqueando su deliciosa boca, que sigue suspirando de placer. Llegamos rápidamente a mi habitación en pasos urgentes y la deposito suavemente en la cama, encontrando sus ojos que me miran intensamente, cargados de deseo y anticipación.

Su piel parece estar en llamas, cubierta por un vestido floral de flores amarillas que contrastan con su piel sonrojada por la pasión. Me inclino sobre ella, depositando suaves besos en su hombro mientras mis manos se deslizan por las correas de su vestido. Bajo un poco más y comienzo a ver el pezón rosado y erecto que comienza a aparecer, apretando la mandíbula.

— Si empiezo, conejita... no sé si podré contenerme... — murmuro con la voz ronca, luchando por recuperar el control.

— No quiero que te contengas, Stefanos. — responde con una sonrisa traviesa.

Nuestras bocas chocan de nuevo en un beso más intenso y desinhibido. Su lengua se desliza en mi boca, explorando sensaciones que parecen nunca haber sentido antes, mientras suspira fuerte debido a la presión que ejerzo con mi cuerpo entre sus piernas abiertas para mí. Sus manos encuentran mi cuerpo, explorándome con toques delicados y audaces, y, en movimientos rápidos, me quito la ropa, arrojándola al suelo. Finalmente, nuestras pieles se tocan, sus senos llenos se encuentran con mi pecho, y otro gemido de placer escapa de sus labios al

sentir nuestras pieles calientes en contacto.

— Muéstrame, Stefanos... muéstrame a qué sabes. — ella suplica entre besos, su voz cargada de deseo y entrega.

Mi corazón se dispara ante estas palabras, y la atraigo más cerca, nuestros cuerpos fusionándose en puro deseo. Mi excitación palpita, y sé que necesito controlarme, porque debido a mi tamaño y la virginidad de Elora, puedo lastimarla. Paso mi dedo y acaricio su centro de placer, encontrándola empapada y deseosa de que la penetre. Suelto un suspiro ronco de deseo y, con cuidado, introduzco suavemente un dedo en la vaginal abertura de Elora, quien gime fuerte en respuesta.

— ¿Te lastimé, conejita?

— No... sigue, sigue, por favor. — murmura extasiada de placer.

La penetro un poco más, consciente de que necesito abrir un poco de espacio para que pueda acomodarme, y ella continúa retorciéndose de placer mientras la acaricio con el pulgar, masturbándola lentamente. Necesito controlar mi respiración y mi deseo, que parecen querer consumirme. Me alinee con su cuerpo y la toco con mi miembro, sintiéndola suave y empapada de deseo. Comienzo a masturbármela con mi miembro, con movimientos más rápidos. Elora inclina la cabeza hacia atrás mientras gime alto de placer.

— Esto... es tan... delicioso... no puedo aguantar... — susurra.

Elora se retuerce intensamente y emite un gemido que se asemeja a un grito alto de placer, alcanzando otro delicioso orgasmo.

— Ahora podría doler un poco, avísame si quieres que pare. — advierto, y la veo asentar jadeante.

Penetro su cálida abertura y necesito controlarme para no poseerla con fuerza y velocidad. En lugar de eso, entro despacio y con cuidado. Elora aprieta los ojos cuando llego a su señal de castidad, me retiro de ella y vuelvo a entrar lentamente, permitiendo que su cuerpo se acostumbre.

— No tengo miedo, Stefanos... sigue... — murmura.

Siento cada parte de mi cuerpo quererla con fuerza, pero sé cuán cuidadoso debo ser, ya que puedo lastimarla. La penetro de nuevo. Cuando finalmente la atravieso por completo, la veo suspirar fuerte por el dolor que probablemente sintió. Pronto, su cuerpo se relaja bajo el mío, sus ojos se abren y encuentran los míos. Ella está jadeante y llena de excitación.

— No necesitas contenerme más, Stefanos... ya no duele...

— Estoy tratando de ir despacio, conejita. No quiero lastimarte.

Me adentro cada vez más profundo, sintiendo su cálido cuerpo responder al mío. Elora gime alto y se mueve contra mi cuerpo, deseando más. Mi cuerpo está cada vez más conectado al suyo, estamos fusionándonos y me está poseyendo como nunca nadie lo ha hecho. Mi mente intenta advertirme que no debería, que no debería dejarme llevar de esta manera, pero cualquier señal de racionalidad parece no caber en mi pecho ahora, solo ella... ella gimiendo así para mí.

— Quiero más... — murmura, jadeante.

— ¿Quieres que vaya más rápido, conejita? ¿Puedes soportarlo?

— Puedo... ve más rápido, por favor.

Siento que mi cuerpo tiembla y el deseo que ella despierta en mí es salvaje y hambriento. Toda mi voluntad de controlarme abandona mi cuerpo, y la poseo rápidamente, permitiendo que mi cadera la golpee con fuerza, mientras la veo gemir cada vez más fuerte y clavar las uñas en mi espalda. Estoy tomando su cuerpo, y ella se está hundiendo en mi alma.

Ella me mira y parece tan hambrienta y dominada como yo. Continúo embistiéndola mientras la miro. Nuestros ojos son intensos, nuestra piel está sudorosa y todo lo que llena la habitación son gemidos entrecortados de placer. Elora se entrega a mí, en cuerpo y alma, como si confiara en mí, y no sé cómo es posible que entienda esto solo por la forma en que me mira. Elora es dulce, pero fuerte y orgullosa, y se está entregando a mí sin ninguna precaución.

— Cielos, eres tan deliciosa.

Ella gime, excitada por mi comentario.

Ella gime fuerte y sigue pidiéndome más, y eso me vuelve loco. Coloco sus piernas sobre mis hombros y me deslizo aún más profundo en su inexplorado interior. Ella gime más alto. Ya no hay inhibiciones, ella se retuerce debajo de mí mientras la embisto rápidamente. Elora clava las uñas en el edredón y lo tira en un grito de placer al llegar a otro delicioso orgasmo. Y solo así, con esta satisfacción, me permito llegar al mío, acelerando considerablemente los movimientos y haciendo que la cama crujiera con la intensidad.

— Ahhhh... — grita.

Y su gemido es lo más excitante que he escuchado jamás. Espero alcanzar mi límite y lo hago, lo que nunca imaginé que haría. Salgo de su cuerpo y eyaculo en las sábanas, soltando un suspiro de intenso placer.

Me alejé de ella y no permití que me derramara dentro de Elora, a pesar de que lo que realmente deseaba era tener un heredero para poner fin a su familia. Decidí, sin pensar ni

razonar, que no podía utilizarla de esa manera, no podía traicionar la confianza que ella depositó en mí al entregarse de esa forma. No pude.

¿Por qué? ¿Por qué no pude?

CAPÍTULO 17

PERLA

Elegí entregarme deliberadamente a Stefanos. Tan pronto como tomó mis labios en la cocina, supe que sería suya. Nadie nunca me hizo sentir ni una fracción de lo que él me hace sentir, solo con una mirada, solo con su aliento. Así que decidí que él sería el hombre al que me entregaría por primera vez. Decidí eso, incluso sabiendo que me odiaría cuando le cuente la verdad. Tal vez, solo después de entender que nunca me miraría de esa manera o me besaría de esa manera de nuevo, tomé esa decisión. Quería ser amada por él, con toda la intensidad que es, al menos una vez.

Y no podría estar más satisfecha.

— ¿Has dormido bien, conejita? — Stefanos entra en la habitación con una bandeja repleta de comida.

— ¿Tenías todo esto aquí? — pregunto mientras me acomodo en la cama y veo la variedad de cosas.

— Por supuesto que no. — él encoge los hombros. — Acabo de pedir que lo trajeran.

Cojo una de las uvas del racimo y, antes de llevarla a mi boca, noto que Stefanos me está mirando.

— ¿Qué pasa? — pregunto desconcertada.

Se acerca y me besa en los labios.

— Esa marca cerca de tu boca es tan besable. No pude resistirme. — comenta con una sonrisa maliciosa.

— ¿Siempre es así, Stefanos? ¿Dormir con alguien? — pregunto, realmente curiosa.

Stefanos se sienta a mi lado en la cama y se sirve un trozo de sandía antes de responder:

— No. Solo cuando hay mucha química entre la pareja.

Respiro decepcionada.

— ¿Puedo saber por qué suspiras?

— Deja que mis pensamientos sean solo míos, Stefanos. — hago una mueca traviesa al evitar el tema.

No quiero confesar que lo que pasó por mi cabeza es que, si no es siempre así, si es solo la química entre un hombre y una mujer lo que provoca tanto placer, no tengo garantías de volver a sentir esa conexión que sentí con él.

— ¿Te duele?

— Un poco.

— ¿Necesitas algo? Puedo pedirle a uno de los empleados que te lo traiga.

Niego con la cabeza.

— Tengo que ir a la oficina, tengo una reunión muy importante hoy con el grupo hotelero de mis primos. Lo siento mucho por no poder quedarme, pero ¿qué te parece si cenamos esta noche?

— No te preocupes, me gustaría pasear por el parque de nuevo hoy.

— ¿Otra vez? ¿Qué tiene ese parque, Elora?

Elora. No soy Elora.

Estaba decidida a contar la verdad esta mañana, pero él está siendo tan amable y tierno que no puedo.

— Me gusta, eso es todo.

— Está bien. Dejaré a Ezequiel listo para ti.

— No es necesario, puedo tomar un taxi.

— No seas tonta, Elora. Ezequiel es de mi confianza y estarás más segura.

— Está bien, gracias.



Ha pasado un tiempo desde que Stefanos se fue. Drénida llegó y me saludó, y rápidamente se encargó de la casa. Me siento extraña en esta posición. Estoy sentada mientras

otra persona aspira la casa. Intenté ayudarla con algunas cosas simples, pero Drénida, además de negarse rotundamente, también me sirvió un zumo de naranja fresco.

Decido explorar su ático. El ambiente revela rasgos de su personalidad, lo que lo hace aún más enigmático. Encuentro su despacho, una biblioteca privada llena de estanterías de madera oscura que se extienden hasta el techo. Los libros están organizados meticulosamente, alineados alfabéticamente y categorizados por género. Esto no es sorprendente, Stefanos irradia esa energía pragmática incluso en su forma de hablar.

En el centro del lugar, hay un escritorio de madera maciza frente a una gran ventana que ofrece una vista impresionante de la ciudad. Sobre la mesa, montones de papeles están perfectamente ordenados, evidenciando su trabajo meticuloso y su dedicación a lo que sea que esté investigando o creando. También hay objetos curiosos esparcidos por el lugar, como una esfera armilar que descansa sobre una mesa de café, lo que sugiere su fascinación por la astronomía y el universo.

— Es un friki. — susurro, sonriendo.

En una esquina del despacho, hay un sofá de cuero oscuro, con una manta arrojada descuidadamente sobre el respaldo, indicando que este es un lugar donde Stefanos pasa horas sumido en sus profundos pensamientos, leyendo uno de los varios libros que tiene por aquí.

Camino un poco más y entro en su habitación, la principal de la casa. Me encuentro con su cama king size, y un pensamiento incómodo se apodera de mis pensamientos. ¿Cuántas mujeres se han acostado aquí con él? ¿Cuántas además de mí han disfrutado bajo sus brazos? ¿Quiénes han suplicado que las poseyera como yo supliqué?

Imagino que muchas.

El pensamiento me incomoda, y trato de alejarlo de mi mente. Me dirijo a su vestidor, las puertas de madera oscura se abren para revelar una impresionante colección de ropa que va desde elegantes trajes hasta ropa casual, pero siempre impecable. Cada pieza parece haber sido elegida con cuidado y todo está perfectamente ordenado. Zapatos alineados en estantes, corbatas cuidadosamente colgadas y camisas alineadas como soldados en sus cajones.

Hay una colección de accesorios masculinos impresionantes. Relojes finos, cada uno con su propio carácter e historia, descansan en exhibición, testificando su aprecio por la puntualidad y la elegancia. Debajo de los relojes, una caja de cuero contiene gemelos exquisitos, cada par con un diseño único, revelando su atención a los detalles incluso en las cosas más pequeñas.

Es como si tu presencia aún resonara en este espacio, incluso en tu ausencia. Adentrarme en tu intimidad hace que las cosas parezcan aún más reales, como si pudiera conocerte mejor.

Caminé hasta la sala y marqué el número que estaba tratando de evitar en estas primeras horas del día, el número de Loretta Drouhart. Necesito reunir fuerzas para enfrentarla de igual a igual, pero al escuchar su voz al otro lado, me siento debilitada.

— ¿Qué pasa, chica? — preguntó bruscamente.

— Voy a contar toda la verdad a Stefanos. Ya sé todo, sé que Joseph, tu marido, robó la familia de Stefanos y que este matrimonio es una venganza. — le solté toda la información con fuerza, temiendo que mi voz falle si decido detenerme. — También sé que me ofreciste a él para que hiciera lo que quisiera conmigo. Eres despreciable y me utilizaste para engañar a Stefanos, y no lo permitiré. — continué.

— ¿Te has enamorado tan rápido del bastardo, eh? — se rió burlona. — Tenemos un trato, chica, no olvides que estoy pagando el tratamiento de tu abuela.

— Lo sé. Y lo pagaré, aunque me lleve toda mi vida, pero no seguiré desempeñando ese papel.

— ¿Crees que si dejo de pagar el tratamiento de tu abuela, el bastardo de Nikopoulos te mantendrá? Ni siquiera están casados de verdad.

— Mi abuela está mucho mejor, gracias a Dios. Buscaré un hospital más económico que pueda pagar y también te pagaré a ti. No espero que Stefanos me ayude, después de todo, sé que me odiará tanto como te odia cuando se entere de todo.

— No vas a contarle la verdad.

— ¿Qué? ¡Sí, lo haré!

— No, no lo harás. Si lo haces, te llevaré a la cárcel.

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

— ¿Realmente creíste que existe una declaración que permite a una persona suplantar a otra, idiota? Lo que estás haciendo es un delito de identidad y, si te atreves a denunciarme, te llevaré a la cárcel por el resto de tu inútil vida.

Sus palabras me golpearon como un meteorito. Siento que mi corazón se aprieta en el pecho. Me quedo en silencio más tiempo del que me gustaría, tratando de poner en orden mis pensamientos.

— Sabías de todo, ¡te puedo acusar contigo!

— No seas ingenua, soy muy influyente y poderosa. Conozco a todo tipo de personas en todo el mundo, y puedo decir fácilmente que, como hacía años que no veía a mi hija, tú también

me engañaste.

Trago el nudo que se forma en mi garganta.

— Ningún juez creerá eso, que una madre nunca ha visto una foto de su hija. — le respondí.

Ella se rió por teléfono.

— Los Drouhart hemos logrado conseguir cosas más absurdas que esta ante un juez solo con una donación significativa, querida.

— Eres despreciable, Loretta.

— Será mejor que te mantengas calladita y resignada, querida. Ahora déjame, tengo cosas más importantes de las que preocuparme. — respondió, colgando sin siquiera decir adiós.

¿Cómo pude ser tan tonta? ¿Cómo me dejé atrapar en una red tan terrible de mentiras? Mi pecho está lleno de lágrimas de las que soy completamente responsable. No debería haber confiado en la maldita Loretta Drouhart, ¡no debería!



— ¿Estás bien, hija? — Abuela me pregunta preocupada.

— Claro que sí. — miento, tratando de mejorar mi estado de ánimo, que está visiblemente decaído.

Ezequiel me trajo al parque y me las arreglé para evadirlo y venir a visitar a la abuela. Ella me conoce demasiado bien como para que pueda disimular por mucho tiempo. Después de una conversación en la que más escuché que hablé, la abuela todavía parece desconfiada, pero parece haber elegido respetar mi tiempo para contarle lo que sea que me haya sucedido.

Ella ni siquiera puede imaginar lo que está pasando, y sé que se culparía si supiera, pensando que me metí en todo esto por su culpa. Incluso si voy a la cárcel, no le contaré la razón, no la haré pasar por esto.

— Querida, a veces las sombras que cargamos se vuelven más pesadas de lo que deberían ser. — Abuela habla con un tono sabio.

Suspiro, sintiendo el peso de mis acciones recayendo sobre mí.

— Lo sé, abuela. Es solo que... las cosas se han vuelto más complicadas de lo que jamás

imaginé.

Ella pone su mano sobre la mía, transmitiendo consuelo.

— No necesitas enfrentarlo sola, querida mía. A veces, compartir la carga con alguien que se preocupa puede marcar una gran diferencia.

Una lágrima escapa de mis ojos, y asiento con la cabeza.

— Abuela, solo quiero protegerte. No quiero que te involucres en esto.

Ella me mira con cariño.

— No importa lo que esté pasando, recuerda que siempre tendrás un lugar donde serás amada y apoyada, sin importar las circunstancias.

Siento un nudo en la garganta mientras miro las manos entrelazadas.

— Siento que estoy perdiendo el control de todo.

La abuela aprieta gentilmente mi mano.

— A veces, cuando sentimos que estamos perdiendo el control, es precisamente cuando llegamos a un punto crucial en la vida, donde todo cambiará, y a veces ese cambio es para mejor. No siempre el camino que trazamos es el correcto, a veces Dios tiene planes para nosotros que ni siquiera podríamos imaginar. No siempre la pérdida de control es algo malo, hija mía.

Sus ojos brillan con una sabiduría profunda, y me siento envuelta por una sensación reconfortante. Miro a mi abuela con gratitud, sabiendo que sus palabras son un recordatorio de que no estoy sola, ni siquiera en medio del caos.

— Gracias, abuela. Tus palabras siempre me hacen sentir mejor.

Ella sonríe amablemente.

— Recuerda, querida mía, que incluso en las situaciones más oscuras, hay una luz brillando en algún lugar. Y tienes la fuerza para encontrarla.

Me despido de ella, y esta vez, espero a Ezequiel a tiempo. Observo la tarde que comienza a caer y a los niños jugando en el parque. Respiro profundamente, tratando de pensar en lo que haré a partir de ahora y cuál sería la mejor salida de toda esta situación que más parece una película de terror.

No pasa mucho tiempo antes de que aparezca Ezequiel, y subo al lujoso auto blindado que no me pertenece para entrar en un edificio que no me pertenece, para cenar con un esposo que no me pertenece.

Pero que aún así hace que mi corazón lata lentamente en mi pecho cada vez que lo veo. Stefanos es el último hombre que debería afectarme, el último por el que debería enamorarme, pero en contra de todo eso, me estoy enamorando de él, cada suspiro que doy es por él. Es él quien hace que mi cuerpo arda de pasión.

Me odiará con todas sus fuerzas cuando descubra la verdad, y como un hombre vengativo que es, podría querer vengarse por haberlo hecho parecer un tonto.

CAPÍTULO 18

STEFANOS

— ¿Pasaste ya la noche con ella? Imaginaba que Drouhart te daría más guerra. —
Comenta Lysandros, provocando.

— Deja de lado esas bromas y muestra más respeto por mi esposa. Además, recuerda que ahora es una Nikopoulos, no lo olvides.

— ¿Reaccionas así, hermano? — Ríe con un toque de sarcasmo. — No puedo negar que me ha conquistado un poco; después de todo, la chica salvó a nuestra madre de una caída y no dudó en empujarnos a ello. Es justo decir que ha ganado un mínimo de mi respeto.

— Ese es precisamente el punto, Lysandros. Es diferente de todos en su familia. Es amable, pura... incluso un poco inocente en muchos aspectos. No veo rastro de arrogancia o maldad en ella.

— Tal vez sea una manzana que cayó lejos del árbol, a veces sucede.

— Sí, tal vez...

— Entonces, ¿crees que lograste dejarla embarazada?

— No. Yo... me retiré en ese momento.

— ¿Qué? ¿Por qué? Pasaste meses hablando sobre querer un heredero para poner fin a la línea de los Drouhart, finalmente te acercas a lograrlo y pateas la pelota fuera de la portería. ¿Cómo es eso?

Lysandros siempre con analogías de fútbol.

— No lo pensé correctamente, simplemente me pareció mal usarla de esa manera.

— Bueno, hermano, lamento traerte malas noticias, pero creo que realmente te has encariñado con ella.

— No negaré que ella me afecta, de una manera diferente a cualquier otra. Desde que la vi por primera vez, aunque quise odiarla, no pude. Con el tiempo, comencé a apreciarla aún más, y después de anoche debo decir que fue increíble. Pero no estoy enamorado. Nunca me he enamorado, y no será ahora.

Él encoge los hombros, riendo como si mis palabras fueran poco convincentes. De hecho, ni yo mismo estoy convencido de ellas.

— Por cierto, ¿planeas asistir a la fiesta que mamá está organizando?

— ¿El té en el jardín de invierno? ¿En serio lo hará?

— Conoces a mamá, adora las tradiciones y quiere que toda la familia esté presente, al menos los griegos que viven aquí en EE. UU.

— Tal vez vaya, aún no lo he decidido.

— Sería bueno que fueras, o la matriarca Athina Nikopoulos aparecerá y te llevará de la oreja, como solía hacer cuando éramos niños. — Ríe antes de salir de mi habitación y dejarme inmerso en mis pensamientos.

La imagen de Elora llena mi mente. Ella despierta en mí sentimientos que nunca antes había experimentado y eso comienza a perturbarme. ¿Por qué? ¿Por qué ella me provoca tanto cariño y, al mismo tiempo, tanto deseo?

Estar con ella fue, de lejos, una de las experiencias más impactantes que he tenido en esta vida que creía haber explorado todas las sensaciones y emociones. Sus besos, la forma en que se entrega a mí, son adictivos. Y ahora, todo en lo que puedo pensar es en volver a casa y estar con ella de nuevo.



Nunca planeé sentirme así. Nunca imaginé que un corazón endurecido como el mío pudiera ser conmovido por algo más profundo que la búsqueda fría y calculadora de la venganza. Pero aquí estoy, observándola desde lejos, mientras el sol dorado de la tarde arroja sus rayos sobre su cabello, haciéndolo brillar como hilos de oro. Elora, mi esposa por conveniencia, una pieza en el juego que he orquestado para castigar al hombre que se atrevió a arrebatar a mi familia de la manera más baja posible. Y, sin embargo, no puedo negar el torbellino de emociones conflictivas que comienzan a agitarse en mi interior cada vez que la veo.

Desde ayer, cuando dormimos juntos, ella parece un poco más apagada, más distante, más ansiosa. Me pregunto si está haciendo esto, tratando de escapar, porque probablemente sabe que no debe entregarse a un hombre vengativo e inflexible como yo. ¿Se habrá arrepentido? No me gustaría que tuviera esa percepción de mí, no me gustaría entristecerla, alejarla...

¡Maldición! ¿Qué diablos me está pasando?

Ella es la imagen de la pureza y la gracia, algo que mi mundo cínico y oscuro nunca tuvo la oportunidad de conocer antes. Sus ojos, llenos de curiosidad y compasión, brillan con una luz que parece iluminar los rincones más oscuros de mi alma. Su sonrisa, una invitación tímida y sincera para todos a su alrededor, es capaz de derretir las capas de hielo que he construido a mi alrededor.

La observo mientras se mueve entre los invitados al evento benéfico que mi empresa ha organizado. Ni siquiera imaginé que quisiera asistir a algo así, pero tan pronto como supo que serviríamos comida y distribuiríamos abrigos a los necesitados, se ofreció a ayudar. Ella habla con ellos mientras les sirve comida, con una amabilidad genuina que me sorprende en cada momento.

Mi venganza, mi deseo de ver al padre de ella de rodillas suplicando misericordia, ya no puede ser realizado después de la muerte del maldito. Pero el deseo de borrar el nombre de su familia todavía arde en mi pecho, ahora acompañado por algo más. Un calor sutil que se extiende lentamente a medida que nuestra convivencia se prolonga, un deseo de protegerla, de mantenerla segura y alejada de las sombras de mi mundo. La traje a mi mundo oscuro, pero ahora me doy cuenta de que ella es la única luz verdadera que he encontrado en medio de la oscuridad.

Intento alejarme, apartar mi mirada y concentrarme de nuevo en mi misión destructiva, pero es como si ella fuera un imán irresistible que me atrae cada vez más. Mi mente racional lucha contra estos sentimientos crecientes, tratando de recordarme las motivaciones que me llevaron a esta unión forzada. Pero mi maldito corazón, que ni siquiera sabía que latía en mi pecho, está demostrando ser terco e incontrolable, y comienza a latir a un ritmo diferente cuando estoy cerca de ella.

Me encuentro deseando conocerla de verdad, ver más allá de la máscara que uso para ocultar mis verdaderos propósitos. Quiero escuchar su risa, descubrir sus sueños y miedos más profundos, comprender lo que la hace brillar tan intensamente en medio de la oscuridad que nos rodea.

La venganza todavía está presente, la siento, arde como brasas en mi alma, pero ahora está acompañada por una llama más suave, una llama que me asusta y me atrae al mismo tiempo.

¿Qué está pasando? Nunca me he detenido, nunca he pausado mis pasos como estoy empezando a hacerlo. Siempre he sido un perro de caza, decidido y enfocado en el objetivo que me propuse.

Observando a Elora mientras ríe y habla con los demás, siento un nudo en la garganta y una sensación de urgencia creciente. Tal vez sea hora de reconsiderar mis motivaciones, de

replantear el camino que he trazado para nosotros dos. Porque, contra todas las probabilidades, estoy empezando a creer que hay algo más profundo y verdadero entre nosotros, algo que podría trascender la venganza que nos unió.

CAPÍTULO 19

STEFANOS

El sol del final de la tarde ilumina mi despacho mientras hojeo los informes financieros. Mi mirada seria recorre los números con intensidad calculada. Mi imperio de negocios se extiende desde los viñedos en la región de Finger Lake hasta conglomerados internacionales fundados por mí. Noté que sería mejor diversificar mis inversiones y he tenido éxito en todas las empresas que he emprendido. He construido mi camino hasta la cima, y la eficiencia es mi sello distintivo.

La puerta de mi despacho se abre con un ligero chirrido, anunciando la entrada de Dolores, mi secretaria, para informarme sobre la reunión con los accionistas de esta tarde. Una reunión que preferiría evitar está a punto de comenzar, pero sé que es una necesidad inevitable.

— Señor Nikopoulos, buenos días —saluda uno de los consultores al verme entrar, con una voz un tanto vacilante.

Me siento en el extremo de la mesa, que ofrece una vista de todos los accionistas y consultores de la empresa, y levanto la mirada del informe, fijando una mirada intransigente en ellos.

— Si están aquí para hacerme perder el tiempo, que sea rápido y directo. Tengo asuntos más importantes que atender.

Los accionistas intercambian miradas incómodas, claramente molestos por mi actitud brusca. El consultor que habló anteriormente continúa, su voz temblorosa denunciando su ansiedad:

— Hay un problema, señor. Nuestros viñedos en la isla de Santorini están enfrentando una crisis inminente. Una plaga amenaza con diezmar nuestros ingresos este año.

Mis manos se cierran bajo la mesa, pero mantengo una expresión impasible.

— ¿Una plaga? ¿Y solo ahora decidieron traerme esta noticia?

El consultor traga saliva.

— Estábamos investigando la situación y buscando soluciones antes de traerla a usted.

Un suspiro impaciente escapa de mis labios.

— ¿Cuántas veces debo repetir que no estoy aquí para lidiar con su incompetencia? Resuelvan esto inmediatamente. Llamen a los mejores expertos, movilicen todos los recursos necesarios, pero asegúrense de que nuestros viñedos sean salvados.

Los accionistas asienten, conscientes de que la orden es clara y que no hay espacio para excusas. Soy conocido por mi impaciencia y mi temperamento ardiente, y ellos lo saben muy bien.

Sé que tendré que verificar la situación por mí mismo. Aunque todos mis negocios tienen muchas ramificaciones y es imposible que los controle personalmente, los viñedos de Santorini son mi negocio principal y más querido. Fue mi padre quien los construyó y los convirtió en lo que son hoy, el mayor productor de vinos de toda Grecia. Con todo el tiempo que he invertido en mis propios negocios y en mi venganza contra los Drouhart, he estado delegando cada vez más en manos de otros, y ahora esto sucede.

¡Maldición, justo ahora!



Veo que el ascensor de la cobertura se abre y entro. Mis ojos buscan alrededor en busca de Elora, pero no está a la vista. Recorro el apartamento en busca de ella y siento que la frustración crece dentro de mí. Finalmente, me dejo caer en el sofá con un suspiro alto.

— ¿Dónde demonios se ha metido esa conejita? —resoplo.

De repente, la veo. Ella acaba de levantarse, estaba agachada y sostenía un paño en sus manos. Elora está de espaldas y trato de acercarme en silencio para ver qué está haciendo. Al acercarme, veo que está usando un producto y un paño para limpiar una pequeña columna en la terraza de la cobertura.

— ¿Qué estás haciendo ahí? —pregunto, intrigado.

Ella se gira, sorprendida.

— Me asustaste.

— Lo siento por eso. Pero estoy curioso, ¿qué estás haciendo?

Ella encoge los hombros, con una sonrisa asomándose en sus labios.

— Hay una mancha molesta aquí. Estaba tratando de solucionarlo, pero este trasto que encontré para limpiar no parece muy eficiente, no está ayudando mucho.

— ¿Y por qué no pediste ayuda a Drénida?

Ella encoge los hombros nuevamente.

— Drénida tiene sus propios problemas. Además, limpiar me calma.

Miro a sus ojos y percibo que hay algo más allá.

— ¿Ha pasado algo? —pregunto.

— No, nada. —dice ella al girarse nuevamente y continuar intentando limpiar el lugar.

— Deja eso, Elora. —mi mano toca suavemente la suya, y veo una ligera reacción en su cuerpo.

Al volver a mirarme, intenta evitar mi mirada. Solía mirarme, firme y sin titubeos, aunque detrás de esa confianza notara un toque de vulnerabilidad. Sin embargo, algo ha cambiado ahora. Elora parece diferente, una sombra de inseguridad se cierne sobre su postura normalmente altiva.

— ¿Por qué evitas mis ojos? ¿Qué está pasando? ¿Te sientes atrapada viviendo aquí? ¿Te arrepentiste de lo que hicimos?

— ¿Qué? ¡No! Has sido una compañía... más que buena. —su sorpresa es genuina.

— Entonces, ¿qué pasa? —mis dedos acarician su rostro, dirigiendo su mirada hacia la mía. — ¿Qué te está molestando?

Sus ojos se encuentran con los míos, aún grandes y expresivos, pero con un brillo disminuido. Me siento impotente ante su dolor. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué la ha afectado tan profundamente? Surge en mí un deseo de protegerla, de cuidarla, más fuerte que nunca. Es frustrante, casi como si estuviera retrocediendo en el tiempo, volviéndome un adolescente cerca de ella.

— Te lo contaré, Stefanos... lo más pronto que pueda. —dice en un tono melancólico.

Asiento, respetando su espacio. No soy el tipo de hombre que presiona a una mujer para que revele lo que no desea. Mientras la observo, me doy cuenta de cómo mis prejuicios hacia los Drouhart están siendo desafiados por Elora. Es más compleja de lo que había imaginado.

— Tendré que viajar a Grecia. —comento, aún cerca de ella.

— Humm... ¿cuándo?

— En unos días, necesito resolver un problema con urgencia. Me gustaría que vinieras conmigo.

— No. —su respuesta es inmediata.

— ¿Por qué no? —pregunto sorprendido.

— Yo... necesitaría un pasaporte para ir, ¿verdad?

— Sí, claro. Vamos en el jet privado, pero aún se necesita un pasaporte para entrar en otro país. Pero no creo que sea un problema, después de todo, tienes un pasaporte, si no, no podrías haber estudiado en el extranjero.

— Lo tengo. Claro que lo tengo, pero no quiero ir. Ve solo, yo... no quiero ir, por favor. —dice un poco ansiosa.

— Eres muy terca, Elora. —digo un poco contrariado.

— No. Estás olvidando que tenemos una relación solo por contrato, no necesito viajar y ser tu esposa de verdad. Lo que sucedió entre nosotros... hum... fue muy bueno, pero es mejor que paremos aquí antes de complicar más las cosas.

Ella tiene razón. ¿Cuándo se volvió más práctica y racional que yo? No quiero complicar las cosas, ni siquiera intenté continuar mi venganza. Estoy perdiendo el rumbo y siento la furia intentar apoderarse de mi cuerpo al sentirme rechazado por Elora, la hija de mi mayor enemigo. ¿Por qué? No debería sentir nada con su rechazo. Debería intentar seducirla y tener un hijo con ella, ese era el plan. Mi venganza estaba en primer lugar, pero ahora las cosas se están volviendo más complicadas, turbias.

— Como quieras, Elora. —digo entre dientes. — Iré mañana mismo.

Me alejo rápidamente, evitando perder aún más el control cerca de ella. Esto no es típico de mí, perder el control, pero Elora me hace cuestionar mi propio camino y mis objetivos.

CAPÍTULO 20

PERLA

Veo a Stefanos alejarse con furia de mí, dejando tras de sí una estela de emociones. Me odiará en cuanto se entere de lo que hice, me odiará con la misma intensidad y determinación que me atrapó entre sus brazos. Sé que lo mejor que puedo hacer es mantenerlo alejado de mí y proteger mi corazón de la avalancha de emociones que se avecina. He sido una cobarde, lo he sido durante dos días y he estado posponiendo aún más la verdad que necesito contarle. Estoy cada vez más involucrada, cada vez más rendida a su forma de ser, sus palabras, su tono de voz e incluso su aroma, que me embriaga cada vez que lo siento cerca de mí.

Sé que debo decir la verdad, pero me engaño a mí misma diciendo que aún no lo he hecho debido a que mi abuela necesitaba someterse a nuevos procedimientos y debía permanecer más tiempo en la clínica. Me aferro a esa excusa para convencerme de que se lo diré pronto, tan pronto como mejore. Pero la verdad es que no sé si lo habría hecho, incluso si mi abuela no necesitara más cuidados. Algo dentro de mí quiere aferrarse a esta farsa con todas sus fuerzas, a pesar de lo equivocado que es y de cuánto me odiará.

Pensar en su desprecio estremece mis huesos, imaginar la mirada que me dirigirá cuando le cuente la verdad me hace sentir un nudo en el pecho. No sé lo que siento por Stefanos, solo sé que es lo más fuerte que he sentido por otra persona. Agradezco este viaje, será mejor que él se mantenga alejado, que se aparte. Así podré olvidarlo, dejar que todos estos sentimientos, deseos y ansias de estar en sus brazos me abandonen. Sin verlo, estoy segura de que todo esto se desvanecerá en mí. Debe desvanecerse, tiene que desvanecerse.

“Nikopoulos nunca te miraría si supiera tu verdadera identidad”. Estas fueron las palabras que Loretta usó hoy cuando me llamó solo para amenazarme con que mantuviera la boca cerrada. Estas palabras poblaron mi mente en cuanto puse mis ojos en los de Stefanos, y sentí la angustia de saber que, aunque crueles, sé que son verdaderas. Sería solo otra empleada de su casa como cualquier otra. Necesito recordarlo, necesito empezar a ponerme en mi lugar, de lo contrario,

saldré mucho más herida de lo que ya estoy.



Algunos días después

A pesar de que me he esforzado mucho para sacar a Stefanos de mis pensamientos, sigue ocupando mi mente como dueño. Parece que la distancia ha tenido el efecto contrario, parece que me gusta aún más. No es posible que me haya enamorado, no es posible que sienta tanto por un hombre que probablemente querrá destruirme. Esto debe pasar, en algún momento debe pasar, no puede ser amor, debe ser deslumbramiento, debe ser admiración que, junto con el deseo de su cuerpo y su toque, se asemeja al amor, debe ser, solo puede ser.

Han pasado varios días desde que él se fue, y lo único en lo que puedo pensar es en él. Fantaseo con que me perdonará y devolverá mi afecto, aunque sé que eso está muy lejos de la realidad. Stefanos ha demostrado ser un hombre bueno, honesto y respetuoso, pero aún así es una bestia indomable, lista para atacar cuando se siente engañado o contrariado, y yo despertaré exactamente eso en él.

Llegará mañana y, tan pronto regrese, le contaré toda la verdad, le revelaré toda la vileza de los Drouhart. Si he cometido un delito, entonces pagaré por él; si Stefanos me odia, que así sea cuanto antes. Mi abuela pronto saldrá de la internación y volverá a casa. La instalaré y trataré de conseguir dinero para que pueda comprar sus medicamentos. Aún no sé cómo lo haré y mi estómago se revuelve al pensarlo, pero es lo correcto, trabajaré día y noche si es necesario antes de que aparezcan los policías para arrestarme. Usaré lo que siempre ha estado a mi favor: mi fuerza de voluntad y determinación para superar cualquier obstáculo. Nunca tuve dinero y siempre nos las arreglamos, y así es como seguiremos adelante.

Que Stefanos me odie de una vez, y así mi corazón dejará de desear y fantasear con cosas que nunca sucederán. Quiero volver a mi realidad, a mi vida, a mis necesidades, porque incluso en la necesidad, era más feliz, más tranquila. Que esta agonía finalmente termine y pueda respirar un poco mejor, en lugar de sentir que mi pecho está lleno de agua, ahogándome por dentro.



Escucho un suave golpe en la puerta de la habitación en la que he estado durmiendo todos estos días, pero que me niego a llamar mía.

— Puedes entrar, Drénida.

— Buenos días, señorita. ¿Cómo durmió?

— Muy bien, gracias, Drénida.

— El señor Nikopoulos pidió que la esperara con este vestido, señorita Elora. —Dice Drénida, y veo el vestido en sus manos. Miro con confusión, tratando de entender de qué se trata.

— ¿Cómo? ¿Por qué?

— La madre del señor siempre organiza una fiesta en esta época del año en su jardín de invierno. Él quiere que vaya con él y dijo que si le gustaba el vestido que le enviaron, podía ir, pero si no le gustaba, podía comprar otro y esperarlo, ya que regresará justo a tiempo para salir.

— ¿Y por qué pidió que usted me avisara en lugar de llamarme él mismo?

— No lo sé, señorita.

— Gracias, Drénida. ¿Él piensa que soy una muñeca que puede vestir y llevar de paseo cuando quiera? ¿Que estaré feliz con eso? Me levanto enfadada de la cama y me acerco al vestido que Drénida dejó en el sillón antes de irse. Abro la fina funda, que parece más cara que todas las prendas que tengo, para encontrarme con un vestido de seda con flores amarillas y verdes. No debería haberme gustado tanto. Parece que realmente lo eligió teniendo en cuenta mis gustos, porque ciertamente lo habría elegido si estuviera comprando.

Pero no debería ir a esa fiesta, debería encontrarlo aquí y contarle todo lo que necesito decirle de inmediato, sin rodeos, y no permitir que se exponga aún más presentándome ante un mayor número de personas.

No voy, no puedo ir.

Tan pronto como llegue, le diré todo y todo estará terminado.



Está guapísimo. Su traje oscuro, meticulosamente confeccionado, abraza sus anchos hombros de manera impecable, y la seda brillante de la corbata revela un nudo perfecto, indicando su atención a los detalles más pequeños. Sus pantalones, también oscuros y hechos a medida, caen con una gracia impecable, sugiriendo una postura digna y segura.

Irradia poder.

Siento que mi pecho se acelera al verlo mientras abre el ascensor. Una de sus manos está en el bolsillo de los pantalones, y una sonrisa ligeramente maliciosa adorna su rostro.

— Te he echado de menos, conejita —dice.

Stefanos da pasos medidos y lentos, y lo veo acercarse, temiendo no poder pronunciar las palabras que necesito. Él parece más acogedor y hermoso de lo que recordaba, ¿es posible? ¿Es posible que sea aún más atractivo ahora?

— ¿Por qué no estás lista? —pregunta con un tono que no puedo descifrar.

— Yo... yo no voy —digo, sonando más insegura de lo que me gustaría.

— ¿Ah, no? ¿Y puedo saber por qué no? —pregunta, ahora con un toque de ironía.

Tiene todo el poder en sus manos, todo el poder en esta situación. Me siento sola como una marioneta frente a él porque sé que, si lo pide, cederé una vez más, si dice algunas palabras más, olvidaré todo el discurso que he estado ensayando durante días para decirle.

— Sé que debería haberte llamado y te debería haber invitado a la fiesta, pero entiende que yo mismo no habría ido. Mamá insistió en que fuera y que te llevara, le caíste muy bien —dice, con calma.

— Pero llamaste a Drénida y no puedes llamarme a mí.

— No llamé, pedí a mi secretaria que organizara todo mediante un mensaje antes de abordar el vuelo. Me quedé sin señal, iba a llamarte. Lo siento.

Respiro profundamente, sintiendo que mi cuerpo comienza a ceder ante sus palabras.

— Aún así, no puedo ir.

— Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por mi madre. Ella realmente quiere verte.

Me doy la vuelta, desconectándome de su mirada, que no me permite pensar claramente. Necesito que mis pensamientos vuelvan al eje.

— Está bien —digo, volviéndome nuevamente hacia él—. Pero regresaremos rápidamente, necesito hablar contigo sin falta tan pronto volvamos.

Él me mira con curiosidad.

— Está bien, como quieras.

Me preparo rápidamente, aplicando solo un toque suave de rubor en el rostro y una capa ligera de rímel para parecer más despierta. Dado que es una fiesta de tarde y el vestido es fresco

y relajado, presumo que la ocasión será menos formal. Por lo tanto, no veo la necesidad de un maquillaje pesado, además, ni siquiera sabría cómo hacerlo.

Al salir de la habitación, encuentro a Stefanos sentado de manera informal, con una pierna cruzada sobre la otra. Cuando me ve, sus ojos se iluminan, y podría jurar que los vi encenderse al verme.

— Estás preciosa —elogia, levantándose y acercándose a mí—. Me alegra que el vestido te haya quedado bien.

— Me encantó, tu secretaria tiene muy buen gusto.

— Fui yo quien lo eligió. Lo compré en Grecia y pedí que lo entregaran, solo le pedí a Dolores, mi secretaria, que informara a Drénida al respecto, y como íbamos a la fiesta, pensé que sería una buena idea que lo estrenaras tú.

Siento que mis mejillas arden y mi corazón se calienta al darme cuenta de que pensó en mí durante el viaje, que por un breve momento dedicó sus pensamientos a mí y compró este vestido.

Vuelve a la realidad, Perla, contrólate.

— ¿Vamos? —dice, ofreciéndome su brazo para apoyarme. Un gesto tan sencillo, pero que llena mi corazón de falsas esperanzas.



Al cruzar las puertas de la residencia de los Nikopoulos, quedo inmediatamente cautivada por la escena que tengo ante mí. He estado en muchas mansiones antes; la más grande en la que he estado fue la de los Drouhart, y aunque era inmensa, no se compara con la grandeza de esta mansión.

Stefanos me guía a través de los jardines, que llenan mis ojos con una variedad de flores mientras el dulce aroma las envuelve en el aire. Los jardines cuidadosamente diseñados muestran el esmero de la familia Nikopoulos al combinar la belleza natural con la elegancia de la mansión.

— A mi madre le encantan las flores —dice al verme encantada.

— Esto es precioso —comento emocionada.

Él sonríe y asiente con la cabeza, pareciendo sorprendido por mi reacción.

— Me gusta mucho este lugar —dice.

Caminamos hasta el jardín de invierno, donde todos los demás invitados ya están presentes. Al llegar, veo que las paredes de vidrio permiten que la luz dorada de la tarde inunde el espacio, creando una atmósfera cálida y acogedora. Plantas exóticas y delicadas adornan el área, sus hojas verdes contrastan armoniosamente con los tonos ricos de los muebles y la decoración.

El suave murmullo de una fuente llena el aire, añadiendo una nota de tranquilidad a la escena. Mesas elegantemente dispuestas se distribuyen por el jardín de invierno, cada una decorada con delicadas porcelanas. Nunca imaginé estar rodeada de paisajes que solo había visto desde lejos o mientras servía a los patrones de la casa. A pesar de que estoy encantada con cada detalle, no puedo evitar que la culpa se apodere de mis sentimientos. No debería estar aquí, soy una impostora.

— Hola, querida —se acerca la señora Nikopoulos, con una sonrisa amable—. Qué bueno que viniste.

Ella toca mis manos y me mira a los ojos; su expresión es tan cálida y acogedora que hace que olvide mis tormentos.

— Ven, te serviré un té —dice mientras me guía de la mano—. Hijo, luego únete a nosotros; primero, déjame hablar un poco con tu esposa.

— Está bien, mamá... —dice Stefanos un poco contrariado al vernos alejarnos.

Nos sentamos en una de las mesas dispuestas en el lugar, y antes de que terminemos de acomodarnos, las chicas del bufé nos sirven enseguida. La porcelana en tonos rosa y dorado combina perfectamente con el té rosa de cerezas frescas. Nunca lo he probado, pero estoy ansiosa por hacerlo. Al sentir el aroma y prepararme para probarlo, noto que la señora Athina me está mirando y parece querer decir algo.

— ¿Está todo bien, señora Nikopoulos?

— Llámame Athina, por favor.

Asiento un poco desconcertada, colocando la taza en la mesa después de dar un sorbo.

— ¿Cuándo planeas decírselo, querida? —pregunta, aún mirándome con amabilidad en los ojos.

Mis ojos se abren de par en par y siento que el té quiere regresar.

— ¿Decir qué?

— Decir quién eres realmente. Decirle a Stefanos tu nombre real, decir que eres Perla Brusquet.

Siento cómo mis manos comienzan a sudar y un escalofrío recorre mi cuerpo al escucharla.

¿Cómo lo sabe? ¿Cómo?

— Tranquilízate, niña. —dice mientras acaricia mi rostro con ternura.

— P-pero ¿cómo? ¿C-cómo lo sabe, señora? —pregunto con la voz temblorosa.

— Hace muchos años, después de que mi esposo falleciera, pasé por mucho dolor y duelo. Mis hijos querían regresar a los Estados Unidos, y decidí ir con ellos. Stefanos comenzaba a trazar un plan de venganza contra los Drouhart, y yo, aún en estado de duelo, quería enfrentarlos para reclamar la fortuna que nos habían robado. Estuve en la residencia de los Drouhart y pude ver a la niña, que en ese momento era solo una niña. Elora tenía una pequeña cicatriz en los labios, resultado de una cirugía para corregir un labio leporino. Era una niña hermosa y enérgica, y realmente tiene los mismos rasgos que tú: el mismo color de pelo, de ojos... pero a diferencia de ti, no tenía esa marca cerca de la boca que parece un corazón. —dice, señalando mi marca de nacimiento, la misma que tenía mi madre.

La miro perpleja, sin poder reaccionar.

— Tan pronto te vi, supe que no eras la heredera de los Drouhart.

— ¿Y por qué no me denunció, señora Athina? —mi voz tiembla.

— Porque tu mirada, tu mirada me conquistó. En cuanto te vi, supe que eras una buena persona, y también vi cómo Stefanos te miraba. Incluso cuando no estabas mirando, Stefanos te observaba con los ojos a donde sea que fueras, y su mirada estaba llena de algo que nunca antes había visto en él. Tocaste el corazón de mi hijo desde el primer segundo, y supe que él te necesitaba a ti y no una venganza.

— Señora... señora se equivoca, él me odiará tan pronto descubra la verdad, doña Athina...

— Lo hiciste para salvar a tu abuela, cuéntaselo a él.

Ella dice, y me sorprende.

— ¿Cómo lo sabe, señora?

— Tan pronto salí de la boda, contraté a un investigador. No le resultó difícil descubrir tu nombre, dónde vivías y que tu abuela acababa de ser ingresada en un hospital que Loretta estaba costearo. Ni siquiera se molestó en ocultar sus huellas, ella no imaginaba que recordaba a su hija, aunque solo la vi brevemente; nunca olvido un rostro, nunca.

— Planeé contárselo hoy a Stefanos, tan pronto volvamos a casa.

— Hazlo, querida. —dice mientras toca mi mano.

— ¿Puedo robar a mi esposa de nuevo? —escucho la voz profunda de Stefanos detrás de mí.

— Claro, querido. Llévala a conocer a algunos parientes.

Asiento y me coloco frente a él, ofreciéndome nuevamente su brazo para apoyarme.

— ¿Vamos? —pregunta.

Solo tengo fuerzas para asentir.

— Escucha, Elora. —comienza Stefanos, y su tono parece más amigable de lo habitual.

— Sí, dime. —respondo, curiosa.

— Estos días que hemos estado separados me han hecho reflexionar sobre nosotros. — comienza, su voz ahora llena de un tono más sombrío y decidido.

Stefanos se detiene y se coloca frente a mí, tocando mi mano y mirándome fijamente.

— Sabes que nuestro matrimonio se basó en circunstancias complicadas, una venganza planeada. Pero quiero que entiendas que nunca quise lastimarte, ni siquiera antes de conocernos. Pero lo cierto es que, después de conocerte, a pesar de todos mis esfuerzos en contra, no puedo negar que algo en ti me atrajo. Tu forma de ser, tu bondad, tus hermosos ojos. —dice, acariciando mi rostro. — Y ahora, después de este tiempo separados, todo parece haberse intensificado. Por lo tanto, propongo que dejemos de lado los juegos del contrato y la venganza, y simplemente exploremos a dónde nos puede llevar esto. Nunca había sentido algo así antes, y me gustaría descubrir hasta dónde podemos llegar. A pesar de que me gusta tener el control de las cosas y quiero negar lo que comienzo a sentir por ti, soy lo suficientemente hombre como para decir que tal vez, solo tal vez, podría perder algo valioso si lo ignoro.

— Stefanos... —empiezo a decir, pero me interrumpe tocando sus dedos en mis labios, silenciándome de manera provocadora.

— No necesitas responder ahora, Elora. Tómate tu tiempo para pensar. —ordena con una confianza envolvente, como si estuviera seguro de que, eventualmente, cederé a su voluntad.

Mi corazón se aprieta en mi pecho y asiento solo, sin creer lo que acabo de escuchar.

Caminamos entre los pocos y distinguidos invitados de la pequeña reunión. Stefanos, de alguna manera, parece más relajado de lo que suele estar, y eso me intriga. Me presenta como su esposa como si realmente se enorgulleciera de ello, como si estuviera tratando de asumir el papel

de mi esposo, y eso me confunde aún más. Y más que confundirme, me ilusiona, y no quiero ilusionarme. Cuando nos gusta alguien, vemos señales en cosas que no existen, y temo estar haciendo lo mismo ahora. Tan pronto como descubra la verdad, cada palabra que me acaba de decir se volverá amarga en su boca y me odiará.

Nos detenemos detrás de un hombre alto cerca de la mesa de dulces. Stefanos golpea ligeramente su hombro antes de decir:

— ¡Primo! ¿Cuánto tiempo? ¿Sigues salvando vidas?

El hombre se da vuelta sonriendo, y antes de que pueda responder, me mira y siento que se me hiela todo el cuerpo.

— ¿Señorita Brusquet? ¿Qué hace aquí? —me pregunta sorprendido.

— ¿Señorita Brusquet? ¿De qué está hablando, Andreas? Esta es Elora Drouhart.

— ¿Qué broma es esta, primo? —el hombre pregunta con una sonrisa, pero sus ojos permanecen fijos en mí. — Esta es la señorita Perla Brusquet, cuido a su abuela en mi hospital.

Stefanos me mira, y su rostro que antes estaba lleno de una sonrisa, se vuelve rápidamente serio e impenetrable. Veo su transformación de “esposo cariñoso” a “depredador calculador”. Como por arte de magia, toda su aura se oscurece y siento un escalofrío recorriendo mi espalda. Parece estar razonando y conectando cada una de las situaciones que hemos vivido, empezando a unirlos.

Antes de que abra la boca para pronunciar las palabras duras que tanto temía, un vértigo me ataca. Mi visión se nubla, un mareo abrumador me domina y todo desaparece ante mí. La oscuridad se apodera de todo y siento que pierdo el control. Ya no veo nada más.

CAPÍTULO 21

PERLA

Permito que mis ojos se abran y se acostumbren lentamente a la luz que entra. Poco a poco, empiezo a darme cuenta de lo que ha ocurrido y noto que estoy tumbada en una cama de hospital. No en cualquier hospital, sino en el NYU Langone Health.

Ajusto ligeramente mi postura y comienzo a escuchar voces alteradas fuera de la habitación en la que me encuentro. Tardo unos segundos en darme cuenta de que es Stefanos.

— ¡Este examen está mal! ¡Háganlo de nuevo, Andreas!

— Tranquilízate, Stefanos. Solicité máxima prioridad, tal como me pediste, y aunque se hizo con prioridad, el laboratorio es de confianza y las posibilidades de que esté mal son muy bajas.

— No puede estar embarazada, Andreas. Esa maldita estafadora no puede estar embarazada de mí.

Embarazada.

Las palabras me golpean con más intensidad que un puñetazo.

— Tranquilízate, Stefanos. Pediré que repitan los exámenes. Pero ahora habla con Perla, parece que ha recuperado el conocimiento. —dice, mirándome.

Stefanos no me mira, su expresión es dura e inflexible. Observa el suelo durante más tiempo del que debería antes de decir:

— No tengo nada que decirle.

Se marcha, dejándome con las palabras llenas de odio.



— Según parece, el desmayo se debió al reciente embarazo, Perla. No se observaron

otros cambios; estás perfectamente sana. —informa el Dr. Thalassinos.

Solo puedo escucharlo con una expresión apática.

Tantas cosas están sucediendo a mi alrededor que es difícil asimilar cualquier información. Stefanos ya está al tanto de todo, y me ve como una estafadora, sin siquiera darme tiempo para explicar la situación. Además, estoy embarazada. Antes, habría aceptado resignadamente enfrentar la prisión. Después de todo, aunque duela mucho, cometí ese delito, realmente fingí ser otra persona. Pero con un hijo. ¿Cómo? ¿Cómo podré lidiar con el embarazo y, luego, cómo cuidaré al niño? A este pobre inocente que no tiene culpa alguna. Me prometí a mí misma que no tendría hijos tan joven como mi madre me tuvo. Porque preferiría darle una buena vida a mi abuela antes. Y, por capricho del destino, ahora estoy embarazada exactamente a la misma edad en la que mi madre estaba cuando quedó embarazada de mí.

Quisiera decir que soy lo suficientemente fuerte, pero la verdad es que todo en mí ahora es miedo.



Termino de vestirme cuando escucho un ligero golpe en la puerta de la habitación en la que estoy. Antes de girarme, mi corazón bobo piensa en Stefanos, que ha vuelto, que me escuchará, que creerá que no hice nada de lo que hice para hacerle daño. Pero al darme la vuelta, me encuentro con mi abuela, que me mira con ternura.

— ¿Abuela? ¿Qué haces fuera de tu habitación? —pregunto, sorprendida.

— El Doctor Guapo me avisó de que estabas aquí porque te sentías mal.

— ¿Qué más te dijo?

— Nada, solo eso y que probablemente necesitarías a alguien.

Agradezco mentalmente que el Dr. Thalassinos no le haya contado la verdad.

— Fue solo un malestar, abuela, ya estoy bien.

Mi abuela se acerca lentamente, se sienta en la cama con cierta dificultad. Todavía está débil y su respiración no parece muy buena, aunque su crisis ha pasado, está claro que todavía necesita muchos cuidados.

— No me mientas más, hija mía. Cuéntame qué está pasando, siempre hemos resuelto todo juntas. Sé que estás en plena forma y que no desmayarías así por cualquier cosa. Además,

durante semanas has estado actuando de manera diferente, más preocupada y menos vivaz que nunca.

— Abuela...

— Pensé en respetarte, en dejarte que me lo contaras cuando quisieras, pero las cosas parecen estar fuera de control, y necesito saber, o pensaré lo peor.

Y es lo peor.

— E-estoy embarazada, abuela. —digo, permitiendo que las lágrimas, que ni siquiera había notado que estaban en mi rostro, caigan de mí.

Ella me mira, su expresión no muestra ningún sentimiento.

— Perdóname, yo... yo

— Está bien, querida. Un niño nunca debe ser motivo de tristeza ni de disculpas. Encontraremos una solución, ¿de acuerdo? Pero no es eso lo que realmente está sucediendo, ¿verdad? Hay más cosas que no me estás contando.

Al mirar a mi abuela, veo que tal vez sea peor ocultarlo que decir la verdad, así que decido contarle todo. Sobre el contrato, la traición de Loretta, la inminente prisión, sobre Stefanos... sobre todo.

Después de unos minutos de hablar y ver a mi abuela escucharme atentamente, finalmente habla:

— ¿Y estás enamorada de este hombre?

— De todo lo que he hablado, ¿eso es lo que quieres preguntarme?

— Hija mía, la señora Loretta no te denunciará, si lo hace, el plan con Nikopoulos se irá al traste, y eso no es lo que ella quiere.

— Pero ahora él ya sabe todo.

— Sí, por eso hice la pregunta, ¿estás enamorada de él?

Después de unos segundos, asiento con la cabeza sintiendo que las lágrimas vuelven a llenar mis ojos.

— Eres la mujer más fuerte y amable que conozco, Perla. Siempre has tenido un buen olfato para los canallas, y si te has enamorado de este hombre, es un buen hombre. Dale tiempo, tiempo para procesar lo que necesita y, sabiendo que esperas un hijo suyo, al menos lo considerará.

— Abuela, estás siendo muy esperanzadora. Él es vengativo, querrá vengarse de mí.

— Tranquilízate, querida. —dice al tocarme la cara. — Todo se resolverá, debemos creer que un Dios nos observa desde arriba y que nuestra fuerza viene de Él. A pesar de toda esta confusión, estás gestando una vida aquí dentro. —dice al acariciar mi vientre con una sonrisa. — Una vida nunca es una desgracia, y esta confusión también me ha permitido recuperarme y tener la alegría de tener la esperanza de ver a mi bisnieto.

Miro a mi abuela y me sorprende su fortaleza. A pesar de encontrarse en medio de tantas dificultades, a pesar de ser firme la mayor parte del tiempo, aún logra reconfortarme y ser cariñosa, llenándome de paz con tan solo algunas palabras.

Sé que no estoy sola, sé que la tengo a mi lado y juntas, afrontaremos todo, como siempre lo hemos hecho.

CAPÍTULO 22

PERLA

Una semana ha pasado desde que todo ocurrió. Un viejo amigo de mi abuela, taxista, le devolvió un favor y nos trajo de vuelta a Ithaca después de que ella recibiera el alta del hospital, ya que no teníamos nuestra antigua camioneta en Manhattan. Loretta aún no sospecha nada, ni siquiera me ha llamado en los últimos días. Así que supongo que Stefanos todavía no ha revelado que conoce la verdad.

Estamos empacando nuestras cosas porque, aunque sea incorrecto, hemos decidido huir. Incluso si estaba dispuesta a enfrentar la cárcel, las cosas cambiaron después de descubrir que estoy embarazada. Ahora, debo pensar en el bienestar de mi bebé.

El golpeteo en la puerta resuena en mis oídos, y miro a mi abuela, temiendo que sea la policía.

— Quédate aquí, en la habitación, abuela. — le pido mientras me dirijo hacia la puerta.

Al mirar a través del ojo mágico, la figura que veo casi me hace perder el equilibrio de las piernas. Es Stefanos. Abro la puerta lentamente, tratando de reunir fuerzas para enfrentarlo después de todo, y finalmente me encuentro frente a él.

— Hola, Perla. — su saludo es frío, sin rastro de emoción.

— ¿Qué haces aquí? — pregunto, tratando de mantener la calma.

— Tienes algo que me pertenece. — su voz es tranquila, pero su presencia lleva una amenaza implícita.

Siento que mi expresión se vuelve seria, y una ola de enojo recorre mi cuerpo.

— Puedo ser muchas cosas, pero nunca una ladrona. No tomé nada de tu casa. — mi respuesta está llena de furia, mi voz resonando con determinación.

Stefanos sonrío de manera calculadora, como si estuviera jugando un juego cuyas reglas solo él conoce.

— Estoy hablando del hijo que llevas en tu vientre. — sus palabras cortan el aire,

cargadas de un significado que hace que mi corazón lata con fuerza.

Mis pensamientos se agitan mientras intento entender lo que significa, y el miedo se apodera de mí. Él tiene la ventaja, el poder, y ahora parece que también quiere controlar la vida que crece dentro de mí.

No. Él quiere a mi hijo, va a quitarme a mi hijo para vengarse.

— Él será solo mío, por favor, no intentes quedarte con él. Sé que no debería haber entrado en el juego de Loretta, y mucho menos confiado en ella. Sé que no debería haberte engañado, pero te lo ruego, no uses tu dinero para querer quedarte con mi hijo, por favor. — mis palabras salen casi como un susurro desesperado. Mi postura se derrumba y me permito parecer débil ante él por primera vez.

Observo a Stefanos y, por un momento, veo una grieta en su fachada de control implacable. Sus ojos parecen penetrar en los míos, como si estuviera evaluando mis palabras y la sinceridad detrás de ellas. Veo una sombra de incertidumbre cruzar por sus ojos. Su sonrisa calculadora desaparece lentamente, y parece vacilar antes de hablar.

— ¿Cómo confiaste en Loretta? — pregunta, su voz llena de escepticismo y curiosidad.

— Mi abuela estaba enferma, muy enferma, yo tenía... yo tenía — comienzo a hablar, pero las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos, dificultando mi razonamiento. — Yo tenía algo de dinero ahorrado, pero un hombre nos robó... y mi abuela necesitaba tratamiento médico urgente, así que me vi sin otra opción que aceptar la oferta de Loretta. No estoy orgullosa de ello, fue la peor decisión que he tomado en mi vida, pero lo haría de nuevo, solo por eso mi abuela está viva. — Digo las palabras con determinación, decidida a dejar claro que hice lo que pude para proteger a mi familia.

— Entonces, eso fue... — él dice, tocando suavemente mi rostro como si tratara de comprender más profundamente mis palabras. — El investigador no sabía explicar qué podría haberte motivado a aceptar la oferta de Loretta... probablemente ella estaba detrás del hombre que te robó, manipulando la situación a su favor.

— ¿Ya lo sabías todo?

— Sí.

— Entonces, ¿por qué me hiciste contarlo? — mi pregunta suena casi como un desafío.

— Quería saber cuán mentirosa eres.

— No soy mentirosa. — replico con firmeza.

Stefanos se acerca lentamente, sus ojos de depredador me miran, y su aliento se mezcla

con el mío al quedar a centímetros de mi rostro antes de decir:

— Sí lo eres, una de las mejores que he visto. Me engañaste perfectamente. — murmura, con sus labios casi rozando los míos, como si quisiera provocarme.

La mirada de Stefanos tiene un nuevo brillo, oscuro e intenso. Siento el peso del resentimiento reflejado en ellos mientras me mira, y esa mirada de odio me golpea como un cuchillo afilado. No quería ser la causa de ese odio, no quería ver esa oscuridad en sus ojos, pero sé que yo misma soy culpable de ello.

— Empaquen sus cosas, se mudarán a la mansión de los Nikopoulos. — su voz es firme, una orden sin espacio para la discusión. Se da la vuelta y comienza a alejarse hacia la salida.

— ¿Qué? ¡No! — mi voz suena llena de resistencia, casi como un protesto instintivo.

Stefanos gira bruscamente, sus ojos clavados en mí con un brillo desafiante. Una sonrisa salvaje comienza a formarse en sus labios, una expresión que refleja su control y determinación.

— No recuerdo haberte dado una opción. Empaquen sus cosas. Voy a esperarte en el coche. — sus palabras están cargadas de autoridad.

Mis piernas no quieren moverse. Intento pensar en alternativas, intento idear un plan de escape, pero la ira, la frustración, el miedo y la sensación de impotencia se mezclan mientras lo miro. No tengo más remedio que ceder a su voluntad, pero siento que me están arrastrando hacia un destino que me lastimará.

CAPÍTULO 23

STEFANOS

Una semana antes

Siento el sabor amargo invadir mis sentidos. He perdido la cuenta de los vasos de whisky que he bebido, y hasta ahora no he conseguido alcanzar mi objetivo: la inconsciencia. Nunca he sido partidario de emborracharme para huir de mis angustias. Siempre he considerado a los hombres que recurren a estos métodos como débiles y patéticos. Pero el dolor y la ira que siento en este momento me han obligado a recurrir a ellos. Quiero tomar la mayor cantidad de vasos posible, beber hasta que elimine de mi sistema, de mi torrente sanguíneo, a la maldita Perla Brusquet, para que sea olvidada de una vez por todas, para dejar de pensar en ella.

— No le sirvas más. — la voz de Lysandros se oye a través de la neblina de mi mente, una orden firme que corta el aire del bar.

— Vamos, te llevaré a casa, Stefanos.

— ¡No voy a ningún sitio! — protesto, soltándome del abrazo que él comienza a hacer en mi brazo.

— Has bebido más de lo que todo este bar bebe en una noche. ¡Basta! Te estás acercando a un coma alcohólico. — Lysandros habla con genuina preocupación.

— Todavía no es suficiente. — grito, furioso.

— Sí lo es. Necesitas dormir y volver a la normalidad. Vamos, hermano, una mujer no puede derrotarte.

— Ella es una maldita, Lysandros, una maldita. — grito, liberando toda mi ira y amargura.

Finalmente, la oscuridad comienza a infiltrarse en los bordes de mi campo de visión. Mi deseo de anestesia se está cumpliendo. Perla Brusquet comienza a desvanecerse de mi mente, los recuerdos se vuelven borrosos a medida que el mundo se sume en la oscuridad. Todo desaparece, no hay pensamientos, no hay emociones. Solo una oscuridad profunda y acogedora, un escape

temporal de la rabia que me consume. Por un momento, estoy libre de ella.



— Escucha lo que la chica tiene que decir, Stefanos. Te lo ruego. — la voz firme de mi madre resuena en mis oídos, llena de súplica y preocupación.

— Ya sé lo que va a decir, que necesitaba dinero, que Loretta la involucró y otras tonterías por el estilo. Pero nada de eso me conmueve, mamá, nada de eso hace que lo que hizo sea aceptable. — respondo con un tono cargado de amargura, mi ira aún arde como brasas vivas.

— Nunca te han privado de nada, Stefanos, nunca has estado tentado en situaciones en las que el dinero fuera la única salida, la vida o la muerte de un ser querido, así que no creas que todo es blanco o negro.

— Si ese fuera realmente el problema, ¿por qué no me lo contó? ¿Por qué fingió durante semanas, por qué trató de seducirme con una falsa dulzura e inocencia? ¿Eh? Si me hubiera dicho la verdad desde el principio, habría pagado todos los gastos de su abuela, la habría ayudado.

— Ella no te conocía, probablemente tenía miedo, pero de todos modos necesitas preguntarle a ella, no a mí. Habla con la chica, intenta entablar una conversación en la que puedan entender lo que sucedió.

— No quiero hablar con ella. Solo quiero asegurarme de que el hijo que espera sea realmente mío, y si es así, me encargaré de él.

— No puedes robarle a un hijo a su madre, Stefanos.

— A una madre estafadora como ella, sí puedo. Y lo haré.

La mirada de mi madre se llena de decepción. Pero sé que todavía está atrapada en una empatía dudosa. Perla tuvo todas las oportunidades para contarme la verdad y no lo hizo, prefirió engañarme, hacerme parecer un idiota. Y pensar que yo... yo estaba empezando a... siento que la ira comienza a apoderarse de mis venas, y mi sangre comienza a hervir al pensar en los sentimientos que brotaban en mí.

— La traeré a vivir conmigo aquí en la mansión.

— ¿Qué? ¿Por qué? — pregunta, confundida por mi decisión.

— Porque necesito asegurarme de que no huya, y si está realmente embarazada de un hijo

mío, me aseguraré de que tenga un embarazo atendido por los mejores médicos del país, y que coma y beba lo mejor para que ese niño nazca sano.

A pesar de que la furia y el odio quieren apoderarse de mí, todavía sé que soy responsable de la vida que ella está comenzando a llevar. Mintió en muchas cosas, en todas ellas imagino, pero en una estoy seguro de que no: Perla realmente era virgen y se entregó a mí esa noche.

Sé que el hijo que lleva en su vientre solo puede ser mío, y nunca permitiría que un hijo sea abandonado. Será un Nikopoulos, a pesar de la situación, sigue siendo mi hijo, y no permitiré que pase por ninguna dificultad. Lo protegeré, haré lo que sea necesario para asegurarme de que reciba el mejor cuidado posible, que su llegada al mundo sea segura y saludable. A pesar de que su concepción esté enredada en una compleja red de engaños y traiciones, ese niño no tiene culpa de nada. Será un Nikopoulos, un legítimo heredero de mi linaje.

Aunque esto me obligue a convivir un poco más con la mujer que se atrevió a engañarme. Lo que requerirá una cantidad absurda de autocontrol, no sé cuánto puedo contener mis instintos para desatar toda mi furia sobre ella.

CAPÍTULO 24

STEFANOS

No puedo decir que me guste esta situación. Hace unas horas busqué a Perla y la dejé con su abuela en la mansión. Estar en el mismo lugar que ella me vuelve loco, pero no puedo abandonar a mi hijo sin cuidados.

Al llegar a la mansión, Perla me mira con furia; sus mejillas están rojas, al igual que el resto de su rostro. Su expresión muestra disgusto completo, y mi deseo es hacerla sufrir aún más, convertir esa ira que siente por verse obligada a vivir aquí en desesperación, miedo y aflicción.

Quiero que experimente cosas terribles, igual que lo estoy sintiendo en este momento. Quiero que sufra de la misma manera odiosa en la que yo estoy sufriendo. Porque ella me engañó de la peor manera posible, me engañó y me hizo... me hizo... ¡La odio! Eso es todo lo que debe haber en mi interior, es lo único que permitiré.

— No puedes obligarme a vivir aquí. — Ella vocifera.

— Puedo y lo haré. — Respondo de forma brusca.

— No soy un juguete, no estoy aquí para satisfacer tus deseos.

— ¡Lo estás! — Grito, agarrándola del brazo. — ¿No querías ser mi esposa? Ahora lo serás, maldita impostora.

Perla me mira, sus ojos se llenan de lágrimas, y puedo ver la tristeza en ellos. ¿Por qué está triste? Es la mejor actriz que jamás haya visto, sabe cómo disimular sus sentimientos muy bien. ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo?

— Suelta, por favor... me estás lastimando.

La escucho y de inmediato libero su brazo sin darme cuenta de la fuerza que ejercí en mis manos.

— Perdona, no quise...

— Cállate. — Grita ella. — Eres un hombre horrible, no puedo creer que alguna vez pensé que eras un buen hombre...

Perla corre hacia el inmenso jardín de la mansión. Su abuela, que acaba de salir del coche

y no ha visto la discusión, se acerca lentamente.

— ¿Qué sientes, hijo mío...? — Ella dice y me mira. — Es diferente de cualquier rencor que hayas sentido antes, espero que te des cuenta a tiempo de la razón detrás de ello.

Luego se dirige hacia su nieta que ya se ha alejado.

Paso la mano por mi cabello sintiendo que la furia se apodera de cada célula de mi cuerpo. No me importa la razón detrás de mi rencor, solo sé que la haré sufrir, la haré pagar por creer que podía manipularme, por creer que podía engañarme.



— ¿Te gusta ella, Stefanos? — Demétrios está frente a mí, preguntando lo más absurdo que podría preguntar.

— La odio.

— El amor y el odio van de la mano. — Responde mientras se sirve un Bourbon y se sienta frente a mí.

Observo el despacho de mi hermano y veo lo exitoso y respetado que es, con varios premios y diplomas por toda la habitación, junto con fotos de importantes personalidades y autoridades que lo confirman. Demétrios, a diferencia de mí, eligió un camino muy diferente. Es un juez en el estado de Nueva York y acaba de asumir su cargo, siendo uno de los jueces más jóvenes del estado. Tiene la sangre de los Nikopoulos, lo que lo hace excelente en todo lo que hace. Siempre mostró inclinaciones hacia el derecho desde muy joven, y lo recuerdo defendiendo un tema de manera práctica y racional mientras que el resto de los hermanos estaban a punto de pelear.

Sacudo la cabeza y tomo un sorbo largo, casi acabando con todo el contenido de mi copa.

— Puedes estar seguro de que solo hay odio en mí, dirigido a la maldita Perla Brusquet.
— Finalmente respondo.

— Nunca te he visto así por una mujer, Stefanos.

— Porque ninguna ha sido lo suficientemente astuta como para engañarme de esta manera.

Demétrios está a punto de responder cuando escucho mi teléfono sonar y le hago un gesto para que espere un momento. Es Lysandros.

— Tengo noticias sobre lo que me pediste. — Dice.

— ¿Qué descubriste? — Pregunto impacientemente.

— No mucho más que tu investigador. La chica realmente parece ser honesta y pobre, a juzgar por lo que hizo contigo. Nunca pareció haber hecho algo malo. Más bien, hacía todo lo posible para ayudar a su abuela a cuidar de la casa y pagar las deudas de su difunto padre.

— ¡Investiga más! Estoy seguro de que estamos pasando algo por alto. Habla con tus contactos, sé que tienes los medios... úsalos.

— Está bien, hermano, seguiré investigando, pero sigo pensando que la chica solo fue una de las víctimas de los Drouhart.

— Cállate, ella fue tan culpable como ellos y pagará, al igual que ellos pagarán. Solo obtén más información sobre ella, sé que hay más por descubrir.

— De acuerdo, Stefanos, lo haré. — Lysandros dice antes de colgar el teléfono.

— Estás loco. — Comenta Demétrios después de que cuelgo y me mira.

— Nunca dije que no lo fuera.



Entro en la mansión con un nudo en la garganta y una rabia ardiente que parece dispuesta a consumirme por dentro. La rabia no me abandona ni por un segundo, y en todos esos momentos, Perla está en mi mente, dominando mis pensamientos y avivando aún más la furia en mí.

Cada paso que doy por los pasillos de la mansión parece intensificar la presencia de Perla. Sé que está aquí, y la posibilidad de encontrarla provoca un sentimiento ambiguo en mí. Quiero verla para confrontarla una vez más, pero tampoco quiero ver su rostro y recordar las muchas veces que deseé besarla.

¡Maldición! ¡Estoy fuera de control!

Doy algunos pasos más y la veo. Está parada en medio del pasillo, su expresión sigue llena de disgusto y enojo, pero sus ojos, esos ojos que solía encontrar tan cautivadores, ahora están llenos de determinación y resistencia. No baja la cabeza, no se acobarda ante mí.

— Si me odias tanto, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué me estás obligando a vivir en tu presencia? — Ella vocifera una vez más, su voz firme pero con temblores de emoción aún

visibles.

— Justamente porque te odio, Perla. — Mi respuesta es áspera, mi tono de voz es rudo y autoritario. Ella no tiene idea de lo que está a punto de enfrentar.

Ella no se amilana. Perla nunca fue del tipo que se asustaba fácilmente y, aunque debe percibir el odio que emana a través de mi piel, sigue manteniéndose firme y orgullosa.

— Aprenderás que nunca debiste engañarme.

— ¿Te gusta hacerme sufrir, verdad? ¿Eso te complace?

Dejo escapar una risa cínica y me acerco a Perla, quien no me mira a los ojos. La toco suavemente por la cintura y la acerco a mí, obligándola a mirarme antes de responder:

— No me importa lo que sientas. Te mereces esto por engañarme.

Ella me mira directamente a los ojos, y puedo ver cómo brillan de ira, pero también de algo más, algo que no puedo descifrar por completo.

— ¿Engañar? ¿Crees que te engañé? Stefanos, no sabes nada de mí. ¡Nada! ¡Nada!

Su respuesta solo aumenta mi furia. ¿Cómo se atreve a negar lo que hizo?

— Sé lo suficiente, sé que aceptaste dinero y que incluso intentaste quedarte embarazada para tener un heredero de un multimillonario. Debo decir, Perla, que eres realmente genial. Conseguiste absolutamente todo lo que querías.

— Yo... yo no conseguí nada, he vivido atormentada desde el día en que te conocí. Por favor, déjame, deja de jugar conmigo, yo...

Ella no puede terminar la frase y siento que su voz se quiebra. Perla se suelta de mis brazos y me empuja bruscamente antes de alejarse, por segunda vez, corriendo de mí.

Siento que mi pecho se aprieta. Y me odio a mí mismo por sentir lo que siento, odio que ella todavía me afecte tan intensamente, odio querer besar sus labios, tocar su piel, oler su fragancia... odio quererla tanto, odio amar a la maldita impostora que me engañó, pero al verla huir de mí con los ojos llenos de lágrimas, me siento impotente y completamente perdido. Perdido por este amor que quema en mis entrañas, por este amor que deseaba que desapareciera, pero que cada día parece crecer como una maleza.

Estoy completamente enamorado de la maldita Perla Brusquet, la única mujer que ha logrado que sienta tanto amor y tanto odio al mismo tiempo.

CAPÍTULO 25

PERLA

A pesar de que me encontraba sin opciones y necesitaba seguir lo que Stefanos me impuso, hice hincapié en establecer una condición: mi abuela vendría conmigo. Ella es todo lo que tengo, y no podía dejarla sola, especialmente en su frágil estado de salud. Sorprendentemente, Stefanos no pareció preocuparse por esta condición.

Sin embargo, en cuanto llegamos a la inmensa mansión de los Nikopoulos, algo me pareció extraño. ¿Por qué vinimos aquí en lugar de ir a su apartamento? Algo me dice que él eligió este lugar deliberadamente, quizás para evitar el contacto directo conmigo. Los pasillos amplios y las habitaciones espaciosas de esta casa me hacen sentir pequeña y fuera de lugar. Han pasado dos días desde mi llegada, y he visto a Stefanos pocas veces, y en todas parecía querer matarme con su mirada y sus palabras rudas. Se ha alejado mucho del hombre que conocí; ahora parece un hombre nuevo, herido y enojado.

Solo el recuerdo de su mirada llena de odio y rencor hacia mí hace que mi corazón, que ya está destrozado, se rompa un poco más en mi pecho.

Finalmente, una voz familiar interrumpe mis pensamientos. Es la señora Athina, la madre de Stefanos, con su voz tierna y suave.

— Stefanos tuvo que viajar a Grecia temprano esta mañana, querida. Los viñedos allí están enfrentando problemas, y tuvo que resolver la situación de manera urgente. Sus palabras están cargadas de una amabilidad que no esperaba.

— ¿Qué estoy haciendo aquí, señora? Su hijo me odia. ¿Cuál es el propósito de traerme a esta mansión? — Pregunto, expresando mi confusión.

— Él te quiere. Stefanos simplemente no lo admite, pero es la verdad. Podría asegurar el bienestar del bebé desde lejos; no necesitaba traerte aquí. Él quiere tenerte cerca, verte, incluso si es a través de discusiones e insultos.

— Eso no tiene sentido.

— Él es un hombre impulsivo, Perla. Está herido, dolido... pero todavía está enamorado de ti. Es una mezcla de sentimientos que nunca ha experimentado antes, y eso lo confunde y atormenta.

— Pero no soy un juguete que él pueda colocar donde quiera.

— Sé que no lo eres, y no estoy de acuerdo con lo que está haciendo, pero lo que tú hiciste tampoco fue correcto, debes admitirlo, y él tomará tiempo para procesar todo.

No sé cómo salir de esta espiral de culpa e impotencia. Sé que lo que hice estuvo mal, pero estoy cansada de todo esto.



A pesar de que la señora Athina ha puesto a los empleados a nuestra disposición y es muy agradable, mi abuela y yo no salimos mucho de la habitación en la que estamos. Toda la situación es extraña, y me siento fuera de lugar aquí. La noche ya ha caído, y escucho el silencio tanto dentro como fuera de la mansión. Mi abuela duerme profundamente, y como el sueño insiste en no regresar a mí, decido bajar a tomar un vaso de agua.

Bajo silenciosamente en pasos suaves. Al entrar en la cocina, lo veo, en toda su gloria. Stefanos está apoyado en la encimera mientras bebe una copa de vino. La luz de la luna que entra por las ventanas ilumina sus rasgos de manera suave. Al darse cuenta de mi presencia, sus ojos se encuentran con los míos, y no hay rastro de sorpresa en su rostro.

Es la primera vez que estamos solos de nuevo, la primera vez que no siento que me fulminará con la mirada. Stefanos continúa tomando de su copa tranquilamente y no parece que vaya a decir una palabra.

— Solo vine a tomar un vaso de agua. — Explico.

Stefanos inclina ligeramente la cabeza, pero su expresión permanece inalterada.

— ¿Qué esperas? Toma, entonces.

Mi respiración se acelera un poco, y mi corazón late como un tambor. Lo observo mientras me acerco al armario y tomo un vaso, tratando de disimular el nerviosismo que siento.

— ¿Hasta cuándo nos quedaremos aquí? — Pregunto, rompiendo el silencio.

Él encoge los hombros y toma otro sorbo de su copa.

— Hasta que tengas al bebé.

— ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué eres tan cruel al hacerme quedarme aquí en contra de mi voluntad?

Sus ojos se entrecierran ligeramente, como si mi pregunta hubiera tocado un punto sensible.

— ¿De verdad quieres hablar de crueldad, Perla?

Mi determinación aumenta, y doy un paso adelante.

— ¿Cuánto tiempo más seré castigada?

Stefanos suspira, sus labios volviendo a tocar la copa de vino.

— El tiempo que yo quiera.

Mi pecho sube y baja con cada respiración intensa. No puedo permitir que él me controle de esta manera.

— Escucha bien, Stefanos — digo, con un tono firme, casi desafiante. — Si crees que voy a permitir que tengas a mi hijo, estás muy equivocado.

Una sonrisa burlona se insinúa en sus labios.

— Este hijo, al igual que tú, me pertenecen. ¿No fue esa la elección que hiciste al engañarme? Ser mía.

Mis manos se cierran en puños, mi cuerpo vibrando con una mezcla de enojo y coraje.

— ¿Qué? ¡No fingí! Tú... eres un...

— ¿Qué pasa, Perla? — interrumpe él, su voz fría y provocadora. Sus ojos me desafían como si me estuviera poniendo a prueba para ver cómo reacciono.

— Eres un desgraciado, Stefanos. ¡Un auténtico desgraciado! — mis palabras escapan en un rugido de ira incontinida.

La tensión entre nosotros es como un cable estirado al máximo, a punto de romperse en cualquier momento. Sus ojos no titubean, pero percibo algo en ellos, algo que no logro descifrar por completo.

— Me han llamado muchas cosas, y de todas ellas he sido culpable. Pero te traté con respeto, Perla, y siempre me esforcé para que te sintieras bien.

Coloca la copa en el fregadero y da unos pasos hacia mí. La cercanía súbita me hace tragar saliva, pero no retrocedo. Si espera que me someta ante él, está muy equivocado.

— ¿Y todo lo que hiciste fue engañarme... porque Perla, por qué hiciste esto conmigo?

— Toca mi rostro, sosteniéndolo con cierta presión.

Desvió la mirada para no enfrentar sus ojos. No puedo soportar ver esa expresión tan dolorosa en ellos.

— Yo... — mi voz sale como un susurro. — Me enamoré de ti, no quería dejarte. — digo, sin entender cómo puedo ser tan sincera.

Su reacción es inmediata. Suelta mi rostro como si mis palabras fueran un puñetazo, girándose bruscamente lejos de mí. Su enfado es casi palpable.

— ¡Mentira! — vocifera, su voz resuena como un trueno en la cocina.

Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos, pero mantengo mi postura, negándome a parecer débil ante él.

— Puedes creerlo o no, Stefanos, pero esa es la verdad.

— Sé sincera al menos ahora. Deja de fingir, admite que solo querías aprovecharte de la situación y quedarte embarazada de mí. Admite eso y te dejaré ir. Solo admítelo.

— No puedo mentir, Stefanos, y eso es lo que quieres que haga ahora. Nunca me entregaría a un hombre en el que no sintiera nada.

Se acerca rápidamente y aprieta nuestros cuerpos en un movimiento brusco y animal. Siento su mano en mi cintura, presionándome contra él de manera posesiva. Su mirada furiosa se clava en mis labios, y su rostro se retuerce en una expresión de intensa ira, pero también de algo más, algo que no puedo identificar por completo.

— ¿Vas a seguir con esta farsa, Perla? — murmura, su voz llena de desafío.

Todo mi cuerpo reacciona a su toque, y aunque sé que está enfadado, que solo quiere provocarme por furia, aún así una mezcla de calor y escalofrío recorre mi piel. Siento su cadera presionada contra la mía, su masculinidad rozando provocativamente contra mí. A pesar de todo, una llama de deseo comienza a arder en mí, y me enojo por ello.

— Stefanos... — mi voz sale como un susurro, mi mente es un caos de emociones contradictorias.

Una sonrisa cínica aparece en sus labios, como si estuviera disfrutando del efecto que está teniendo sobre mí.

Inclina su rostro y su aliento acaricia la piel sensible de mi cuello mientras su mano se desliza y presiona aún más su cuerpo contra el mío.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunto con voz temblorosa.

— Estoy viendo hasta dónde llega tu farsa. — responde, permitiendo que sus labios toquen mi cuello.

Un suspiro escapa involuntariamente de mis labios al sentir su toque. Mi cuerpo reacciona, mi corazón late más rápido, mis sentidos se agudizan, a pesar de la ira que todavía hierve en mí.

— Por favor... para con esto. — mi voz suena débil y poco convincente.

Stefanos parece ignorar mi frágil súplica, como si estuviera decidido a poner a prueba los límites de mi resistencia. Sus labios trazan un camino ardiente por mi piel, y cada beso deja una marca indeleble. Siento que mi autocontrol se desmorona gradualmente, mientras la batalla entre mi orgullo y mi deseo se intensifica.

Sé que solo se está divirtiendo con la situación, que todo esto es parte del juego que le gusta jugar. Pero, por más que lo intente, no puedo alejarme. No puedo dejar de desear que continúe tocándome de esta manera, como si pudiera encender una llama que no debería existir.

Stefanos me levanta sin esfuerzo, colocándose sobre la encimera de la cocina. Su mirada encuentra la mía, una mezcla de deseo y desafío en sus intensos ojos.

— No estás fingiendo, ¿verdad? — pregunta, su respiración un poco más rápida de lo normal.

— Nunca fingí, siempre quise, siempre deseé tus caricias...

Mis palabras parecen alimentar aún más el fuego que arde entre nosotros. Stefanos se encaja entre mis piernas, presionando mi cuerpo contra el suyo, y un gemido escapa de mis labios, incontrolable.

— No sabes cuántas veces deseé esto. Cuántas veces imaginé y deseé oír ese gemido delicioso salir de tus labios. — murmura, su boca encuentra la mía en una mezcla de furia y deseo.

El beso comienza a un ritmo frenético, como si estuviera hambriento de más, como si quisiera consumir cada centímetro de mis labios. Tiro de su camisa de manera casi impulsiva, mis manos deslizándose por su piel mientras el beso se intensifica. Los pensamientos racionales desaparecen de mi mente, reemplazados por un deseo abrumador, una necesidad primitiva que parece dominar cada parte de mí.

Él aparta mi camisola con movimientos animales y urgentes, revelando mis pechos sin ninguna barrera. Su mirada sobre mí me excita. Me mira con un deseo incontrolable. Y estoy segura de que me entregaré nuevamente a él, sin pensar en las consecuencias. Las dudas y el

orgullo parecen desvanecerse, dejando solo la necesidad de estar cerca de él, de sentir su piel contra la mía, de ceder al fuego que arde entre nosotros.

Estamos al borde de un precipicio, pero, por ahora, solo puedo pensar en caer.

CAPÍTULO 26

STEFANOS

La imagen de los generosos pechos de Perla llena por completo mi visión. Es absolutamente deliciosa. Mi miembro late dentro de mis pantalones, lleno de deseo por ella, pero un atisbo de racionalidad toma el control por un instante y me hace decir:

— Ya estás embarazada, Perla. No ganarás nada si duermes conmigo.

Puedo ver en sus expresiones, en la forma en que gime y se estremece con cada mínimo toque que le doy, que no está fingiendo. Puedo sentir su deseo en sus ojos. Sin embargo, la precaución y un toque de cinismo mantienen mi corazón protegido; después de todo, me engañó durante demasiado tiempo.

— Ganaré el placer indescriptible que sentí la última vez que estuviste dentro de mí — responde, sin el menor rastro de recato.

Cualquier resto de racionalidad se desvanece. Ya no me importa nada más. Lo único que deseo es sumergirme en Perla y hacerla completamente mía, hacerla gemir mi nombre en voz alta.

— No deberías provocarme tanto, Conejita.

— ¿Ah, no? ¿Por qué? — pregunta desafiante.

— Provoca todo lo que quieras, Conejita. Pero recuerda que jugar con fuego puede quemar. Y yo soy mucho más incendiario de lo que imaginas.

Ella levanta una ceja, sus ojos cargados de insolencia. El desafío está lanzado, y parece estar lista para enfrentarlo. Es como si nuestras almas estuvieran bailando al borde de un precipicio, cada movimiento incierto, cada paso nos acerca más al abismo.

— Quiero ser tuya, Stefanos... hazme tuya de nuevo — suplica en un susurro lleno de deseo, y eso me vuelve loco. Ella no comprende la tormenta que está desatando dentro de mí.

Termino de quitarle la camisola y la arrojo lejos. En un movimiento rápido, aparto su

braga hacia un lado y toco su intimidad empapada en su delicioso néctar.

— Perla... — dejo que un susurro escape de mis labios, sediento. — Necesito probar tu sabor.

Abro aún más sus piernas y la veo completamente expuesta para mí. Me arrodillo frente a ella y tomo el centro de su placer, delicioso, me embriago de su dulce néctar que fluye hacia mí mientras gime de placer. Sigo lamiéndola con avidez mientras siento que mi miembro está completamente endurecido en mis pantalones, deseándola incontrolablemente.

— Stefanos... — gime mi nombre y eso solo hace que intensifique los movimientos de mi lengua.

Fruto dos dedos en su entrada deliciosa y luego los introduzco en ella, jugando con mi lengua en su clitoris y chupándolo con ansias. Perla se aferra a mi pelo y gime alto de placer.

— Te quiero dentro de mí... — dice, y puedo sentir que su orgasmo se acerca.

— Quiero que te corras en mi boca primero, Conejita.

— Stefanos... — susurra con voz entrecortada.

Sigo lamiéndola y saboreándola con mi ávida boca, cada vez más su néctar fluye hacia mí mientras gime de placer. Siento sus piernas retorcerse y el suspiro alto seguido de su cuerpo estremeciéndose me indica que está experimentando un orgasmo intenso.

— Penétrame... devórame, Stefanos, hazme completamente tuya — ruega, aún aturdida por el orgasmo que la ha alcanzado.

Abro rápidamente mi pantalón y saco mi miembro rígido. La veo morderse los labios al mirarlo. Entro en su carne suave y húmeda y dejo escapar un gruñido primitivo al sentirla. Perla busca mi boca y comienza un beso salvaje mientras la embisto con fuerza y rapidez, su rostro está empapado de sudor y enrojecido de placer mientras gime en mi boca.

— Stefanos... ahhh...

Sus gemidos son lo más delicioso que he escuchado jamás. Sigo embistiéndola con fuerza y determinación, y ella mueve su cadera contra la mía como si quisiera más, como si quisiera fusionarse con mi cuerpo gritando alto mientras nuestras lenguas se entrelazan hambrientas.

Mientras entro en el cuerpo de Perla, ella está entrando en mi alma, dejando su ADN en mí, haciéndome más adicto a su sabor y a su piel. Mientras la penetro, siento que nuestros cuerpos se vuelven uno solo.

— Voy a correrme de nuevo. — advierte, jadeante.

— Así es, Conejita, disfruta mucho en mí.

Las palabras parecen excitarse aún más, su boca se despega de la mía y ahora nuestras miradas se entrelazan. Ella me mira fijamente mientras nuestros cuerpos chocan uno contra el otro y nuestra respiración es alta y entrecortada. No hay rastro de mentira en su rostro, no hay fingimiento alguno.

Al escucharla estremecerse contra mí y soltar un grito de éxtasis puro, el sonido de su placer es como una sinfonía que resuena en mis oídos, una melodía que solo ella podría crear en mí.

Sé que este es mi lugar, sé que he encontrado lo que nunca pensé que experimentaría: lo único que nunca probé en este mundo y que me negué a creer que podría sentir: el amor.



— Entonces eres hija única, ¿verdad? — pregunto mientras tomo una uva del racimo en la tabla de embutidos que preparamos antes de subir a la habitación.

Nuestras piernas están entrelazadas, y su cadera encaja suavemente en la mía. Estamos completamente desnudos y aún disfrutamos de la presencia del otro.

— En realidad, nunca llegué a conocer a mis verdaderos padres. Mi madre falleció temprano, durante mi nacimiento, y mis recuerdos de mi padre son vagos, ya que también nos dejó cuando yo era muy joven.

— Lo siento mucho.

— Está bien, el dolor ya no me alcanza como antes, aunque fue intenso durante mucho tiempo. Mi abuela cuidó de mí con mucho amor, y a pesar de las adversidades, nunca me faltó nada, especialmente cariño.

— ¿Cuándo empezaste a trabajar con ella?

— Comencé a ayudarla cuando tenía 14 años y, a los 16, ya empecé a limpiar casas con ella. Ah, y en realidad tengo 19, casi cumpliré 20. Elora tiene 18, es un año más joven que yo.

— Hum... eso ya lo sabía, hice mis investigaciones. En cuanto al trabajo, eras muy joven, lo siento mucho.

Perla simplemente encoge los hombros.

— Siempre he sido más fuerte de lo que aparento.

— Sin embargo, ahora es importante que te cuides y descanses al máximo para garantizar la salud de nuestro bebé.

— ¿Qué haremos ahora? — pregunta, mostrando cierta inseguridad.

— Ahora, continuaremos desde donde estábamos, a menos que no quieras.

— Claro que quiero. Pero, ¿qué te hizo cambiar de opinión? Hasta hace unas horas, querías ver al diablo pero no querías verme a mí.

Una sonrisa se forma en mis labios.

— Los griegos son conocidos por nuestra sed de venganza y temperamento explosivo, pero lo que muchos olvidan es lo apasionados que somos. Esa era una parte de mí que estaba adormecida, y tú la despertaste. Cuando te tuve de nuevo en mis brazos, me di cuenta de que no quería odiarte. No podía, y no lo hice en ningún momento de estos días, ni antes ni después de saber la verdad. Me hiciste adicto, Perla. Es como si fuera un dependiente químico ansiando otro “drago”. Me di cuenta de que no quería perdonarte, pero tampoco quería nada más que tenerte en mis brazos.

Toqué su rostro y lo acaricié.

— Bueno, mi orgullo masculino estaba herido. Pensé que estabas fingiendo todo el tiempo, pero después de esa noche, vi que te entregas a mí como nadie lo ha hecho antes, y ya no puedo fingir que no siento nada por ti, aunque esto sea completamente nuevo para mí.

Veo a Perla apartar la mirada levemente, una sonrisa asomando en sus labios, aunque trata de ocultar su felicidad.

¿Cómo pude dudar? Ella es tan transparente en sus sentimientos.

— ¿Y qué pasa con Loretta? Tan pronto como sepa que tú lo sabes, intentará llevarme a la cárcel.

— No te enviará a la cárcel — digo con confianza.

— No estoy tan segura de eso, Stefanos. Afirma tener influencia y recursos para manipular a los jueces a su favor.

— Tal vez tenga cierto poder, pero no es ni una tercera parte de lo que yo soy. No te preocupes, no te hará daño.

— ¿Y en cuanto a tu venganza? Querías casarte con su hija, ¿y ahora? ¿Has renunciado a eso? — pregunta, y puedo oír un rastro de celos en su voz.

Dejo escapar una risa.

— No te preocupes, la única Elora que quiero, aunque sea falsa, eres tú.

Ella hace un puchero.

— Olvida esa venganza, Stefanos — dice, y sus ojos asumen un brillo diferente, más maduro. — Solo consumirá tu alma. Deja que ella se hunda sola en su maldad, no te dejes llevar por esa familia. Tú no eres como ellos, eres un hombre bueno, olvídalo, te lo ruego.

En realidad, no sé cómo llegué a este punto, cómo la secuencia de eventos que tracé se salió de mi control, pero aún así, no puedo decir que esté triste. Al contrario, me siento más feliz, completo y vivo de lo que jamás me he sentido. Por primera vez, la venganza contra Loretta y los Drouhart me parece insignificante e irrelevante.

CAPÍTULO 27

PERLA

Al salir juntos de la habitación de Stefanos, nos encontramos de frente con su madre en el pasillo.

— Veo que los dos finalmente se han entendido. — dice, sonriendo, y sigue adelante sin darnos espacio para responder.

Siento cómo el rubor sube a mis mejillas.

— No debería habernos visto.

— Tonterías — se ríe Stefanos. — Ella fue la que más abogó por ti, día y noche me decía cuánto estaba perdiendo por no darte una oportunidad. En parte, su opinión es muy importante para mí. Nunca la he visto equivocarse en el juicio del carácter de alguien hasta hoy. Es como un filtro ambulante, separando a las personas buenas de las malas.

— Parece ser una madre estupenda.

— La mejor. Nos crió con un equilibrio perfecto entre firmeza y cariño. Y mira que mis hermanos y yo no éramos niños fáciles. Cada uno tenía su genio.

— ¿Tus hermanos ya saben? Deben odiarme. — digo cuando llegamos al pie de la escalera antes de bajar.

— Saben, y no te odian. Creen que Loretta te tendió una trampa, que caíste ingenuamente ante las dificultades.

— Parecen ser benevolentes al pensar así.

— Por fuera, pueden parecer lobos malos, pero por dentro son como Caperucita Roja. — dice, soltando una risa.

Al terminar de bajar las escaleras, Stefanos desciende algunos escalones más rápido y se coloca frente a mí, mirándome fijamente.

No puedo decir que alguna vez haya sido inmune a esa mirada, a ese encanto completamente seductor que tiene. Stefanos me mira, y aunque no abre la boca para decir una palabra, la fuerza de su mirada me seduce. Aún no puedo creer que todo parezca ir bien.

— Me debes un viaje. — dice al tomar mi mano.

— ¿Qué viaje?

— A Santorini. Te negaste a ir conmigo la última vez.

Encogí los hombros un poco avergonzada.

— Sabes por qué me negué.

— Ahora sí, ¿no tienes pasaporte?

Asiento con la cabeza negativamente.

— Lo arreglaré, no te preocupes. — dice mientras me apoya en sus brazos.

— Nunca he volado y le tengo miedo.

Él se ríe.

— Eso también tiene sentido ahora. Pero no te preocupes, puedes dormir todo el viaje si prefieres. Te garantizo que nada te pasará.

“Te garantizo que nada te pasará.”

Nunca tuve a nadie que cuidara de mí, siempre fui yo quien cuidaba de mi abuela y de mí misma, sentirme cuidada por alguien como Stefanos es reconfortante. Ojalá que esto nunca termine.

— Pero ahora, vamos a disfrutar de un agradable desayuno para recargar nuestras energías — dice con una sonrisa amable.

Extrañaba tanto esa sonrisa, la vista de sus dientes perfectamente alineados y cómo sus ojos se entrecierran cuando sonrío. Stefanos, sin duda, es la personificación de mis deseos.

Al entrar en la sala, nos encontramos con la madre de Stefanos y mi abuela, visiblemente conversando sobre nosotros. Estoy segura de que la señora Athina ya compartió las novedades al vernos salir juntos de la habitación. Stefanos mantuvo su elegante postura de hombre de negocios al entrar en la sala, mirando a mi abuela con una expresión seria pero respetuosa.

— Señora Brusquet, quiero disculparme por los recientes acontecimientos y cualquier falta de cortesía que haya mostrado. También quiero decir que me haré cargo de su tratamiento de aquí en adelante. — dice con un tono de voz calmado y controlado.

Mi abuela lo mira con seriedad, los ojos ligeramente entrecerrados. Es una mujer de principios firmes y, aunque me crió con amor, siempre ha tenido una autoridad inquebrantable, y por lo que la conozco, parece que está a punto de dar un sermón.

— Bueno, le agradezco. Pero no debería haber sido tan brusco con mi nieta, Stefanos. Ella no merecía ese trato. Aunque sea un hombre de negocios y crea que tiene el poder...

— No se preocupe, abuelita. Todo está bien ahora. — intervengo.

— Una vez más, pido disculpas, señora Mercedes. Creo que exageré en mi reacción.

Mi abuela suspira, reflexionando sobre las palabras de Stefanos. Parece que incluso su encanto está empezando a conquistarla.

— Bueno, sabía que de alguna manera se entenderían. — dice.

— Yo también lo sabía — asiente la señora Athina mientras ambas se ríen.

El desayuno transcurre armoniosamente, mi abuela parece sentirse mucho mejor y volverá al hospital para continuar su tratamiento, la señora Athina parece contenta con la dirección que están tomando las cosas y no puedo evitar sentir que todo está en su lugar, todo es increíblemente maravilloso... deseo que las cosas sigan así, que nada malo nos afecte... nunca más.



— Confía en mí — escucho la voz grave de Stefanos decir, mientras el ruido fuerte de los motores del jet resuena al fondo.

Mi instinto primitivo es querer huir, correr, escapar de la imponentia de este gigante metálico. Sin embargo, las manos de Stefanos se extienden firmes hacia mí, su mirada segura y su mandíbula tensa irradiando confianza, lo que hace que, una vez más, me entregue a él. Ahora, de una manera diferente, pero aún una entrega.

— Tenemos a bordo una enfermera, y ella puede ofrecerte una medicación para que duermas durante el vuelo y despiertes solo cuando lleguemos.

— No — digo con convicción. — Quiero probar mis límites.

— Eres muy valiente, conejita.

— ¿Por qué me llamas conejita? Nunca entendí — pregunto, curiosa.

— Cuando te vi por primera vez, cuando miré a tus ojos, vi mucha fuerza, como una leona que acaba de aceptar una batalla. Pero cuando te besé por primera vez, esa noche en la terraza de la mansión de los Drouhart, tus ojos me miraron con tanta dulzura que lo único que pensé fue en lo frágil que parecías, como una conejita a la que quería cuidar.

— ¡No soy frágil! — protesto, casi de forma infantil.

Él se ríe ante mi reacción.

— Nunca dije que lo fueras. Eres una de las mujeres más fuertes que he conocido, Perla, y admiro eso. Sin embargo, cuando estás en mis brazos, te permites ser vulnerable, algo que has estado haciendo desde nuestro primer beso.

— Yo... — carraspeo, sintiéndome un poco incómoda. — Nunca había besado a nadie antes de ti.

Stefanos me mira y parece sorprendido por mi revelación. Me siento avergonzada, consciente de que es inusual que una joven como yo nunca haya besado a nadie. La verdad es que he pasado más tiempo preocupada por sobrevivir que interesada en los hombres, especialmente porque todos parecían superficiales, buscando una sola cosa.

Pero yo quería algo más, quería un cuento de hadas moderno, el amor verdadero... sensaciones inimaginables, y como nada de eso parecía ser algo que encontraría en los pocos hombres que conocí, preferí abstenerme.

— Lo entiendo... puedes pensar que soy ingenua por eso, pero nunca encontré a alguien que valiera la pena. Así que opté por esperar — me justifico, un poco a la defensiva.

— No creo que seas tonta. — Él toca suavemente mi rostro. — Creo que eres increíble, Perla. En un mundo en el que todos siguen a la multitud, decidiste seguir tu propio camino, y eso te hace aún más especial. No tiene que ver con si has besado o no; la cuestión es que eres auténtica.

Stefanos se acerca, y puedo ver un nuevo brillo en sus ojos.

— ¿Dónde has estado todo este tiempo, conejita?

— Probablemente esperando ser atrapada en una red de mentiras para encontrarte a ti. — río suavemente.

— Algún día tendré que agradecerle a Loretta por eso, de alguna manera. Aunque de manera torcida, me hizo un favor.

— ¿Estás seguro de que ya no estás enojado por eso? ¿Por haberme engañado?

Él respira profundamente, seriamente.

— No puedo negar que eso me hirió profundamente, pero creo que está más relacionado con mi propio ego que con la mentira en sí. — me mira penetrantemente. — Sin embargo, nunca intentes engañarme de nuevo, Perla. Eso es algo que no perdonaría nuevamente.

Sé que no lo haría, incluso si me perdonó por eso, sé que si hiciera algo similar de nuevo, no me daría otra oportunidad. Y nunca volveré a traicionar su confianza, nunca más.

— En pocas horas estaremos en la Isla de Santorini. Quizás deberías descansar un poco, ya que tendremos muchas actividades agotadoras allí. — sonrío con un toque de picardía.

Y solo cuando menciona el vuelo me doy cuenta de que llevo unos minutos en el avión sin sentir sofoco ni tener un ataque de pánico como había imaginado.

El interior del jet se vuelve más silencioso a medida que los motores se estabilizan. Stefanos está distraído mirando el paisaje por la ventana; observo su camisa oscura ligeramente abierta y su tobillo sobre su pierna en una posición relajada. Da un sorbo a su whisky recién servido por la azafata, que nos ha dejado completamente solos. Observo su manga remangada hasta el codo y sus labios tocando el vaso, y recuerdo cómo me tocaban a mí. Una calidez empieza a extenderse por mi cuerpo solo mirando la imagen del hombre frente a mí, el hombre que tiene el poder de hacerme sentir como él quiera.

Sus ojos se desvían del paisaje por la ventana, y cuando se encuentran con los míos, veo una chispa de deseo encenderse. Mi excitación debe ser evidente, porque él se acerca y se coloca a centímetros de mi asiento. Siento la tensión en el aire, la electricidad que nos rodea. Mi corazón late más rápido, y no puedo evitar sonreír, apartando la mirada por un momento. Me acomodo en mi asiento, buscando una comodidad que parece escaparse con la cercanía de Stefanos.

Él extiende su mano suavemente y traza un camino suave por mi brazo. Mi piel se eriza con su toque. Las manos fuertes de Stefanos son cálidas y reconfortantes.

— Perla... ¿Te he dicho alguna vez que tienes un nombre precioso? — susurra, su voz ronca cargada de deseo.

Me vuelvo a enfrentarlo, sin poder apartar la mirada de esos ojos profundos y penetrantes. Stefanos se acerca más, sus labios acercándose a los míos, como imanes que no pueden resistirse.

Nuestros labios se tocan, suavemente al principio, como si estuvieran probando las aguas, explorando la promesa de algo más profundo, pero no tarda en que la pasión estalle y el beso se vuelva apasionado y lleno de deseo contenido. Enredo mis brazos alrededor de su cuello,

acercándolo más, perdiéndome en el calor y la urgencia del momento. Estamos en medio de un avión, a miles de metros sobre el suelo, pero en este instante, todo lo que importa es el cuerpo cálido y musculoso de Stefanos sobre mí.

Las manos de Stefanos se deslizan por mi espalda, explorando cada curva con devoción. Me besa con hambre, como si yo fuera la única cosa que lo sustenta en este momento, siento que mi cuerpo se entrega a él casi al mismo segundo en que se acerca.

Stefanos se aleja ligeramente, y siento que todo mi cuerpo protesta, me mira con deseo antes de decir:

— Levanta la falda para mí. — ordena.

Solo obedezco y subo lentamente la falda lápiz hasta que se revele mi ropa interior.

— Ahora quítate la ropa interior para mí. — continúa usando un tono autoritario.

— Alguien podría entrar, Stefanos. — digo, sintiéndome un poco cohibida.

— Nadie entrará aquí sin mi permiso, Perla. Ahora haz lo que te he dicho.

Simplemente obedezco, mordiendo mi labio inferior, terminando de quitarme la ropa interior, y lo veo mirarme con deseo primitivo en los ojos. Parece encantado por mi audacia. La tensión en el aire es excitante, y siento que mi corazón late con más fuerza a medida que el momento avanza.

Con un toque gentil, Stefanos traza un camino suave por la parte interna de mi muslo, haciendo que me estremezca. Su mano avanza hacia mi intimidad, y comienza a acariciar suavemente, provocando un calor creciente en mi cuerpo. En un movimiento rápido, se agacha y abre mis piernas con determinación, su boca encuentra mi intimidad, la lame con pasión haciéndome vibrar de placer.

— Tu sabor es adictivo, conejita. — dice jadeante.

Stefanos, en un movimiento rápido y experimentado, se quita el cinturón y los pantalones, y me tira sobre su regazo. Siento debajo de mí su excitación pulsante a través del boxer. Las piernas bronceadas y musculosas debajo de mí sirven como un soporte perfecto.

— Te deseo. — dice con voz ronca, tomando mi cuello y dejando su rastro de calor y lujuria en él.

— Haz lo que quieras conmigo, Stefanos. Soy tuya... completamente tuya. — digo, delirando de deseo, y lo escucho gruñir contra mi cuello en respuesta.

Nuestros cuerpos son consumidos por un deseo animal, él baja su boxer rápidamente y

puedo sentir debajo de mí, está completamente rígido, palpitando, ansioso.

— ¿Completamente mía, conejita? ¿Tienes idea de lo que mi mente imagina hacer contigo?

Muevo la cabeza negativamente.

— Pero confío en ti.

Él asiente lentamente, dejando que una hermosa sonrisa se forme en sus labios.

— Eres encantadora, Perla... Pero ahora quiero hacer cosas no tan encantadoras contigo. — él dice con su voz sensual mientras me presiona hacia abajo y nuestros cuerpos se encuentran. Gimo al sentirlo tocarme; está completamente excitado junto a mí, deslizándose entre mis labios mayores. Stefanos está ansioso, acariciando mi espalda y haciendo que mis senos rocen su pecho sudoroso. Abre un poco más mis piernas para recibirlo; él me penetra lentamente para no lastimarme, pero puedo ver que lo único que quiere es sumergirse en mí con fuerza.

— No seas respetuoso, quiero tu lado salvaje.

— Estás jugando con fuego, conejita.

— Y estoy deseando quemarme. — digo, y lo veo sonreír con malicia.

Se introduce con fuerza, y lo escucho gruñir de placer contra mí, así que tomo sus labios. Quiero sentir todo lo que Stefanos es, toda esa fuerza, furia y deseo... quiero sentirlo todo de él, quiero cada pequeño pedazo de su cuerpo y alma. Golpea contra mí con fuerza, siento su intensidad chocando contra mis caderas, hasta que el ajuste perfecto se encuentra y me penetra profundamente, haciéndome suya por completo. Gimo alto, llena de deseo, moviéndome contra su cuerpo sudoroso mientras clavo mis uñas en su espalda. Él sostiene mis glúteos y, con su fuerza desmedida, me levanta y baja, haciendo que cabalgue sobre él. Es surrealista la fuerza que tiene, puede levantarme como si no pesara nada.

Stefanos desliza sus labios hasta mis pezones erectos y los chupa con avidez. Estoy fuera de control, completamente dominada por el deseo, luego agarra mi rostro abruptamente, haciendo que lo mire mientras sigue penetrándome con fuerza y furor. Nos miramos con hambre, como si necesitáramos más, más uno del otro, más de lo que físicamente es posible tener.

— Te amo, Perla. — Él dice jadeante, mirándome.

Siento que mi pecho estalla, siento que mi cuerpo se expande, siento que él está dentro de mí y siento el orgasmo intenso acercándose, haciéndome gemir alto en medio de tantas emociones que explotan y me invaden.

— Te amo, Stefanos. — Mi voz es débil, pero mis ojos se llenan de lágrimas al sentir el

sentimiento más intenso que he tenido en mi vida. — Quiero sentirte derramarte en mí, Stefanos... lléname.

Su rostro se llena de deseo, su mandíbula se tensa mientras lo siento entrar y salir de mí con aún más rapidez y fuerza. Continúo gimiendo al sentirlo tomar posesión de mí de esta manera hasta que siento que se derrama en mí con fuertes chorros, y nuestros labios se encuentran en un beso intenso y delicioso.

— Te amo. — Decimos al unísono, y en este momento, nada parece más perfecto, como si nada pudiera ser mejor de lo que ya es.



La Isla de Santorini se revela ante nuestros ojos, un paraíso de edificaciones blancas que contrastan con el azul intenso del mar Egeo. Mientras el avión comienza a descender suavemente hacia el aeropuerto, nuestros corazones se aceleran anticipando lo que está por venir.

Si hace unos meses alguien me hubiera dicho que estaría en un jet privado llegando a Santorini, habría pensado que solo podría ser cierto si hubiera muerto y llegado al cielo, pero hoy estoy aquí, junto a este hombre increíble, deseando aterrizar pronto para que me lleve a su habitación y me haga suya una vez más.

Incluso cuando pensamos que tenemos el control, la vida nos recuerda que somos solo tripulantes, sin el timón del barco.

Tan pronto como el avión toca tierra, somos recibidos por un cálido sol mediterráneo. Stefanos y yo salimos del avión, la brisa salada del mar acariciando nuestros rostros. Un lujoso automóvil nos espera, y al subir, somos conducidos por las pintorescas carreteras de la isla hacia nuestro lugar de estadía. Stefanos me advirtió que iríamos a una de sus propiedades más alejadas, y por alguna razón, eso hizo que mi corazón latiera más rápido.

El destino supera mis expectativas más extravagantes. La casa, que él dice que es una de sus más sencillas por estar más apartada, es impresionante en la cima de una colina, rodeada de exuberantes jardines y con una vista impresionante del mar. El blanco inmaculado de las paredes contrasta con los azules vibrantes del cielo y el mar, creando un escenario que parece sacado de un sueño.

La mansión en sí es una mezcla perfecta de elegancia y comodidad. Cada habitación está decorada con un cuidado meticuloso, reflejando el gusto refinado de Stefanos. Nuestra

habitación es un santuario de lujo, con una cama inmensa adornada con tejidos suaves, un balcón privado con vista al mar y una bañera de hidromasaje.

— Bienvenida a nuestra escapada, Perla. — murmura Stefanos, sus ojos llenos de cariño mientras me observa explorar nuestro nuevo hogar temporal.

— Es simplemente... increíble. — la palabra apenas puede capturar la magnitud de la belleza ante mí.

Stefanos se acerca y me envuelve en sus fuertes brazos. Su abrazo es reconfortante, como si quisiera transmitirme toda la tranquilidad que siente en este momento. Nunca lo he visto tan relajado, aunque aún conserva sus expresiones y palabras habituales, parece más relajado, y me pregunto si es por mi causa, si soy yo quien lo está haciendo sentir así. Aunque sería muy atrevido de mi parte asumirlo, no puedo evitar pensar que podría ser por mi causa.

— Quería que este momento fuera perfecto para ti. Un refugio donde podamos conectarnos lejos de las presiones del mundo exterior. Sin Drouhart, sin contratos, sin mentiras ni venganzas, solo tú y yo disfrutando y pasándola bien sin nada más. — Stefanos dice.

Levanto la mirada hacia él, encontrando sus ojos llenos de sinceridad. Es como si todas las barreras entre nosotros se hubieran derribado, dejando solo la verdadera esencia de quienes somos. Nunca me he sentido así, nunca he sentido nada de esta manera. ¿Él siente esto también? ¿Siente esta felicidad y libertad conmigo? Si no lo siente, solo puedo lamentarlo por él, porque es una sensación única.

— Vamos a disfrutarlo, solo tú y yo. — digo mientras miro sus labios.

Él sonríe, una sonrisa que parece iluminar todo el entorno que nos rodea. Stefanos es hermoso; nunca he presenciado tanta belleza y masculinidad en un hombre como en él.

Una mirada traviesa llena mis ojos y parece entenderlo perfectamente. Stefanos acerca sus labios a los míos y me besa de una manera deliciosa que solo él sabe hacer.

Este momento es como una promesa silenciosa entre nosotros, sellada con un beso suave que trasciende el tiempo y el espacio. Mientras nos perdemos en este beso, sé que nada será igual que esto, incluso si el destino quiere jugar con nosotros nuevamente, sé que aprovecharé al máximo estos momentos, porque sé que quedarán grabados para siempre en mí.

CAPÍTULO 28

PERLA

El día amanece hermoso, y no sé si es por la maravillosa vista que tenemos, el cálido sol, o quizás la satisfacción que debe estar reflejada en mi rostro después de la noche de amor y pasión que pasé con Stefanos. Lo cierto es que no podría estar más feliz.

Nos dirigimos hacia los viñedos de la familia de Stefanos, y él parece emocionado de que los conozca. Stefanos está vestido de forma más relajada, en contraste con el hombre pulido y elegante que suele ser. Lleva una camisa de lino blanca, vaqueros y un par de botas de cuero, lo que le da un aspecto relajado pero aún elegante.

Mientras exploramos los viñedos, sus empleados nos saludan con respeto y admiración. Se nota que tienen un gran respeto por Stefanos, no solo como su empleador, sino como alguien que valora y cuida a su equipo.

Stefanos comparte historias sobre el proceso de producción de vino, explicando cada etapa con pasión. Me muestra las vides, las uvas maduras y las barricas donde el vino envejece. Es evidente que posee un profundo conocimiento y amor por el vino y la tierra que lo produce.

Ahora estamos sentados a la sombra de un árbol, con vistas a los viñedos y el mar al fondo. Stefanos me habla de su infancia en la isla, cómo creció cerca de estas tierras y cómo son una parte fundamental de su identidad.

Sus empleados traen una selección de vinos producidos allí mismo, y Stefanos y yo los degustamos. Él me enseña a apreciar los sabores y aromas, y es un momento tan íntimo, puedo sentir a Stefanos relajado y feliz en mi compañía. Nunca imaginé que podríamos estar aquí, disfrutando de todo esto sin odio ni falsedades entre nosotros. Stefanos me abraza y apoya mi cabeza en su hombro mientras admiramos la vista.

— Gracias por compartir esto conmigo, Stefanos. Es un lugar increíble, y ver cómo cuidas de esta tierra y de las personas que trabajan aquí es realmente inspirador. — Le digo, con admiración en mis ojos.

Él sonríe, sus ojos brillan con gratitud.

— Es importante para mí que conozcas esta parte de mi vida, Perla. Y más aún porque el hijo que llevas aquí. — Él acaricia cariñosamente mi vientre. — Será heredero de todo esto.

Al escucharlo decir eso, endezco mi cuerpo y lo miro fijamente.

— En cuanto a eso, me gustaría hablar contigo sobre una cosa.

Él me mira sorprendido.

— ¿Qué?

— Sobre la vida que lleva en mí, el hijo que espero. Aunque sea mío, no quiero tener acceso a nada, ningún dinero que pueda heredar de ti. Quiero que esto quede estipulado en algún lugar, quizás en un testamento.

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

— Me conociste mientras te engañaba, esencialmente por dinero. Quiero que sepas que el dinero es lo último que me importa. Por eso, no quiero tener acceso a un solo céntimo, ni siquiera el que probablemente quieras ofrecer a tu hijo. Ese dinero será suyo, y lo criaré de manera humilde hasta que pueda acceder a él.

— ¿Tú lo criarás? — Pregunta con desconfianza.

— No quiero ser ingenua, Stefanos. Eres un hombre rico, atractivo, y siempre tienes decenas de mujeres detrás de ti. Puedes estar interesado en mí ahora, pero eso puede cambiar. Quiero que sepas que no voy a querer tu dinero, ni siquiera para criar a este hijo. Nunca planeé tener un heredero Nikopoulos.

Él ríe, sus dientes perfectos brillan en una risa sonora.

— Eres tan inocente que resultas encantadora, conejita.

— No soy inocente. — Respondo en tono firme.

— Claro que lo eres. ¿Cómo podrías pensar que te dejaría? Pero tienes razón en una cosa, no necesitarás el dinero de tu hijo, porque estarás casada con su padre.

— ¿Qué? No estamos casados, Stefanos, el matrimonio fue una farsa.

— Lo sé. — Dice mientras saca algo de su bolsillo, una pequeña caja negra.

— Esta, a diferencia de la que compramos, perteneció a mi madre. Y quiero que te quedes con ella.

— ¿Qué, qué quieres decir con eso, Stefanos?

Lo veo arrodillarse frente a mí, el atardecer y los viñedos detrás de él crean la imagen

más hermosa que jamás haya visto.

— ¿Quieres casarte conmigo de nuevo, Perla?

Llevo mis manos a la boca y siento que mis ojos derraman las lágrimas que ya habían empezado a acumularse. Logro reunir fuerzas solo para asentir con la cabeza mientras lo veo colocar el anillo en mi dedo.

— Ayer te dije que te amo, y no he dicho eso a ninguna otra mujer. No soy un hombre que dice cosas sin significado, Perla. Te amo, y lo que siento por ti es tan bueno y valioso que no puedo dejarte ir.

— Yo... yo te amo, Stefanos... yo te amo. — Digo, permitiendo que las lágrimas caigan mientras lo abrazo, sintiendo cómo la felicidad llena todo mi ser.

CAPÍTULO 29

STEFANOS

Perla se ha convertido en una adicción. Ha dominado mis sentidos, mis pensamientos y mi alma de una manera que nunca imaginé que una mujer pudiera hacerlo. Para alguien que siempre se ha considerado un maestro en controlar sus propios sentimientos, esta entrega emocional es como un territorio desconocido y aterrador. No es solo su belleza deslumbrante lo que me atrae, sino la profundidad de su ser, la autenticidad de su alma.

Cada risa suya es una melodía que resuena en mi ser; cada toque es un fuego que arde bajo mi piel. Cuando nuestros ojos se cruzan, siento como si pudiera leer mi mente, ver más allá de las barreras que he construido a lo largo de los años. Y eso es tanto aterrador como embriagador.

La veo dormir mientras regresamos a casa en mi jet privado. Está serena y tranquila; su sueño parece completamente en paz. Un sentimiento de plenitud me envuelve; simplemente al mirarla, algo cambia en mí; cada vez que la miro, es como si mi corazón se llenara.

Escucho el sonido de mi teléfono vibrar y veo un mensaje de mi hermano Lysandros.

“Descubrí cosas sobre el pasado de Perla, llámame cuando puedas.”

Trato de responderle rápidamente:

“No me interesa más su pasado, gracias hermano. Pero no necesitas seguir investigando.”

Había olvidado por completo la solicitud que le había hecho, pero lo que sea que haya descubierto no cambiará nada. Lo único que quiero de Perla es su presente; el pasado ya no me interesa.

Perla abre los ojos lentamente y se acomoda en el asiento; su mirada encuentra la mía y automáticamente sonrío.

— ¿Me estabas mirando mientras dormía? — pregunta con una mueca adorable.

— Duermes como un ángel. — digo sonriendo.

Ella hace un puchero, avergonzada.

— ¿Falta mucho para llegar?

— Aterrizaremos en 5 minutos; te despertaste justo a tiempo.

Perla sonríe aún más ampliamente y estira los brazos, estirándose perezosamente. Luego mira por la ventana del jet por un momento, contemplando la vista que se despliega debajo de nosotros. Después, vuelve su mirada hacia mí, con un brillo de curiosidad en sus ojos.

— No puedo esperar a ser tu esposa de verdad. — dice.

— Para mí, nunca dejaste de serlo.

— ¿Ni siquiera cuando me odiabas? — pregunta traviesa.

— Ni siquiera en ese momento, y de hecho, nunca pude odiarte de verdad.

Miro los ojos de Perla, decidido a ser lo más sincero que he sido en toda mi vida antes de decir:

— Perla, quiero que sepas que mi vida hasta ahora ha estado marcada por mucha oscuridad, venganza y secretos. Pero estar contigo, tenerte a mi lado, ha traído una luz que nunca supe que necesitaba. Amo estar contigo y estoy dispuesto a dejar el pasado atrás. Sepa que a partir de ahora soy tuyo. Sellado y entregado. Y sabrás que una promesa mía nunca se rompe; nunca te dejaré más y cuidaré de ti hasta mi último día.

Ella se levanta y se acomoda en mi regazo, su sonrisa radiante, su perfume llenando mis sentidos.

— Y yo soy tuya, y lo he sido desde el primer momento en que te vi.

Siento que nuestros labios se unen y finalmente me siento completo.



Unas semanas después

— No quiero casarme con una barriga enorme e hinchada. — Perla comenta mientras hace una mueca contrariada.

— Te dije que nos casaríamos cuando quisieras; dime la fecha. ¿Quieres casarte mañana?

Ella me golpea suavemente en el hombro y suspira derrotada.

— No es tan sencillo, ya sabes. Eres el primero de la familia en casarte, y tu madre está

más emocionada que yo, quiere hacer todo de acuerdo con las normas.

Ella acaricia suavemente su barriga, que ya está redondeada y prominente. Está preciosa, las curvas de su cuerpo junto con la barriga la hacen completamente elegante, y no pasa un día en el que no agradezca simplemente por mirarla.

— Entonces, ¿qué es lo que está retrasando las cosas?

— Quiere invitar a los Thalassinos, su familia materna. Pero todos están bastante ocupados y está resultando complicado cuadrar las agendas de todos.

— ¿Va a invitar a las hermanas Zephyra?

Perla se estira en la cama y abre el pequeño cajón del mueble junto a ella, sacando una lista y comprobándola.

— Sí, aquí están: Melina y Calíope Zephyra. ¿Quiénes son esas? No me dirás que son antiguos casos tuyos, señor Nikopoulos. — dice entrecerrando los ojos.

Sonríó ante su reacción.

— No, nunca me atreví a acercarme a las hermanas Zephyra. Su madre, la matrona Nikoleta Zephyra, siempre estuvo decidida a casar a sus hijas con griegos distinguidos que pudieran hacerse cargo de sus negocios, y siempre me mantuve alejado para no dar ninguna esperanza a la señora.

— ¿Las hijas no pueden tomar el control de los negocios?

— La mayor de las hermanas, Melina, tiene un gran talento para los negocios, aunque es completamente inexperta debido a su corta edad y falta de experiencia en el ámbito; creo que podría hacerlo bien, siempre quiso tomar la iniciativa, pero su madre nunca lo permitió.

— Qué injusto.

— En efecto... — digo al acercarla a mí. — Pero aún existen personas con mentalidades bastante anticuadas por ahí.

— ¿Son amigas de tu familia?

— Sí, nuestras familias son amigas desde que mis hermanos y yo éramos niños. Bueno... casi todos. Lysandros y Melina siempre han sido como el gato y el ratón.

— ¿Cómo así? ¿No se llevan bien?

— Para nada, se odian como enemigos mortales.

— ¿Y de dónde viene eso? ¿Pasó algo?

— No tengo ni idea. Melina es mucho más joven que Lysandros, creció todo el tiempo en Grecia, solo tuvieron contacto cuando ella se mudó a América a los 17 años, pero desde el primer momento se odiaron.

— ¿Y por qué preguntaste si vendrían?

— Justo por Lysandros. Hace años que no se ven, creo que será divertido su reencuentro.

— Eres terrible, Stefanos. — dice riendo.

— Un poco. — concuerdo. — Pero en cuanto a los Thalassinos, déjalo en mis manos, resolveré rápidamente la cuestión de la agenda de todos.

— ¿Qué harás?

— Tengo mis métodos, no te preocupes. Solo marca la fecha que desees, me aseguraré de que todos estén aquí.

— Está bien, confío en ti.

— Ahora vamos a bajar y disfrutar de un buen desayuno. — digo acercándome y acariciando el rostro de Perla antes de darle un beso en los labios antes de levantarme.

Al bajar las escaleras, Perla me habla sobre algunas de sus escasas exigencias para la boda, como la elección de las flores, y simplemente asiento, disfrutando de cómo parece feliz con los preparativos. Pero al llegar al pie de la escalera, nuestras sonrisas desaparecen y una expresión de sorpresa reemplaza las expresiones de Perla. Dos policías recién llegados nos miran fijamente.

CAPÍTULO 30

PERLA

— Perla Brusquet, ¿eres tú, señorita?

Mis fuerzas se reducen a un gesto de cabeza.

— La señorita está detenida por el delito de falsedad ideológica.

La secuencia de eventos que sigue pasa ante mis ojos como un relámpago. Stefanos grita con todas sus fuerzas mientras las esposas se cierran en mis muñecas. Mi abuela aparece bajando las escaleras con dificultad, aturdida por la secuencia de eventos, cuando es asistida por la señora Athina, que la apoya en sus hombros.

Todo lo que puedo escuchar en medio del caos que se extiende detrás de mí, antes de ser colocada en el vehículo, es la voz grave y confiada de Stefanos diciendo:

— Voy a sacarte de ahí. Y voy a acabar con la maldita Loretta Drouhart.



Siento que mi corazón late más rápido mientras soy conducida a la patrulla policial, esposada y con los ojos llenos de lágrimas. Stefanos grita con determinación, cortando el aire, prometiendo sacarme de aquí y acabar con Loretta Drouhart. Sus ojos chispean de rabia, y sus palabras me llenan de temor, porque sé que es capaz de cumplir esa amenaza.

Intento mantener la calma y controlar mi respiración, inhalando profundamente y exhalando lentamente, como vi en un programa de televisión. Sé que no puedo ponerme demasiado nerviosa, ya que eso podría afectar a mi bebé, y necesito cuidarlo. Rezo en silencio mientras trato de mantener mi mente en equilibrio.

La patrulla es incómoda y el ambiente dentro está cargado de tensión. Me siento como

una verdadera criminal. Las calles que pasan frente a mí parecen borrosas mientras mi corazón late con fuerza en mi pecho. Llegamos a la comisaría y el escenario que se abre ante mí es impersonal y aterrador. Las luces fluorescentes iluminan pasillos lúgubres, y el sonido de voces apagadas llena el ambiente.

Soy conducida por un oficial a una sala de interrogatorios, donde me informan de mis derechos. Mi mente está nublada y las palabras del oficial suenan distantes. Todo en lo que puedo pensar es en lo injusto que es esto, en cómo mi vida se ha vuelto del revés en cuestión de minutos.

Finalmente, me llevan a la celda. Es un espacio pequeño y claustrofóbico, con camas de metal y pocos objetos personales. Al entrar, mis ojos se encuentran con los de las reclusas que ya están allí. Me miran con curiosidad y desconfianza. No sé cómo actuar, cómo encajar en este nuevo mundo que ahora es parte de mi realidad.

Una de las mujeres se acerca a mí, una figura imponente con tatuajes visibles en sus brazos. Me observa por un momento y finalmente dice con voz ronca:

— ¿Por qué estás aquí, chiquilla?

Mi voz parece no querer salir; temo que lo tome como grosería. Respondo con un gesto de cabeza, incapaz de encontrar mi voz.

Ella sonríe de manera casi condescendiente.

— Está bien. La primera vez siempre es la peor.

Asiento con los ojos llenos de lágrimas; su actitud es sorprendentemente reconfortante y estoy agradecida por un atisbo de empatía en medio de toda esta situación.

Mientras me acomodo en la incómoda cama de la celda, no puedo evitar pensar en Stefanos y en la promesa que hizo. Sé que está furioso, y eso me asusta más que cualquier cosa. Cuando descubrió la verdad, cuando finalmente estuvimos juntos, parecía haber dejado atrás la idea de vengarse de Loretta Drouhart. Pero ahora, conmigo detrás de las rejas, su furia parece haber resurgido.

Lamento profundamente haber involucrado a Stefanos en esto, y sé que de alguna manera soy responsable de su ira renovada. Mientras me sumerjo en mis pensamientos en la oscura celda, siento un nudo en la garganta, preocupada por lo que Stefanos podría hacer en nombre de esa promesa de venganza. Ambos estamos atrapados ahora, de una forma u otra, y no sé cómo terminará esto.



Mientras estoy perdida en mis sombríos pensamientos en la celda, ya no sé cuánto tiempo ha pasado. El sonido de pasos se acerca. Levanto la cabeza, ansiosa por ver lo que está sucediendo. Un oficial, con una expresión seria y adusta, entra en la celda.

— Perla Brusquet, estás siendo liberada bajo fianza. ¡Ven conmigo! — ordena, y mi mente tarda un momento en procesar esas palabras.

¿Liberada bajo fianza? Gracias a Dios. Mis piernas tiemblan cuando me levanto de la incómoda cama. Sigo al oficial por los pasillos de la comisaría, ansiosa por salir de allí y encontrarme con Stefanos, que debe estar preocupado y furioso al mismo tiempo.

Al dejar la celda, encuentro a Stefanos y a un hombre vestido de traje, que supongo que es mi abogado, esperándome. El alivio se mezcla con la preocupación cuando miro a Stefanos. Parece exhausto y su rostro está tenso. Mis ojos se encuentran con los suyos, sus brazos me rodean en un abrazo fuerte.

Está tan aliviado, nunca había visto este lado suyo, este lado vulnerable.

— Voy a acabar con esa maldita. — vocifera después de soltarme del abrazo.

— ¿Qué está pasando? ¿Me denunció? ¿Por qué ahora? — pregunto, mi voz todavía temblorosa.

— Sí, señorita Brusquet. Ha sido liberada bajo fianza, pero aún enfrenta una acusación que debe responder. — responde el abogado.

— Este es Toreto, nuestro abogado penalista. — Stefanos dice al presentarnos.

— Encantada de conocerte, señor Toreto. ¿Qué hacemos ahora?

— Ahora, yo la enfrentaré. — responde Stefanos antes que el abogado, con furia en sus palabras.

— Por favor, cálmate, Stefanos. No dejes que ella te afecte. Dime, señor Toreto, ¿qué podemos hacer legalmente?

El abogado suspira antes de responder, eligiendo sus palabras con cuidado.

— Señorita Perla, lo que sucedió aquí es extremadamente complejo. Loretta Drouhart preparó todo muy bien. Presentó una denuncia por falsedad ideológica en su contra, alegando que se hizo pasar por su hija Elora. La única persona que puede retirar esta acusación es su hija, pero está bajo el control de Loretta, lo que complica aún más la situación.

Las palabras del abogado resuenan en mi mente y la gravedad de la situación se asienta por completo. Loretta tejió una red de mentiras y engaños para incriminarme.

— ¿Qué vamos a hacer ahora, Stefanos? — pregunté, sintiéndome perdida y vulnerable.

Stefanos, con la mandíbula tensa y un fuego oscuro centelleando en sus ojos, adopta una postura rígida y sombría. Sujeta mi rostro con ambas manos, su mirada decidida rebosante de furia.

— Cuidaré de ti, como prometí que haría. No volverás a pisar este maldito lugar, tenlo por seguro. Pero no me pidas que olvide, no me pidas que deje a un lado a Loretta Drouhart. Ella acaba de tocar lo máspreciado para mí. Y ten en cuenta, no escapará impune.

¿Por qué tenía que denunciarme? ¿Por qué? Stefanos casi estaba convencido de dejar la venganza atrás, pero ahora, ella ha echado gasolina sobre un hombre que, con facilidad, convierte las chispas en llamas incendiarias.



Al salir de la comisaría, la sensación de libertad es abrumadora. Stefanos aprieta mi mano con fuerza, como si temiera que desaparezca si me suelta. Estoy ansiosa por llegar a casa, ver a doña Athina y a mi abuela, y explicarles todo este lío. Sin embargo, al entrar por la puerta principal de la mansión, veo a Athina y a mi abuela sentadas en la sala, con expresiones preocupadas.

— Perla, mi querida, ¡finalmente estás en casa! — exclama mi abuela, levantándose para abrazarme. Me siento agradecida de tenerlas aquí, a pesar de toda esta confusión.

— Hola, abuela. Athina, ¿están bien? — pregunto, tratando de ocultar mi propia ansiedad.

Athina suspira y se levanta. Sus ojos están llenos de preocupación, y puedo decir que ella también está muy afectada por todo esto.

— Perla, ¿qué está pasando? Stefanos nos contó un poco, pero necesitamos saber más. ¿Por qué Loretta hizo esto? ¿Qué quiere de ti?

Respiro profundamente y comienzo a explicar todo lo que ha sucedido, desde el momento en que firmé la declaración hasta ahora.

Mi abuela se coloca la mano en el pecho y cierra los ojos por un momento, como si

estuviera rezando en silencio.

— ¿No tienes una copia de la declaración que firmaste? Incluso si no es válida, podríamos usarla para demostrar que no creías que estabas cometiendo un delito. — Pregunta doña Athina.

— Desafortunadamente, no la tengo. Ella simplemente me la mostró, y fui demasiado ingenua para pensar en quedarme con una copia.

— Pero el más perjudicado fue Stefanos; él debería recurrir a la justicia en lugar de ella, porque ella está haciendo la acusación.

— Porque fue su hija a quien le robaron la identidad. — Digo entristecida.

— Pero... — doña Athina respira profundamente.

Athina parece a punto de explotar de rabia, pero se mantiene tranquila, tratando de encontrar otras soluciones.

Stefanos está en una esquina de la sala, su rostro retorcido por el odio, y sus ojos chispean con una intensidad aterradora. No dice una palabra, pero su determinación es clara.

— Ella lo hizo por venganza. — Concluye.

— ¿Cómo? ¿Qué tendría para vengarse de ti? — Pregunto sorprendida.

— La forcé, a ella y a su esposo, a firmar el contrato, los acorralé. Eso debe haber generado algún odio contra mí...

— Pero solo estabas devolviendo lo que ya habían hecho a tu familia.

— Personas sin honor como los Drouhart no piensan así.

Me mira, y su voz es baja y fría como el hielo derritiéndose lentamente.

— Pagaré por esto. Verá lo que sucede cuando alguien se atreve a amenazar lo que es mío.

CAPÍTULO 31

STEFANOS

Mientras Perla y mi madre continúan discutiendo posibles soluciones en la sala, me aísló en mi despacho. Estoy decidido a descubrir cualquier información que pueda ayudarnos en esta situación. Siento que el odio que albergo hacia Loretta me consume, pero también siento la necesidad de proteger a Perla y a mi hijo.

Mi hermano, Lysandros, entra en el despacho con una expresión grave. Lo había llamado aquí hace un tiempo, y respondió de inmediato. Sujeta algunas carpetas en sus manos y me mira con ojos llenos de preocupación.

— Stefanos, aquí tienes todo lo que he descubierto con mis informantes desde que me pediste investigar a Perla. Sé que no querías saber antes porque habían resuelto las cosas, pero ahora... tal vez sea importante.

— ¿Y qué has descubierto? — pregunté.

— Creo que deberías echar un vistazo por ti mismo... — responde, su voz llena de seriedad.

— ¿Es tan grave? — pregunto, preocupado.

— Es... como mínimo intrigante. — responde, sin entrar en detalles.

Abro las carpetas y empiezo a hojear las páginas, incapaz de creer la información que se despliega ante mis ojos.

— ¿Estás seguro de esto? — pregunto, aún atónito.

— Son datos irrefutables. — asegura.

— ¿Loretta sabe de esto? — mi mente busca una respuesta.

Él niega con la cabeza.

— Por lo que pude averiguar, todo fue un arreglo de su esposo. Loretta no tiene conocimiento de la fuente ni de los eventos que ocurrieron.

— Cielos, ¿cómo reaccionará Perla a esto?

— No lo sé, hermano, pero creo que es mejor que se lo cuentes lo antes posible.



El día pasa rápidamente, y la mayor parte de él la paso encerrado en mi despacho con mis abogados, mientras juntos elaboramos un plan ideal para enfrentar a Loretta. Una furia inmensa parece apoderarse de cada fibra de mi ser. Mientras, por ahora, solo busco una salida para evitar que Perla sea arrastrada a prisión, la promesa de venganza continúa resonando en mi mente, decidido a hacerla pagar por el sufrimiento que ha causado.

Hace un rato, los abogados se retiraron, y luego escuché un suave golpe en la puerta.

— Puedes entrar. — murmuro.

Perla aparece, visiblemente exhausta, pero su mirada sigue llena de ternura y amor. Se acerca con pasos lentos y se sienta frente a mí.

— ¿No te unirás a mí para dormir? — pregunta suavemente.

— Iré en un momento, cariño. — respondo.

— ¿Y qué tal ahora? No te pierdas en estos papeles; estarán aquí mañana por la mañana.

— Necesitamos ser más rápidos que ella, Perla. No puedo dejar esto de lado.

— Y yo no puedo perderte a ti por ella. No dejes que esa rabia te consuma de nuevo.

— ¿No estás igualmente enfadada por esta situación? Te engañó y está tratando de meterte en prisión.

— Está enferma, Stefanos.

— Puedo asegurarte que esa mujer está completamente cuerda.

— No de cuerpo ni de mente... pero de alma. Su alma está corroída por la maldad. Siento lástima por ella porque sus pensamientos solo traen destrucción, infligen dolor a los demás. Me entristece que lo único que tiene en la vida es ambición, ni siquiera quiso criar a su hija. Está pasando por esta vida, ya en una edad avanzada, y todavía no ha aprendido lo que realmente importa. Dejará este mundo preocupada por bienes materiales, por reputación, por venganza y maldad. Y, ¿qué ganará con eso?

Fijo mis ojos en Perla, cuyos ojos se llenan de lágrimas, y una profunda angustia es evidente en su rostro.

— Ha tenido tanto tiempo y no ha sabido aprovecharlo. Mis padres no tuvieron tiempo alguno, ni siquiera pudieron disfrutarlo. Ella debería saber cómo aprovechar la vida que tiene, elegir un propósito para vivir. Yo elegí vivir por el amor, por mi familia, por ti, y ahora por este bebé que crece en mí. Elegí vivir por algo más grande que yo misma, y estoy en paz con esa elección. Nada puede arrebatarme esa tranquilidad, ni siquiera ella o la prisión. Sé que incluso si todo sale mal y termino en la cárcel, todavía tendré a Dios y el amor en mi corazón. Y eso nadie podrá quitármelo, ¡nadie! Vivir con esa certeza me deja en paz.

Observo a Perla pronunciar esas palabras y siento que, a pesar de su corta edad, ha aprendido mucho más sobre cómo vivir la vida que Loretta o incluso yo. Tal vez reciba la noticia de una manera mejor de lo que espero, solo tal vez... Pero hoy ya hemos sufrido demasiadas emociones.

Me levanto y me acerco a ella, trayéndola cerca y pegando su rostro a mi pecho, mientras la veo entregarse a mi abrazo.

— Vamos a dormir, mi cariño. — murmuro, finalmente.



Despierto con la determinación pulsando en mis venas, me deslizo silenciosamente fuera de la cama, tratando de no despertar a Perla. Ella está tan serena cuando duerme, como si todos los problemas del mundo desaparecieran cuando cierra los ojos. Un fuerte contraste con la tormenta de emociones que me consume.

Decido tomar una ducha rápida, aunque el agua caliente no parece tener el poder de lavar la furia que arde en mí. Mientras el agua recorre mi cuerpo, hago una promesa a mí mismo: no dejaré que Loretta destruya la felicidad que hemos encontrado juntos. Hoy intentaré ser un hombre mejor, por Perla.

Me visto con un traje oscuro, la armadura que he elegido para este enfrentamiento. Me miro en el espejo y veo la determinación en mis ojos, mezclada con una ira controlada. Hoy, me enfrentaré a la víbora a la que no debería tener ninguna piedad, y no tengo intención de ser complaciente.

Bajo las escaleras y encuentro a Perla en la cocina, que ya se ha levantado y está preparando el desayuno. Su sonrisa es un bálsamo para mi alma perturbada. Me ofrece una taza de café, y nuestras manos se tocan, transmitiendo una conexión que va más allá de las palabras.

— ¿Cuántas veces te he dicho que no necesitas hacer el desayuno? Tenemos empleadas que pueden hacerlo.

— Pero a mí me gusta, Stefanos — dice riendo. — Déjame hacer el café para mi prometido.

— Está bien.

Termino rápidamente mi café y, con un peso en la conciencia, invento una excusa para mi prometida. Le digo que me dirijo a la empresa, pero en realidad me encamino a la casa de Loretta. Hay verdades que debo compartir con Perla, pero no quiero abrumarla con información en este momento tan delicado. Así que hoy he decidido pedir una breve pausa en mi odio interno. Por ahora, no tengo prisa cuando se trata de buscar venganza; ahora es necesario actuar con cautela y ganar más tiempo.

Entro en la casa, una mansión que en otro tiempo fue escenario de innumerables fiestas y celebraciones, pero que ahora parece vacía y decadente. Loretta, con su gusto por lo extravagante, dejó un legado de ostentación y frialdad que resuena en las paredes. Ahora, ella habita este lugar, solitaria y recluida en medio de sus propias pesadillas.

La encuentro en su despacho, sentada detrás de su pulida mesa de caoba. Sus ojos vacíos y crueles no me intimidan en absoluto.

— Stefanos, qué sorpresa desagradable. ¿Qué deseas? — pregunta con una sonrisa irónica.

Respiro profundamente, recordando la promesa silenciosa que hice a Perla.

Hoy, intentaré ser un hombre mejor, por ella.

— Vengo a proponerte un acuerdo. Retira todas las acusaciones contra Perla, y no te dejaré en la ruina.

Ella suelta una risa cínica que resuena en la sala.

— Todavía no entiendes, ¿verdad, Stefanos? Sabía que la farsa de la hija cambiada no duraría para siempre; solo necesitaba tiempo suficiente para transferir la mayor cantidad de recursos a cuentas en el extranjero. Ya no puedes quitarme nada, todo está en paraísos fiscales.

Mi paciencia se agota. La furia que intenté controlar comienza a burbujear, pero me contengo. No cederé a la ira esta vez.

— Creo que quien no entiende eres tú, Loretta. Estoy siendo benevolente al ofrecerte esta oportunidad. Retira las acusaciones ahora, o juro que pagarás con tu alma por lo que estás haciendo.

Me acerco, inclinándome sobre su escritorio, mis ojos rebosando amenazas.

— No me importa dónde has escondido tu dinero, lo rastrearé y te haré tragar cada billete. No dudes ni por un segundo de mi sed de venganza; aprovecha la oportunidad que te estoy dando porque no se repetirá.

Sus ojos se cruzan con los míos, y veo el destello del miedo en ellos. Me enderezo y, antes de salir de su despacho, declaro:

— Tienes 24 horas para tomar la decisión correcta.

Salgo de la mansión, consciente de que esa mujer maldita no tomará la decisión correcta. Conozco bien la naturaleza humana, y está impulsada no solo por la ambición, sino también por la rabia. La rabia la impedirá tomar la decisión correcta. Sin embargo, no puedo decir que no le he dado la oportunidad.

Entro en el coche y decido que es hora de revelar la verdad a Perla, ahora.

CAPÍTULO 32

PERLA

Stefanos me invitó a almorzar en un restaurante precioso en Manhattan, y aunque se esforzó por parecer lo más normal posible, hablando sobre la boda y otras trivialidades durante el camino de vuelta a la mansión, sé que algo no va bien con él, lo siento.

Cuando llegamos, me pide que vaya a su despacho con él, y simplemente asiento, presentiendo que algo terrible está por venir.

— Perla... —comienza, y siento un escalofrío recorrer mi espalda—. Necesitamos hablar, pero antes, siéntate.

Obedezco y me siento en la silla frente a él.

— ¿Qué sucede? —pregunto nerviosa.

— Necesito tratar un asunto muy delicado contigo, y aunque intentaré hablar de la mejor manera posible, sé que esto te afectará.

— ¿Qué es tan grave que podrías decirme?

— Se trata de tu familia.

— ¿Mi abuela? ¿Ha pasado algo?

— No, cálmate. No ha sucedido nada, al menos no por ahora.

Stefanos extiende su mano y toca suavemente la mía antes de mirarme a los ojos con empatía.

— ¿Qué sabes sobre tu familia materna?

— Poco, casi nada... sé que mi madre se alejó cuando conoció a mi padre y se casó. Según tengo entendido, la familia no aceptaba su relación, ¿por qué?

— ¿Ya conoces las circunstancias de la muerte de tu madre, verdad?

— Sí... murió en mi nacimiento.

Stefanos respira profundamente y parece reunir fuerzas para continuar.

— Tu madre se llamaba Aurora Drouhart, era hermana de Joseph Drouhart, el esposo de Loretta.

— ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Sus palabras giran en mi cabeza, no puedo entender lo que está diciendo.

— Tu madre fue desheredada por Adolf Drouhart, tu abuelo, porque se negó a tener un matrimonio arreglado. Decidió fugarse con tu padre, se casaron y ella asumió el nombre Brusquet, alejando el Drouhart de sus registros, y luego quedó embarazada.

— Pero... ¡esto no tiene sentido! —mi mente está confundida, con mil pensamientos por minuto.

— Lamentablemente, es la verdad, Perla.

— Y mi abuela, ¿mi abuela sabía de todo esto?

— No, ella no lo sabía. Aurora vivía con la familia en Manhattan, donde conoció a tu padre cuando él vino a trabajar aquí. Cuando la presentaron a tu abuela, no mencionaron su apellido ni de dónde venía. Tu abuela nunca supo nada de esto.

— ¿Cómo sabes todo esto, cómo sabes que ella no lo sabía?

— Hablé con tu abuela, le revelé toda la verdad y quedó tan sorprendida como tú. Me contó cómo sucedieron las cosas.

Stefanos sigue sosteniendo mi mano, y su mirada ahora parece aún más empática.

— No es solo eso, Perla...

— ¿Qué más podría haber?

— Dime, ¿cómo supiste que tu madre murió en tu parto? ¿Te lo contó tu padre?

— No. Un día, cuando era muy pequeña, escuché una conversación entre él y mi abuela. Dijo algo como: “debería haber sido uno de los días más hermosos de mi vida, el día en que dio a luz, y en ese día se fue y todo se derrumbó”. Y así entendí que mi madre murió cuando nació. A pesar de ser muy joven, nunca lo olvidé, porque me marcó profundamente.

Stefanos asiente con la cabeza y respira profundamente antes de continuar.

— Tu madre de hecho murió en el parto, pero no fue en tu parto.

— ¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —pregunto completamente desconcertada.

— Tu madre murió en el parto de tu hermana... Elora.

— ¿Qué? —Me levanto de la silla, arrastrándola hacia atrás por la intensidad de mi sorpresa—. ¿Qué estás diciendo?

Mi corazón parece que va a explotar por la intensidad de los latidos en mi pecho.

— Por favor, Perla, siéntate. Sé que es difícil, pero necesitas saber.

Mis ojos derraman lágrimas que ni siquiera sentí llegar a mis ojos, mi cabeza da vueltas mientras siento que Stefanos se acerca y me sienta suavemente en la silla nuevamente.

— Continúa... —digo.

— Cuando tu madre huyó para casarse con tu padre, ya estaba embarazada de ti. Prácticamente se embarazó de Elora, que se llamaría Cristal, y falleció por una grave hemorragia postparto en su nacimiento.

— ¿Por qué? ¿Por qué no supe nada de esto? ¿Por qué me ocultaron esto?

— A Elora, que se llamaría Cristal, la dieron por muerta. Tu padre cayó en una espiral de dolor después de todos los acontecimientos y decidió, junto con tu abuela, que no era necesario que sufieras al saber de los acontecimientos.

— Pero no la recuerdo, yo... conviví con ella, pero no la recuerdo.

— Eras muy joven, Perla. Habría sido imposible que la recordaras.

— ¿Y fotos? No hay ninguna foto mía, ni siquiera de bebé, con mi madre.

— Sí las hay.

Stefanos desliza un sobre por la mesa, que abro rápidamente. Son varias fotos de mi madre sosteniendo a un bebé mientras estaba embarazada. Su sonrisa es radiante y mi corazón se aprieta en mi pecho.

— P-porque, ¿por qué nunca vi estas fotos?

— Tu padre las guardó, supongo que para evitar los recuerdos. Con su muerte prematura, se olvidaron. Ni siquiera tu abuela sabía de ellas.

— ¿Cómo descubriste todo esto? —mi voz está temblorosa y apagada.

— Lysandros, mi hermano, me dio la pista a través de uno de sus informantes de confianza que utiliza para obtener información fuera de la ley. Después de esa pista, permití que mis investigadores profundizaran y descubrieran los detalles.

— ¿Cómo fue que Elora terminó en manos de los Drouhart?

— Tu abuelo, antes de morir, dijo que Joseph necesitaría tener un heredero para continuar con la línea familiar, pero Loretta no podía quedarse embarazada. Fue entonces cuando descubrieron el segundo embarazo de tu madre. El maldito anciano ordenó a Joseph que robara al bebé a cualquier costo, para criarlo como su hija y continuar con la línea Drouhart.

— ¿A cambio de qué haría Joseph eso?

— Por la herencia, el viejo Adolf dijo que si no lo hacía, lo desheredaría.

— ¿Loretta sabía de todo esto? ¿Fue por eso que me eligió a mí?

— No. Su matrimonio con Joseph siempre fue por interés, no había amor ni compañerismo, él simplemente le informó que había logrado resolver la situación del bebé y le entregó al bebé para que ella lo cuidara, sin muchas explicaciones. Elegirte a ti fue solo un capricho del destino, ella no tenía idea de que estaba poniendo a una hermana para que actuara como otra.

— ¿Mataron a mi madre? —pregunto con la voz entrecortada por el llanto.

Stefanos me mira, sus ojos parecen buscar mejores palabras para darme, pero sé que no las tiene. Él respira profundamente y se queda en silencio más tiempo del necesario.

— Dilo, quiero la verdad. —pregunto.

— Existe esa posibilidad, Perla. En el informe médico, lo único que consta es la hemorragia, pero al consultar a mi primo, que es médico, dijo que para una mujer joven y sana como ella, las posibilidades de morir durante el parto son muy pequeñas y atípicas. Y como sabemos que falsificaron la muerte de tu padre de la niña, parece que tenían contactos muy importantes dentro del hospital para armar todo esto.

— La mataron. —siento que mi llanto se enreda en mi garganta.

El dolor comienza a apoderarse de cada célula de mi cuerpo, ni siquiera veo a Stefanos levantarse de su silla, simplemente siento que me abraza y me sostiene presionándome contra él mientras mi llanto comienza a volverse desesperado.

— Lo siento mucho, conejita. Desearía poder aliviarte todo este dolor, hacer algo, pero me siento impotente ante esta situación.

— ¿Existe la posibilidad de que te equivoques? De que nada de esto haya sucedido. —pregunto con la voz entrecortada por el llanto.

Stefanos se aleja mínimamente de mi cuerpo y saca un sobre grande de un cajón:

— Aquí tienes el expediente completo y detallado de la investigación. Desafortunadamente, no hay dudas.

Solo miro el sobre, sin fuerzas para tomarlo.

— Confío en ti. —mi voz suena débil. — ¿Elora sabe de todo esto?

— Aún no. Planeaba contártelo todo después, pero decidí hacerlo ahora, porque después de enterarte de todo esto, creo que Elora retirará la acusación en tu contra.

— No me importa la acusación, solo quiero verla. Cielos, tengo una hermana, una hermana... Tal vez esa sea la única buena noticia en medio de todo este mar de desgracias.

— Pero debo decirte, Perla... que antes hice una investigación sobre Elora, y según lo que sé de ella, no es una chica fácil ni amable. No quiero que te decepciones al conocerla.

— No me importa, quiero verla.

— De acuerdo, partiremos a Francia mañana mismo.

CAPÍTULO 33

PERLA

En el jet privado, estoy sentada junto a Stefanos, mirando por la ventana mientras cruzamos los cielos rumbo a Francia. Mi corazón está cargado de las revelaciones que me ha hecho, pero la perspectiva de conocer a mi hermana, Elora, me llena de esperanza.

El silencio entre nosotros es tenso, y siento que Stefanos está preocupado por lo que nos aguarda. Yo también lo estoy. Todo esto parece surrealista, como si estuviera viviendo uno de esos dramas de telenovela que solía ver en la televisión cuando era más joven.

El internado al que nos dirigimos es el lugar donde Elora creció, lejos de la familia Drouhart que creía que era suya. La información que Stefanos obtuvo revela que Elora no tuvo una vida fácil. Creció entre desconocidos sin conocer la verdad sobre su origen.

El jet se balancea suavemente al aterrizar en suelo francés, específicamente en Aix-en-Provence, una pintoresca ciudad en el interior de la Provenza. Stefanos y yo descendemos de la aeronave y somos recibidos por un conductor que nos llevará al internado. Mientras recorremos las calles de la ciudad, mi ansiedad aumenta. Estoy a punto de conocer a mi hermana, alguien de quien nunca supe que existía. No tengo idea de qué esperar, cómo será su reacción, ni siquiera conozco su rostro, su voz o su personalidad.

El internado se presenta como un inmenso edificio antiguo rodeado por un jardín bien cuidado. Stefanos y yo entramos y somos recibidos por una mujer de mediana edad que nos lleva a una sala de espera. El lugar tiene un estilo victoriano y, aunque sé que es un internado, me parece un castillo antiguo. Su arquitectura y detalles sofisticados me dan esa impresión. A pesar de eso, el ambiente es austero y silencioso, creando una atmósfera solemne que concuerda con la gravedad de la situación.

— No tardará en volver con Elora, las dejaré solas y estaré esperándote afuera. — Stefanos dice al darme un beso en la frente.

Asiento simplemente y lo veo alejarse, dejándome sola en la sala.

Mi corazón late rápido cuando finalmente entra Elora en la sala. Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, nos miramos como si nos estuviéramos evaluando mutuamente. Ella es más joven que yo, pero no lo parece, ambas podríamos tener la misma edad. Tiene

cabello rubio y largo como el mío, y sus rasgos faciales, aunque mucho más afilados y altivos que los míos, aún se parecen a los míos. Es hermosa, parece más decidida, con una mirada más dura, pero aún así emana algo familiar. Sobre su boca, hay una pequeña cicatriz, que supongo que es la que mencionó la señora Athina. Es casi imperceptible, imagino que al haberse hecho cuando era muy joven, no dejó una cicatriz evidente.

— Elora... —susurro, casi incapaz de creer que realmente estoy viendo a mi hermana por primera vez.

Ella no responde de inmediato, pero finalmente dice:

— ¿Quién eres tú?

— Mi nombre es Perla. Perla Brusquet. Soy tu hermana. —Decido ir directo al punto y contarle toda la verdad de una vez.

La expresión de Elora cambia, y veo una mezcla de emociones en sus ojos.

— ¿De qué estás hablando? Soy hija única, mi madre no pudo tener más hijos después de mí.

— Siéntate, Elora, necesito contarte algunas cosas...

Después de contarle todo, han pasado veinte minutos, Elora me mira con una expresión escéptica, como si pensara que estoy contando una historia absurda.

— ¿Es algún tipo de broma retorcida? —Pregunta con un tono de voz cortante.

Respiro profundamente y saco el sobre que Stefanos me dio antes de partir. Con cuidado, saco las fotos antiguas de mi madre sosteniendo a un bebé, imágenes que prueban la verdad que estoy compartiendo.

— No es una broma, Elora. Por favor, mira estas fotos. Estas son de nuestra madre biológica, Aurora, sosteniendo a un bebé, que soy yo, y está embarazada de ti.

Ella toma las fotos con renuencia y las examina con cuidado. Sus ojos recorren las imágenes por un momento antes de finalmente soltar un suspiro.

— Esto no prueba nada. Cualquiera podría falsificar estas fotos.

Decidida a convencerla, saco el expediente completo de la investigación del sobre y lo coloco frente a ella.

— Aquí están los detalles de la investigación, Elora. Todos los documentos, testimonios, registros médicos. Todo apunta a la misma conclusión: somos hermanas.

Ella mira el expediente por un momento, aún con desconfianza en sus ojos. Pero

gradualmente, a medida que examina los documentos, su expresión comienza a cambiar. Es como si la realidad finalmente comenzara a infiltrarse en su mente.

— Esto... esto no puede ser verdad —murmura, más para sí misma que para mí.

Extiendo la mano y la coloco suavemente en su hombro.

— Sé que es impactante, Elora. Yo también estoy tratando de procesar todo esto. Pero créeme, ahora estamos juntas, y haré lo que sea necesario para conocerte mejor, para ser tu hermana de verdad.

Ella parece perdida en sus pensamientos por un momento antes de finalmente mirarme.

— Mi madre... ¿Loretta realmente te está acusando?

Asiento con la cabeza, confirmando sus palabras.

— Siempre fui una niña difícil, Perla. Una adolescente rebelde. Volví locas a las monjas con mis travesuras. ¿Y sabes por qué? Porque nunca me importó nada de esto. Nunca me importó el internado, las monjas, la educación que recibí aquí. ¿Sabes por qué? Porque nunca me amaron de verdad. Mis padres... Joseph y Loretta... nunca me amaron como a su hija. Me dejaron aquí sin el menor atisbo de consideración.

Siento un nudo en el pecho al escuchar las palabras de Elora. Ha tenido una vida difícil, creciendo sintiéndose indeseada y descuidada. Es doloroso imaginar lo que debe haber pasado.

— Lo siento mucho, Elora. Lo siento mucho por todo lo que has tenido que soportar. Pero ahora no estás sola. Tienes una familia, tienes una hermana.

Elora me mira, sus ojos mostrando ahora una mezcla de emociones, incluyendo una pequeña chispa de esperanza.

— ¿Qué esperas de mí ahora?

— Espero que podamos conocernos mejor, construir una relación como hermanas. Y si quieres, podemos encontrar la manera de sacarte de aquí.

— De hecho... —Stefanos aparece en la sala, haciéndose notar. — Necesitamos que retires las acusaciones contra Perla, Elora. Solo tú y Loretta pueden retirarlas.

— ¿Es por eso que vinieron aquí? —pregunta ella.

— No. — Stefanos responde de inmediato. — Perla nunca te lo pediría, ella realmente quería conocerte. Pero el punto es que Loretta la llevará a la cárcel, y yo no lo permitiré. Incendiaré todos sus viñedos antes de que eso suceda.

— Retiraré la acusación. — Elora dice.

— ¿Tan fácilmente? — pregunta Stefanos.

— No le debo nada a esa mujer, y en pocos minutos sentí más cariño por Perla que por ella, que supuestamente era mi madre.

— Gracias, Elora. — me acerco y pregunto: — ¿Puedo abrazarte?

Ella asiente y la abrazo. Siento sus brazos apretando mi cuerpo contra el suyo, y siento un vínculo que se crea instantáneamente, como si nuestra sangre se comunicara.

— Quiero que formes parte de mi vida, Perla. — ella dice. — Pero no ahora.

Me alejo y la miro confundida.

— ¿Cómo?

— Hubo una razón por la que Loretta te puso en mi lugar. Una cláusula en el testamento que establece que cuando nazca un nieto a través de un Drouhart, heredará gran parte de la fortuna. Aparentemente, Adolf Drouhart estaba obsesionado con su descendencia y quería que su nombre se recordara durante siglos, creando un fondo para fomentar la proliferación.

— Esa herencia ya no vale nada, Loretta ha desviado la mayoría de los fondos a paraísos fiscales. — dice Stefanos.

— No todos, existe el fondo de la línea de sangre, un fondo multimillonario al que solo un heredero legítimo Drouhart puede acceder, y eso es lo que Loretta seguramente quiere obtener. Pero yo lo tendré cuando cumpla 21 años.

— No entiendo... ¿qué planeas hacer? — pregunto.

— Loretta cree que soy ingenua y manipulable. Está esperando a que salga de aquí a los 21 años y le dé acceso para que administre todo. Pero no lo haré, especialmente ahora que sé lo que hicieron con nuestros verdaderos padres.

— ¿Pero te quedarás aquí, en el internado, hasta que eso suceda?

— Me gusta estar aquí. Mi vida ha estado siempre aquí, tengo amigas y personas que me importan. No necesito más por ahora.

— ¿Estás segura de eso?

— Sí, lo estoy. — dice decidida.

— Vendré a visitarte siempre, Elora. — ella sonríe y me mira con un brillo que no tenía en sus ojos cuando llegué.

— Me encantará.



Llegamos a Manhattan, Stefanos nos lleva a su lujoso ático. Desde que todo sucedió, no había vuelto a este lugar, creo que ni siquiera Stefanos. La mayoría del tiempo estuvo en la mansión conmigo. Miro la espaciosa sala y parece que ha pasado toda una vida desde la última vez que estuve aquí, antes de la fiesta en el jardín de invierno de doña Athina.

No sabía que estaba embarazada, ni siquiera sabía cuál sería la reacción de Stefanos o cuál sería mi destino, y ahora parece que todo finalmente se está estabilizando. Stefanos me advirtió durante el vuelo que sus abogados se harían cargo de las acusaciones, y con la colaboración de Elora, todo se arreglará rápidamente. Esta perspectiva me tranquiliza un poco más, aunque descubrir mi pasado haya arrancado un pedazo pequeño de mi alma. Pero estoy feliz de poder conocer a mi hermana; Elora parece haber pasado por muchas cosas que el dinero no puede resolver. A pesar de estar rodeada de lujo, le faltó el amor que mi abuela me dio.

Stefanos se sirve una copa de vino a pocos metros de mí.

— Dado que no puedes beber, ¿quieres que prepare algo? ¿Un té o un zumo?

— Estoy bien, gracias, Stefanos.

Se acerca y se sienta a mi lado en el inmenso sofá de la sala.

— Ahora que todo comienza a encajar, puedo pensar con calma en lo que haré con Loretta.

— ¿Cómo así?

— Loretta merece pagar por todo lo que ha hecho. No solo a ti, sino también a tu madre y a tu hermana. Destruyeron vidas, causaron dolor y sufrimiento. No puedo simplemente ignorarlo.

Lo miro con seriedad, considerando sus palabras cuidadosamente antes de responder.

— Stefanos, entiendo tu enojo y tu deseo de venganza. Y sé que lo que hicieron fue terrible. Pero creo que la venganza solo perpetúa el ciclo de odio y destrucción. No te pierdas en eso, no dejes que el odio te consuma de nuevo.

Arruga la frente, incapaz de comprender mi posición.

— Perla, ¿cómo puedes ser tan benevolente con estas personas? Mataron a tu madre, separaron a tu hermana de ti, causaron tanto dolor en tu vida.

— No soy ingenua, Stefanos. Sé lo que hicieron. Pero si permito que el odio y la

venganza me consuman, me estaré convirtiendo en alguien igual que ellos. Prefiero seguir el camino de la justicia, el perdón y la redención. Tal vez algún día, ellos también puedan encontrar el camino hacia la redención.

Stefanos me mira con una mezcla de admiración y desconcierto.

— Me haces querer ser un hombre mejor, Perla. — finalmente dice.

Stefanos sigue mirándome, y por un momento, parece que estamos comunicándonos solo con la mirada. Siento la tensión entre nosotros, una tensión que ha estado presente desde el momento en que nos conocimos. Pero ahora es diferente. No es una tensión causada por el miedo o la incertidumbre, ni solo un deseo puro; es una tensión causada exclusivamente por la complicidad, por el amor.

Nuestras miradas se encuentran, y el tiempo parece ralentizarse. Siento mi corazón latir más rápido y mi respiración hacerse más superficial. Se inclina un poco más hacia mí, con los ojos fijos en mis labios. Instintivamente, humedezco mis labios, y veo que su mirada se intensifica.

— Perla... — murmura mi nombre, casi como una súplica.

La distancia entre nosotros se reduce aún más, hasta que finalmente nuestros labios se encuentran en un beso suave pero lleno de pasión contenida. Es como si todas las emociones y tensiones que hemos llevado durante todo este tiempo se estuvieran liberando en este momento.

Nuestras lenguas se entrelazan, bailando a un ritmo lento y sensual. Siento la mano de Stefanos deslizándose suavemente por mi rostro, trazando un camino de fuego por mi piel. No podría disimular lo que siento al sentir su toque, nunca pude.

Las manos de Stefanos se deslizan por mi espalda, acercándose más a él. Nuestros cuerpos encajan perfectamente, como si estuvieran hechos el uno para el otro. Cada toque, cada beso, es una confirmación abrumadora del deseo que sentimos. Stefanos me demuestra con sus labios el tamaño de su amor, me besa con devoción, como si fuera lo más delicioso que jamás haya probado. Me besa como toda mujer debería ser besada: con pasión y amor.

Stefanos desliza sus manos sobre mi vientre y se aparta un poco para mirarlo.

— Estás aún más hermosa con esa barriga. — dice sonriendo.

— ¿De verdad lo crees? Estoy un poco hinchada.

— No digas tonterías, estás absolutamente preciosa.

Stefanos se acerca y toca mi barbilla, acercando mi rostro al suyo, y sella nuestros labios con un beso largo e intenso que me hace suspirar.

Se levanta del sofá y toca mi mano para que haga lo mismo, y cuando pongo los pies en el suelo, él los levanta. Stefanos me lleva en brazos a su habitación.

— ¿Qué estás haciendo?

— ¿Qué crees? Te estoy llevando para hacer el amor apasionadamente toda la noche conmigo, por supuesto.

Dejo escapar una risa de mis labios y luego siento que mi cuerpo choca contra la cama. Stefanos está sobre mí, apoyando sus codos en el colchón mientras acaricia mis cabellos, él está sonriendo. Una sonrisa hermosa, sugerente y sensual, una sonrisa a la que no sabría cómo resistirme.

— Te amo, Perla. — dice, y veo sus ojos brillar.

Él se quita rápidamente la camisa, mostrando su cuerpo perfecto. Muerdo mis labios al pensar que cada centímetro de él me pertenece.

— Te amo, Stefanos.

Él sonríe y luego siento sus labios tomar los míos y su lengua experimentada invade mi boca. Él está ansioso, besándome con deseo mientras retiramos nuestras ropas lentamente, como si quisiéramos aprovechar cada segundo del momento.

Esto me vuelve loca.

Mi cuerpo anhela sus caricias. Siento cuando su mano llega a mi cuello y lo rodea, llegando a mis hombros. Jadeo ansiosa para que descienda a mis senos y los toque, pero él no lo hace, está decidido a hacerme desearlo. Continúa trazando el contorno de mi cuerpo, pasando entre mis senos y llegando a mis costillas. Todo mi cuerpo se eriza con la presión que él ejerce, sus labios bajan a mi cuello y gimo suavemente.

— Quiero ser tuya, Stefanos... quiero mucho. — gimo de placer.

— Tranquila, conejita, quiero disfrutarte, saborearte. — dice bajando los labios a mi cuello hasta llegar a mi clavícula.

Se detiene y deposita pequeños besos en el lugar antes de bajar un poco más y hacerme morder los labios instintivamente. Se apodera de mi pecho, lo succiona, muerde y lame con deseo. Me retuerzo debajo de su cuerpo y siento que sonríe contra mi pecho. Continúa sin pudor ni piedad, haciendo que desee incontrolablemente que me posea. Continúa bajando los labios y deposita besos calientes y húmedos en todo el camino, hasta llegar entre mis piernas, abiertas y listas para él.

Stefanos se acomoda y sujeta la parte inferior de mis muslos, coloca mis piernas detrás de

su cabeza y yo las cruzo. Pasa su lengua por la parte interna de mi muslo hasta acercarse a mi ingle, provocando escalofríos y luego retrocede sin poner sus labios en la fuente de mi placer.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Tienes intención de matarme? — digo, jadeante.

— Mi objetivo es todo lo contrario. — responde, con cinismo.

Continúa el movimiento, haciéndome delirar de deseo hasta que finalmente, en un movimiento brusco y apresurado, retira mi ropa interior y besa el centro de mi placer. Me lame con deseo y habilidad, haciéndome temblar de lujuria. Mis manos tiran de su cabello y él intensifica sus movimientos, estoy gimiendo alto y sintiendo que todo mi cuerpo comienza a estremecerse.

— Así, conejita, ten un orgasmo para mí.

Su voz baja y ronca me hace delirar aún más. Stefanos continúa con sus movimientos deliciosos y experimentados y antes de que alcance un orgasmo, me libero de su abrazo.

— Quiero tenerlo contigo dentro de mí. — digo, segura de mí misma.

Stefanos sonríe, acomodándose en la cama y atrayéndome hacia su regazo.

— Como quieras, conejita.

Estamos sentados en la cama, yo estoy sobre él, con las piernas cruzadas y entrelazadas, mirándonos el uno al otro. Es una posición que fomenta la intimidad y el contacto visual. Él entra de un solo golpe y siento cómo se introduce rígido y grande en mí, gimiendo de placer. Ambos estamos jadeantes, nuestras pieles unidas y sudorosas, Stefanos mueve su cuerpo contra mí mientras yo hago lo mismo. Estamos perdidos en el placer, llenos de algo más que simple placer físico, es un placer que trasciende el alma, él está tomando mi cuerpo y mi alma cada vez que se hunde en mí. Su mandíbula está tensa mientras me mira a los ojos. Estamos conectados, cuerpo, alma y corazón.

— Te amo, Stefanos. — digo, como la verdad más grande que jamás haya profesado.

— Te amo, Perla.

Beso sus labios carnosos y deliciosos mientras nos entregamos el uno al otro en una danza frenética y placentera. Siento que mi cuerpo no aguantará más y se rinde a la explosión del placer, haciéndome soltar un gemido alto en respuesta, luego siento a Stefanos derramarse en mí segundos después, soltando un rugido animal contra mi cuello.

En ese momento, todo lo que sé es que me siento completa. No puedo desear nada más allá de esto, nada más que nosotros dos juntos.

EPÍLOGO

STEFANOS

Algún tiempo después

Hoy es el día de nuestra boda, un día que pensé que nunca llegaría. El sol brilla radiante sobre el jardín de la mansión de los Nikopoulos, donde hemos decidido celebrar la ceremonia. Las flores desprenden una fragancia dulce, y los colores vibrantes de la decoración parecen reflejar la alegría que siento en mi corazón. Estoy ajustándome la corbata en mi habitación cuando oigo que la puerta se cierra suavemente y mi madre aparece en ella.

— ¿Estás nervioso, hijo?

— Mucho.

Ella sonríe con ternura y se acerca. En sus manos hay una carta, y la miro con curiosidad:

— ¿Qué tienes ahí, mamá?

Ella respira profundamente y toca mi mano para que nos sentemos juntos en el sofá, y luego deposita el sobre lacrado en mis manos.

“Para Stefanos, mi amado primogénito.”

Está escrito en el reverso del sobre con la letra de mi padre.

— ¿Qué? ¿Qué es esto?

— Tu padre, antes de morir, dejó algunas cartas. En la mía decía que te entregara la suya solo en el día de hoy.

— ¿En el día de hoy?

— Sí, el día en que encontraras la verdadera felicidad.

Con las manos temblorosas, rompo el sello de la carta y comienzo a leer las palabras de mi padre, que ahora llegan hasta mí, incluso después de su partida de este mundo:

Mi querido hijo,

Si estás leyendo estas palabras, es porque finalmente ha llegado el momento de compartir

algo que he guardado conmigo durante mucho tiempo. Te he visto crecer, sé el hombre en el que te convertirás, aunque no esté presente para verlo. Sé que serás un verdadero Nikopoulos, con la furia de nuestra familia corriendo por tus venas.

Ahora compartiré el motivo detrás de mi elección personal, una elección que hice para mí mismo. Sé que, entre todos mis hijos, serás el más ansioso por respuestas, y también sé que solo podrías conocer mis motivos ahora, y no antes. Ahora, con tu propia felicidad trazada, podrás entender mis motivos, ahora que serás, como yo fui, un padre de familia, comprenderás.

Descubrí hace algún tiempo que enfrentaba una enfermedad degenerativa implacable. Una condición que, con el tiempo, robaría mi dignidad, mi independencia y, finalmente, mi propia identidad. Fue una revelación abrumadora, hijo, y una que preferí no compartir contigo hasta ahora.

Puedes preguntarte por qué elegí este camino, por qué decidí partir antes de que la enfermedad se apoderara de mí. La respuesta es simple: no quería que tú, tu madre o tus hermanos vieran el sufrimiento que estaba a punto de experimentar. Quería ahorrarles ese dolor y esa imagen de mi decadencia. Reconozco que fui un cobarde y que intenté huir, pero soy un hombre imperfecto y falible. Pero hice todo lo posible para dejarlos en óptimas condiciones.

La verdadera lección que quiero que extraigas de esta carta no es el motivo de mi partida, sino la comprensión de que la vida es impredecible y, a menudo, desafiante. Nuestros caminos pueden llevarnos a lugares oscuros, pero es fundamental encontrar la luz dentro de nosotros mismos.

Eres un ser humano excepcional, hijo mío, con una fuerza interior que admiro profundamente. Recuerda siempre el amor que siento por ti y el orgullo que siento por lo que te has convertido. Creo en ti, Stefanos, y sé que puedes encontrar el camino hacia la luz, incluso en los momentos más oscuros.

Con todo mi amor, Tu padre, Pavlos Nikopoulos.

Lágrimas llenan mis ojos mientras leo las palabras de mi padre. Mi madre me abraza con cariño.

— ¿Ya sabías esto? ¿Sabías que no fue culpa de los Drouhart que se fuera?

Ella solo asiente con la cabeza, con los ojos empañados.

— ¿Por qué no me lo contaste, mamá? ¿Por qué me hiciste creer que fue por culpa de ellos?

— Como te dije, tu padre también me dejó una carta, prohibiéndome expresamente que te contara los motivos. Era su última voluntad, no podía desobedecerla. Sabía que lo sabrías en el momento adecuado, que es este. Y, para ser sincera, asumiste por ti mismo que fue culpa de los Drouhart, fue tu forma de sobrellevar el duelo, transferiste el dolor al odio hacia ellos.

— Pero tú también los odiabas, incluso fuiste a enfrentarlos cuando regresamos a Estados Unidos.

— Es cierto, al igual que tú, estaba tratando de liberar mi dolor convirtiéndolo en odio hacia quienes habían hecho daño a tu padre en vida, pero nada tenía que ver con su partida.

— No entiendo, ¿por qué hasta ahora? ¿Por qué?

Pregunto con los ojos empañados. Mi madre sostiene mis manos con un suave apretón, tratando de reconfortarme ante las emociones que me abruman.

— Stefanos, tu padre creía profundamente que la verdadera felicidad es algo que se encuentra cuando menos se espera. Quería que experimentaras la alegría plena, la realización de tus sueños, antes de conocer la carga que él llevó en sus últimos días. Era su manera de protegerte de la tristeza que lo acompañó. Y, de cierta manera, te estaba mostrando el camino hacia la felicidad al hacerte descubrir la verdad ahora.

Absorbo las palabras de mi madre, tratando de procesar todo lo que está sucediendo. Es como si un velo se hubiera levantado de mis ojos, revelando una nueva comprensión de la complejidad de la vida y el amor de mi padre.

Con las palabras de mi madre aún resonando en mi mente y el contenido de la carta de mi padre grabado en mi corazón, decido que es hora de seguir adelante y celebrar el día de nuestra boda. Limpio las lágrimas que todavía se resisten a correr por mi rostro y, con una sonrisa decidida, me levanto del sofá.

Mi madre y yo compartimos una mirada llena de significado, compartiendo un momento de mutua comprensión. Ella me ayuda a arreglar la corbata y, juntos, caminamos hacia la ceremonia.

El lugar está bellamente decorado con flores blancas y doradas, resaltando la pureza y sinceridad de este momento. Hay una sensación de serenidad en el aire, como si todo estuviera en perfecto equilibrio.

Estoy nervioso, pero no por los habituales temores previos a la boda. Mi corazón late rápido, no por preocupación, sino por la anticipación de ver a Perla entrar en la ceremonia. La he visto en innumerables ocasiones, pero hoy es diferente. Hoy, se convertirá en mi esposa, mi compañera para el resto de la vida, ante Dios y el Estado.

Mientras espero frente al altar, mi mirada es atraída por la entrada triunfal de Perla. Está deslumbrante, vestida con un elegante vestido blanco que parece haber sido hecho a medida para ella. Su sonrisa irradia alegría y confianza, y sus ojos, siempre llenos de compasión y sabiduría, ahora están llenos de amor. Diferente de la otra vez que firmamos los documentos, que fue todo apresurado, lleno de mentiras, enemigos e intrigas, ahora algo es correcto, estamos rodeados de todos los que amamos, frente al pastor que celebrará nuestra unión, todo parece perfecto, como si esta fuera la única manera en que podríamos terminar.

El oficiante inicia la ceremonia y sus palabras llenan mis oídos, pero mi atención está completamente centrada en Perla. Ella sostiene un ramo de flores blancas y doradas que combina perfectamente con la decoración. Está radiante, como un ángel que acaba de descender a la tierra y que, con las últimas palabras del oficiante, se ha convertido en mi esposa.

Con un beso, damos por concluida la ceremonia, y la alegría se irradia entre todos los presentes. Nuestros amigos y familiares aplauden mientras salimos juntos, pero mi mirada solo puede verla a ella.

Perla, mi esposa. La veo caminando entre los invitados con una sonrisa amable, prestando atención a todos, mientras yo la observo desde lejos. Somos muy diferentes; en mí, la furia y la ira solían dominar, mientras que en ella, la empatía y el amor son su sello distintivo. Sé que soy mejor persona gracias a ella, porque elijo serlo por y para ella.

A pesar de sentir un profundo odio hacia Loretta, los principales responsables de las desgracias de Perla ya han fallecido y deben estar pagando por sus actos en el infierno. Aunque mi instinto me impulsaría a buscar venganza contra Loretta, Perla me ha suplicado que no lo haga. No quiere que me convierta en el mismo tipo de monstruo despreciable que eran ellos. A pesar de que soy alguien atormentado por el odio, he decidido no seguir ese camino. Sonríe al pensar que la luz a la que mi padre hacía referencia como una forma de salir de la oscuridad es Perla. Ella es la luz que me guía para ser una mejor persona.

Por amor a ella, he tomado la decisión de dejar atrás el odio y la sed de venganza por primera vez en mi vida. Perla me ha mostrado un camino diferente. Y en este momento, mientras la observo, sé que he tomado la decisión correcta.

Mientras veo a Perla riendo con nuestros amigos y bailando alegremente, su vientre redondeado revela su embarazo. Perla luce absolutamente hermosa, y no puedo esperar para verla sosteniendo a nuestro hijo en sus brazos.

Sé que en nuestro matrimonio no hay espacio para rencores ni resentimientos del pasado. En su lugar, estamos construyendo un futuro juntos basado en el amor, la confianza y la promesa

de estar uno al lado del otro, sin importar lo que la vida nos depare.

Hoy, en medio de esta celebración de amor y unión, sé que finalmente he encontrado la felicidad, la paz y el amor que siempre busqué, y todo eso tiene un solo nombre: Perla, mi amada esposa.

FIN.

No dejen de leer el extra a continuación con un fragmento del próximo lanzamiento, el libro de Lysandros.

BONOS – LYSANDROS

Melina está a unos pasos de mí, y todo lo que siento es la sangre hirviendo en mis venas. La maldita camina con la cabeza bien alta, desfilando en la recepción de la boda de mi hermano. La vi pasar dos o tres veces, con su escote provocativo y el vestido ceñido que delineaba toda su silueta. Hace tres años que no la veía, está más hermosa de lo que recordaba y parece decidida a provocarme mientras chupa sus dedos de manera lasciva después de comer el pastel y me mira fijamente. ¡Maldita mujer! La odio... la odio, pero la deseo en igual medida.

CHATEAR CON EL AUTOR

Quería comenzar diciendo que estoy enamorada de un griego que se rinde ante la protagonista, y Stefanos quedó cautivado por nuestra Perla, ¿verdad? Debo decir que nuestro próximo héroe no tendrá nada de caballero como Stefanos. Lysandros heredó todo el fuego y la insolencia de los Nikopoulos, y nuestra próxima heroína, Melina, es el doble de obstinada que él. La próxima pareja será combativa y seguirá la dinámica de enemigos que se enamoran en toda regla.

